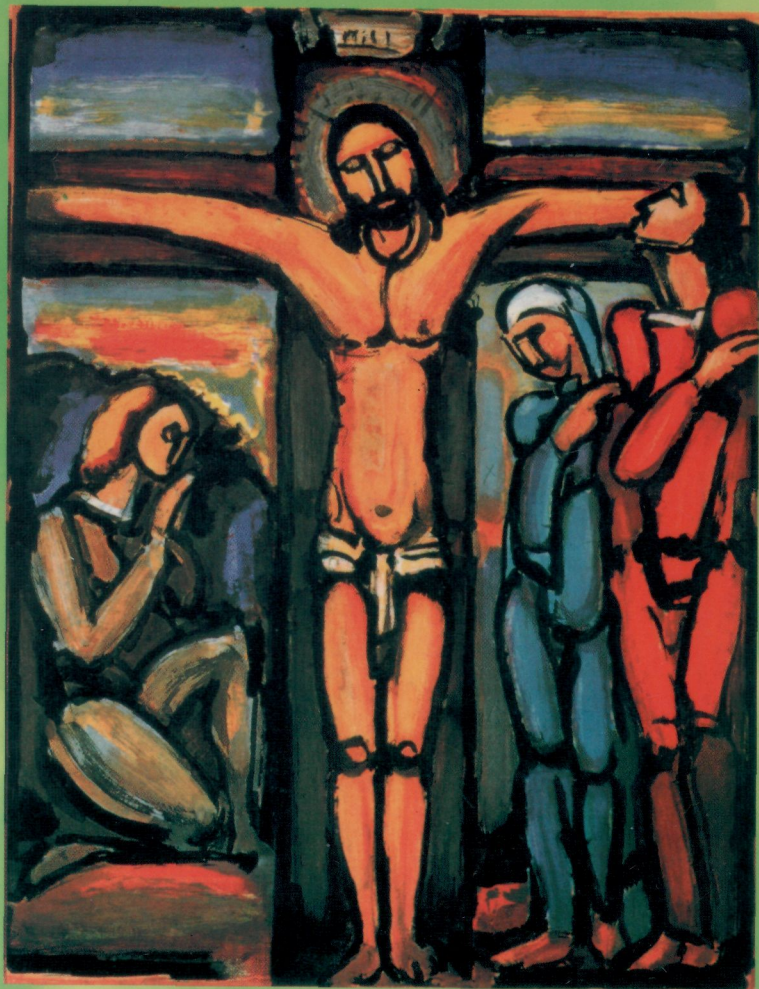


# EL REINO ESCONDIDO



Sal Terrae

# El Reino escondido

Editorial SAL TERRAE  
Santander

# Índice

Título del original francés:  
*Le Royaume caché*  
© 1987 by Desclée de Brouwer  
Paris

Traducción:  
*Enrique Hurtado*

© 1997 by Editorial Sal Terrae  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria)  
Fax: (942) 36 92 01  
E-mail: [salterrae@salterrae.es](mailto:salterrae@salterrae.es)  
<http://www.salterrae.es>

Con las debidas licencias  
*Impreso en España. Printed in Spain*  
ISBN: 84-293-1224-2  
Dep. Legal: BI-1024-97

Fotocomposición:  
Sal Terrae - Santander  
Impresión y encuadernación:  
Grafo, S.A. - Bilbao

<i>Introducción</i> . . . . .	7
1. Las raíces bíblicas . . . . .	13
2. El bautismo de Jesús . . . . .	25
3. La voz del desierto . . . . .	34
4. El hoy del Reino de Dios. . . . .	39
5. La mañana de las Bienaventuranzas . . . . .	50
6. El Evangelio y la Ley. . . . .	55
7. «No os preocupéis...» . . . . .	64
8. Escandalosa novedad. . . . .	71
9. Jesús se explica. . . . .	83
10. Un mensaje subversivo. . . . .	93
11. La revolución de la ternura. . . . .	105
12. El Reino y el tiempo . . . . .	118
13. El hito decisivo. . . . .	123
14. El Reino y la Iglesia . . . . .	130
15. Transfiguración . . . . .	137
16. El Nombre y el Reino . . . . .	141
17. El Día del Hijo del hombre. . . . .	152
18. Última subida a Jerusalén . . . . .	158
19. La semana más larga . . . . .	163
20. El grito de abandono . . . . .	172
21. Secreta resurrección . . . . .	182
<i>Epílogo: El silencio del alba</i> . . . . .	192

## *Introducción*

Al escribir este libro he querido exponer mi descubrimiento de Cristo. Educado en el seno de una familia creyente, recibí una educación intensamente impregnada de fe. Pero me esperaba una experiencia tremenda al término de una juventud feliz y celosamente protegida. Tenía poco más de veinte años cuando me vi inmerso en el mundo de los campos de concentración nazis. Fue una auténtica bajada a los infiernos entre decenas de miles de seres humanos hacinados, maltratados y masacrados como si fueran animales. Toda la crueldad del hombre, pero también su angustia, su abandono y su dolor me asaltaron de improviso y se abatieron sobre mí como una oleada tenebrosa. En aquel encuentro con el horror experimenté hasta la desesperación el silencio de Dios, la ausencia de Dios. Por más que levantara los ojos al cielo, el cielo no respondía, no parecía prestar atención a lo que estaba ocurriendo; los gritos no le llegaban. Entonces comprendí que se podía ser ateo, sí, ateo... por respeto a Dios, por el honor de Dios: para no hacerle cómplice, por su silencio, de los crímenes que se estaban perpetrando. Desde entonces, una serie de graves interrogantes no han dejado de atormentarme y de acosarme. Porque enseguida tomé conciencia de que lo que yo había descubierto en el campo de exterminio ocurría también en otras partes: en cualquier lugar donde el hombre es oprimido y aplastado; en cualquier lugar donde un ser humano muere solo y abandonado.

Esta traumática experiencia significó para mí el punto de partida de un larguísimo camino. Ya no podía contentarme con la fe heredada. Necesitaba otra cosa. El universo seguro y protegido de la infancia y del seminario había saltado por los aires. Ahora tocaba peregrinar por el desierto. Y una y otra vez me asaltaba la misma pregunta insoslayable: «¿Sigue teniendo sentido el Evangelio en la oscuridad de la muerte en la que Dios calla?» Quise saber, por tanto, quién era Cristo, cuál era su mensaje, pero de forma diferente a como se aprende una lección por muy erudita que sea. Volví a leer los evangelios a la siniestra luz de los hornos crematorios. Intenté encontrar una presencia, un rostro.

Si el Evangelio fuera sólo un mensaje de amor proveniente de otro mundo, de un mundo ajeno a la tragedia del hombre, a la experiencia de la ausencia de Dios, tal vez fuera una hermosa utopía, pero nada más. Ahora bien, al releer los evangelios me impresionó el hecho de que el hombre que anuncia al mundo la ternura del Padre por la humanidad es también el que conoció la más torturante experiencia del abandono y de la ausencia de Dios. Y la vivió cumpliendo su misión hasta el final. Su testimonio le condujo allí donde todo gritaba la ausencia de Dios. Y, mediante su propio abandono en la cruz, hizo presente el absoluto de Dios en nuestros infiernos humanos. La revelación de Dios en Jesús no se hizo fuera, sino en el centro mismo de la condición humana más abandonada (cf. Flp 2,6-8). El lugar del abandono y de la ausencia se ha convertido en la Zarza ardiente.

No pretendo escribir una vida de Jesús, sino exponer lo que es para mí lo esencial de su mensaje, vinculándolo, en la medida de lo posible, a su experiencia viva y profunda. Porque estoy íntimamente convencido de que sólo los mensajes que brotan de una auténtica experiencia humana

le dicen algo esencial al hombre. Sólo esos mensajes pueden conmover al mundo. Por eso necesitaba recuperar, aunque fuera muy imperfectamente, la experiencia de Jesús de Nazaret.

Pero, en este plano, iba a tropezar con un problema muy difícil: sólo conocemos a Jesús, su enseñanza y su actividad, a través de los escritos del Nuevo Testamento. Ahora bien, éstos no son en modo alguno un diario íntimo ni una crónica exacta, sino una serie de textos de confesión de fe redactados por la generación apostólica. Elaborados en el seno de las primeras comunidades cristianas, expresan la fe de esas comunidades y responden a inquietudes apologéticas y misioneras, así como a una exigencia catequética y litúrgica. Nunca son un mero relato histórico de los hechos, sino que siempre incluyen una interpretación teológica de esos hechos. Incluso el evangelio de Marcos, lejos de ser el testimonio «ingenuo» que se suponía, persigue un objetivo teológico coherente. «Todo esto viene a confirmar el carácter eminentemente conjetural de todo intento de reconstruir el mensaje, las palabras mismas de Jesús, tal como fueron pronunciadas en los caminos de Galilea, en las calles de Jerusalén, en el Templo, en el palacio de Herodes y, al final, en la cruz» (Georges Casalis).

¿Hay que renunciar entonces a dar con la experiencia viva de Jesús? Eso sería desconocer la originalidad del escrito evangélico, que es a la vez, e inseparablemente, confesión de fe y memoria de una experiencia. No hay por un lado una «experiencia» inaprensible y, por otro, la interpretación teológica. La verdad de los evangelios reside en la estrecha relación que une la «experiencia» y la interpretación. Esta última remite siempre al acontecimiento que la provoca, manteniendo siempre intacto su recuerdo al esforzarse por dilucidar su sentido.

Esto es lo que hace decir a un discípulo de Bultmann, Günther Bornkamm, en reacción frente a las extremadas tesis de su maestro: «Los evangelios no nos autorizan a caer en la resignación y el pesimismo. Al contrario, ponen ante nosotros, aunque de manera distinta de como lo hacen las crónicas y los relatos históricos habituales, la figura de Jesús con toda la fuerza del contacto directo. Lo que los evangelios nos refieren sobre el mensaje de Jesús, sobre sus actos y su historia, posee una autenticidad, un frescor y una singularidad que la fe pascual no ha hecho desaparecer, y nos remite directamente a la figura terrena de Jesús» (G. Bornkamm, *Jesús de Nazaret, Sígueme*, Salamanca 1990<sup>4</sup>).

Quizá fuera más justo decir que la fe pascual permitió a los Apóstoles, después del oscurecimiento producido por la cruz, descubrir la plenitud de vida que emanaba de la persona de Jesús y cuyo influjo dinámico habían experimentado muchas veces en su propia existencia. Dicha fe les hizo revivir el primer encuentro, la experiencia directa y maravillosa que les había arrastrado en su seguimiento.

En mi acercamiento al misterio de Jesús, me he apoyado casi exclusivamente en los evangelios sinópticos. Porque, aunque el cuarto evangelio explicita en términos incomparables la intimidad de Jesús, los Sinópticos, menos elaborados teológicamente, tienen, en cambio, el gran mérito de dejar que la experiencia discurra con sus luces y sus sombras, en una historia humana en la que nada está decidido de antemano. Porque, efectivamente, se trata de una experiencia humana. Jesús no es una apariencia de hombre ni un disfraz de Dios. Es un hombre real. Como cualquier ser humano, tuvo su despertar y su crecimiento, sus pruebas y sus seguridades, sus dudas y sus opciones, su oscuridad y su luz... Jesús no conocía de antemano los designios eternos de Dios: «Aun siendo Hijo, aprendió...».

dice la carta a los Hebreos (5,8). Aunque la conciencia que siempre tuvo de sí mismo fue la de una proximidad inefable de Dios, no por ello deja de tener una historia. Su conciencia conoció horas de gran claridad, pero también momentos de oscuridad y tinieblas. Y estas últimas forman parte también de su mensaje.

El lector que quiera seguirme hasta el final descubrirá, bajo la sobriedad del recorrido evangélico, un viaje interior, una exploración del silencio de Dios. He seguido a Cristo en su anuncio de la Buena Nueva hasta su trágico abandono en la cruz. A medida que avanzaba, veía cómo iba apareciendo una relación entre el gozoso mensaje y el silencio en que muere el mensajero. No una relación exterior, accidental, sino una relación íntima, esencial. Como si el anuncio no pudiera cumplirse más que en ese silencio. Lo que descubría no era una explicación, porque en esto no caben explicaciones. El desconcierto del misterio es el único camino, ¿y qué mayor desconcierto que la presencia del Emmanuel en el silencio de Dios? ¡En nuestros silencios! Y, sin embargo, es precisamente ahí donde él es plenamente el Emmanuel: «Dios con nosotros». Entonces, el silencio, grávido de esta presencia, se rasga, como la noche con los primeros resplandores del alba.

Creo que este viaje a través del silencio va a interesar a más de uno. Vivimos en un mundo donde el silencio de Dios se siente la mayoría de las veces como una ausencia. Quizá esta situación actual sea, paradójicamente, una oportunidad para el Evangelio. Quizá este tiempo de la ausencia y de la lejanía sea el más favorable para comprender la Buena Nueva. Porque el Evangelio no es una ley, ni siquiera una ley perfecta. Es, ante todo, la sorprendente revelación de un Dios que, al acercarse lo más posible a los seres humanos más alejados, se ha manifestado allí donde menos se le esperaba.

Este libro debe mucho al trabajo de los exegetas, a quienes quiero manifestar mi cordial agradecimiento. Pero, como no pretendo en absoluto realizar un trabajo de exégesis, sino que me dirijo al gran público, no he creído necesario recargar el texto con citas y referencias eruditas. Lammenais no tenía reparo en decir: «Yo escribo libros sencillos para gentes sencillas». Con gusto asumo yo ese mismo propósito. Y a mucha honra.

## 1

## Las raíces bíblicas

Ante el hombre Jesús de Nazaret, que tanto ha conmovido al mundo con su vida y su mensaje, uno no puede dejar de preguntarse por sus orígenes, por sus raíces humanas. Conocemos la importancia que en la vida del hombre tienen la primera infancia y el medio familiar y educativo. Remontándonos a los primeros balbuceos de la sensibilidad, al primer despertar de la conciencia y de la inteligencia, en suma, a las primeras experiencias, esperamos descubrir el manantial secreto de una vida.

¿Qué sabemos de los orígenes humanos de Jesús, del ambiente en el que creció, de las influencias que le marcaron? Los evangelios son muy discretos a este respecto. Sin embargo, Jesús no apareció un buen día como un ser caído del cielo. Cuando comenzó a predicar en Galilea, en torno a los treinta años, sus oyentes sabían perfectamente de dónde venía. Lo que les desconcertaba no eran los orígenes humanos del joven profeta, que conocían de sobra, sino la asombrosa sabiduría con que hablaba y el poder milagroso de sus actos. Esa sabiduría y ese poder no se correspondían con lo que ellos sabían de su humilde origen, por lo que resultaban inexplicables: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros?», se preguntaban extrañados (Mt 13,54). «No es éste el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6,2). «¿No es éste el hijo de José?» (Lc 4,22). «¿No conocemos todos a su padre y a su madre?» (Jn 6,42).

Efectivamente, Jesús pasó los treinta primeros años de su vida en una humilde aldea situada en los repliegues de las montañas de la Baja Galilea, a unos 105 kilómetros al norte de Jerusalén. La actual ciudad de Nazaret apenas da idea de la pequeñez de la aldea de Jesús. Sólo algunas viejas callejuelas permiten aún imaginar su antigua fisonomía. Nazaret era entonces una aldea de unos 1.500 a 2.000 habitantes y sin motivo alguno para ser conocida. Ni la Biblia ni el historiador Flavio Josefo, que, sin embargo, conocía muy bien Galilea, mencionan su nombre. Por otra parte, ¿no se solía preguntar con cierto menosprecio si de Nazaret podía salir algo bueno (cf. Jn 1,46)? Sus habitantes eran gentes sencillas (labradores, pastores, artesanos...) que llevaban una vida esencialmente rural. La campiña circundante era hermosa y fértil, y en ella se cultivaba el trigo, la vid y diversos árboles frutales. Pero en las excavaciones arqueológicas no se ha encontrado nada que sugiera riqueza. Las casas, pequeñas y cuadradas, se alzaban sobre el trasfondo de las rocosas colinas, plagadas de grutas naturales o excavadas por el hombre. Las callejuelas eran estrechas, pedregosas y empinadas. Al atardecer, en el buen tiempo, la vida de la aldea se centraba en la plaza, en torno a la fuente, adonde acudían las mujeres a llenar sus cántaros y a charlar. Los rebaños aguardaban mientras los chiquillos jugaban y a veces se peleaban. En cuanto a los hombres, una vez concluida la jornada, conversaban entre ellos o contemplaban los colores del atardecer: «El cielo está rojo, decían, mañana hará buen tiempo», o bien: «Hay nubes; va a llover» (Mt 16,2; Lc 12,54).

Fue en medio de esta población sencilla y trabajadora donde creció Jesús, que pasó en Nazaret no sólo su infancia y su adolescencia sino también los diez primeros años de su vida adulta. Había nacido en una familia de modestos artesanos. José, su padre legal, tenía un taller de carpintero, y él, en cuanto tuvo edad de trabajar, aprendió también el oficio.

Como todos los niños de Nazaret, Jesús frecuentaba la pequeña escuela rabínica del pueblo y la sinagoga. Fue allí donde aprendió a leer y a escribir, a cantar y a rezar. Además de la escuela estaba la familia, que desempeñó un importante papel en la educación del niño. María, su madre, formaba con José una pareja creyente, piadosa y fiel a la observancia de la ley de Moisés (cf. Lc 2,22.27.39), por lo que todos los años peregrinaban a Jerusalén. Gracias a ellos, Jesús fue iniciado muy pronto en la tradición litúrgica de Israel. El exegeta Joachim Jeremias hace esta importante observación: «Jesús pertenecía a un pueblo que sabía orar». En la vida familiar judía, efectivamente, había tres momentos de oración que jalaban la jornada: por la mañana y por la tarde, se recitaba el *Shemá*, que es una profesión de fe en el único Dios:

«Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas cuando estés en casa y cuando vayas de camino, cuando te acuestes y cuando te levantes» Dt 6,4-7.

Al *Shemá* se añadía, por la mañana y por la tarde, la *Tefillâh*, una oración en forma de himno compuesta por dieciocho bendiciones, la primera de las cuales comenzaba así: «Bendito seas, Señor, (Dios nuestro y de nuestros padres), Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, Dios grande, poderoso y terrible, Dios altísimo, Señor del cielo y de la tierra...» Después del mediodía, a las tres, se volvía a recitar esta oración de las dieciocho bendiciones.

Así, a través de estas oraciones y de estas prácticas familiares, Jesús aprendió desde su más tierna infancia a conocer al Dios único, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, «Señor del cielo y de la tierra». Más tarde recordará esas expresiones, que para él se habían hecho familiares,



y las usará como propias, lo mismo que la oración con que concluía la liturgia sinagoga, el *Qaddîsh*: «¡Que sea glorificado y santificado su Nombre excelso en el mundo que él ha creado conforme a su voluntad! ¡Que Él instaure su Reino durante vuestra vida, en vuestros días y mientras viva la entera casa de Israel, que suceda pronto y en un tiempo próximo...!» Al crecer «en edad y en sabiduría», Jesús iba asimilando poco a poco la tradición religiosa de Israel y familiarizándose con la Ley, los Profetas y los Salmos. Su espíritu se abría a una visión del mundo y de la historia totalmente orientada hacia la venida del Reino de Dios.

Jesús no frecuentó las escuelas de teología de su tiempo. Propiamente hablando, no tuvo maestro. Todo cuanto aprendió no lo recibió de forma abstracta y escolar, sino en contacto con la vida misma. En Nazaret se mantenían al margen de las sutilezas de escuela. Se vivía de una manera sencilla, pero profunda. Esta fe vivida era muy cercana a las humildes realidades de la vida y el trabajo de todos los días y hacía que se estableciera con toda naturalidad una correspondencia entre las realidades terrenas y el Reino de Dios. Más tarde, Jesús comparará el Reino con una lámpara que alumbró a todos los de la casa; o con la levadura que la mujer mezcla con tres medidas de harina y que hace fermentar toda la masa; o con la semilla que se arroja al suelo y germina paciente e irresistiblemente, vele o duerma el agricultor. A lo largo de su enseñanza aflorarán constantemente los recuerdos de su infancia. Y estas imágenes rurales revelarán una sensibilidad religiosa acorde con la vida paciente y apacible de la tierra. Para Jesús, el Reino de Dios no viene con la violencia de la tormenta, sino con la serena fuerza de la savia, a imagen de la propia tierra, «que da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga» (Mc 4,28).

También en Nazaret aprendió Jesús que el Reino de Dios se deja descubrir por los caminos de la simplicidad y la pobreza y en las relaciones humanas ajenas a toda voluntad de dominio. Sin duda, viendo el proceder de María y de José en casa y en la convivencia con los vecinos de la aldea fue como germinó en su corazón y en su espíritu la idea que un día expondrá públicamente y que constituirá el núcleo central de su enseñanza: «Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los mansos, los misericordiosos, los pacíficos...» El *Magnificat*, ese cántico que Lucas pone en labios de María en el momento de la visita a su prima Isabel, traduce con exactitud y acierto la espiritualidad que debía de reinar en el hogar de Nazaret: la de los *pobres de Yahvé*, los *anawim*.

Conviene que nos detengamos un instante en esta espiritualidad en la que probablemente estuvo inmerso Jesús durante toda su juventud y que le impregnó profundamente. Los *pobres de Yahvé*, tal como se expresan en los Salmos, representan «un modelo acabado de hombre bíblico». La pobreza, que, con su cortejo de privaciones y humillaciones, había sido tenida durante mucho tiempo en Israel como un mal y una maldición, había acabado, bajo el influjo de los Profetas y a raíz de la dolorosa pero fecunda experiencia del exilio, siendo considerada como un camino privilegiado hacia Dios. El pobre, que solía ser también el oprimido, aprendió a volverse hacia Dios, a gritarle su desamparo y a encomendarse a su justicia y su bondad. Se servía de su pobreza como de un trampolín hacia una fe más depurada y hacia una confianza incondicional. El pobre se convierte en el «cliente» de Yahvé: el que se fía de Dios y al que Dios toma a su cuidado. Así, a partir de un estado de pobreza material y de una situación de desamparo, se desarrollaba y maduraba una pobreza espiritual, hecha de humildad y de confianza. La pobreza vivida ante Dios se convertía en un ideal religioso.

Sofonías fue el primer profeta que presentó la pobreza bajo esta luz. Según él, el pueblo mesiánico estaría formado por «un resto de personas sencillas, humildes y pobres, cuya única riqueza y refugio sería Dios» (Sof 3,12). Jeremías, por su parte, al confiarse por entero a Dios en medio de las persecuciones y las humillaciones de que era objeto, se convirtió en la figura ideal, en el prototipo del *pobre de Dios*. Su ejemplo y sus confidencias fueron una luz en la se inspiraron los Salmistas: sus plegarias y sus cánticos de pobres quedaron como la expresión más perfecta de la espiritualidad de los *pobres de Yahvé*.

¿Cómo se caracteriza más concretamente esta espiritualidad? En primer lugar, por un sentido muy acusado de la soberanía de Dios: Yahvé es el Señor; no hay más Todopoderoso que él. Los *pobres de Dios* viven de esta verdad. Todo su ser se inclina ante esta realidad única, adorando a Quien ha hecho el cielo y la tierra y domina las naciones:

«El Señor se eleva sobre todos los pueblos,  
su gloria por encima del cielo.

¿Quién como el Señor Dios nuestro,  
que se eleva en su trono  
y se abaja para mirar  
los cielos y la tierra?» (Sal 113,4-6).

«¿Quién como Dios?»: esta pregunta admirativa, que expresa el fondo del alma de los pobres, tiene para ellos una profundidad insondable, pero también una inmensa dulzura. Porque, a la vez que afirma la absoluta soberanía de Dios, relativiza todos los poderes, todas las potencias y grandezas de este mundo. La adoración se vive entonces como un acto de liberación respecto de todas las fuerzas de opresión. Los *pobres de Yahvé* saben y saborean esta verdad: que no hay más Todopoderoso que el Señor Dios, a quien únicamente pertenecen el reino, el poder y la gloria.

El segundo rasgo característico de la actitud espiritual de los *pobres de Yahvé* es una confianza humilde e ilimitada. Paradójicamente, la trascendencia de Dios, ante la que perciben su pequeñez, no tiene para ellos nada de opresivo, sino que, por el contrario, los levanta y les devuelve la dignidad, el valor y la fuerza. Porque este Dios, cuya «gloria está por encima de los cielos», es también el Dios justo y bondadoso, el Dios compasivo, cercano a los corazones abatidos, el Dios que «levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los nobles, con los príncipes de su pueblo» (Sal 113,7-8). Entre los *pobres de Yahvé*, la adoración sólo tiene parangón con la confianza. Cuanto más se inclinan ante Dios, más crece su confianza en él. Cuanto más pobres y desamparados se sienten, más consistencia cobra su confianza. Una confianza que no se apoya en medios humanos, sino en Dios mismo, en su poder y en su bondad. Dios es su único recurso, su «refugio», su «roca», su «fortaleza». De él esperan toda liberación, toda justicia, toda misericordia y toda ternura:

«...Me refugio a la sombra de tus alas,  
mientras pasa la calamidad» (Sal 57,2).

«...Descansa sólo en Dios, alma mía,  
porque él es mi esperanza...  
Sólo él es mi roca y mi salvación,  
mi alcázar: no vacilaré» (Sal 62,6-7).

«El Señor es benigno y justo.  
Nuestro Dios es compasivo.  
El Señor guarda a los sencillos:  
estando yo sin fuerzas, me salvó» (Sal 116,5-6).

Nada puede frenar el impulso de confianza de los *pobres de Yahvé*. Ni siquiera el peso de sus faltas y miserias morales:

«Propuse: confesaré al Señor mi culpa;  
y Tú perdonaste mi culpa y mi pecado» (Sal 32,5).

«...Mi alma aguarda al Señor,  
 más que el centinela la aurora.  
 Aguarde Israel al Señor,  
 como el centinela la aurora;  
 porque del Señor viene la misericordia,  
 la redención copiosa:  
 y él redimirá a Israel  
 de todos sus delitos» (Sal 130,6-8).

Esta actitud llega incluso, en algunos salmos, a mostrar los rasgos de la confianza propia de un niño. El *pobre de Yahvé* encuentra entonces la paz y la serenidad en el abandono característico del niño pequeño:

«Señor, mi corazón no es ambicioso  
 ni mis ojos altaneros;  
 no pretendo grandezas  
 que superan mi capacidad;  
 sino que acallo y modero mis deseos,  
 como un niño en brazos de su madre» (Sal 131,1-2).

Esta humilde confianza abre el alma de los *pobres de Yahvé* a una esperanza mesiánica renovada y purificada. Éste es, sin duda, otro rasgo característico de su espiritualidad. Esperan la venida del Reino de Dios, no como una era de esplendor político y militar, sino más bien, en la línea de los Profetas, como una manifestación de justicia, de paz y de bondad, en favor de los más débiles y desprotegidos. Esperan que el derecho del desgraciado sea reconocido y respetado y que la paz y la justicia reinen al fin para todos. Y no lo esperan como una obra humana, sino como una gracia de Dios:

«Dios mío, confía tu juicio al rey,  
 tu justicia al hijo de reyes;  
 para que rija a tu pueblo con justicia,  
 a tus humildes con rectitud...

...porque él librará al pobre que clamaba,  
 al afligido que no tenía protector;  
 él se apiadará del pobre y del indigente  
 y salvará la vida de los pobres;  
 él rescatará sus vidas de la violencia...»  
 (Sal 72,1-2.12-14).

Así, entre los *pobres de Yahvé*, la esperanza mesiánica se purifica de toda pretensión teocrática, de todo sueño de poder. Y mientras que, en el escenario político de Israel, los responsables de la nación se dejan deslumbrar muy a menudo por un falso mesianismo, expresión de su voluntad de poder, el corazón de los pobres acoge y alimenta la verdadera esperanza. Desde los oráculos de Sofonías hasta los cánticos del anciano Simeón, de Zacarías y de María, pasando por lo Salmos, esta esperanza no ha dejado de purificarse y de crecer en el corazón de los *pobres de Yahvé*.

Puede pensarse que esta espiritualidad constituía el fondo de la piedad que se vivía en el hogar de Nazaret. ¿No pertenecían María y José a esos pobres y humildes de los que habla Sofonías? También ellos esperaban el Reino de Dios por los caminos de la simplicidad y de la confianza. Es en este humus bíblico donde hunde sus raíces la experiencia espiritual de Jesús. Nunca nos cansaremos de decir que detrás de Jesús está la Biblia; están las grandes voces de Israel, las de los Profetas, y las más modestas, las de los *pobres de Yahvé*. Todas estas voces alimentaron su piedad, no sólo como un saber adquirido en los libros, sino, más aún, como un clima vital y de valores; como el aire natal que se respira; como una sabiduría vivida que te impregna sin darte cuenta y te inspira. Como cualquier ser humano, Jesús sintió antes de pensar. Aún no había concebido idea alguna, y ya lo había sentido todo. Su infancia en Nazaret fue un despertar de todo su ser en medio de extraordinarias primeras impresiones de adoración y confianza. En su rela-

ción con Dios y con los seres humanos, quedó profundamente marcado por esa atmósfera. Un día, él mismo se incluirá abiertamente entre los pequeños, los mansos y los humildes. Y su mensaje, tal como lo presentará en las Bienaventuranzas evangélicas, retomará, amplificándolos, los valores religiosos que se practicaban y valoraban en su ámbito familiar.

¿Es posible penetrar aún más en la experiencia íntima del joven Jesús en Nazaret? Parece difícil poder decir más. Sin embargo, un incidente narrado por Lucas nos permite levantar un poco el velo. A los doce años, Jesús acompaña por primera vez a sus padres en su peregrinación anual a Jerusalén. Al regreso, después de una jornada de camino, María y José caen en la cuenta de que su hijo no se encuentra, como pensaban, en el grupo de los parientes y conocidos. Desandando el camino, le encuentran al fin, al cabo de tres días, en el Templo, sentado entre los maestros y los doctores de la Ley y ocupado en escucharles y preguntarles. María no puede contenerse y le reprocha: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira con qué angustia te buscábamos tu padre y yo!» A lo que Jesús replica: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo tengo que estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,41-50).

Este modo de proceder de Jesús y la explicación que da son sorprendentes en un niño de doce años. Manifiestan una conciencia de sí mismo poco corriente; particularmente, una conciencia de su relación con Dios que le hace diferente. Al hablar de Dios, Jesús no dice: «el Padre», sino «mi Padre». Y lo hace de una manera totalmente espontánea, como algo que cae por su propio peso. ¿Empleó en esta ocasión, como lo hará más tarde en Getsemaní, el diminutivo familiar «Abbá» («Papá»)? El texto de Lucas no lo dice, pero es muy probable, lo cual hace su respuesta aún más insólita. Ciertamente, Dios era el Padre común de Israel, pero jamás se le ocurriría ni al judío más piado-

so llamar a Dios «mi Padre», y menos aún empleando el término infantil «Abbá». Era un lenguaje tan inaudito que, como dice Lucas, María y José no le comprendieron (Lc 2,50). Esta precisión puede considerarse una prueba de la autenticidad del hecho. María conocía muchas cosas de su hijo, y el propio Lucas lo subraya: antes de desposarse con José, había recibido del cielo el anuncio de que concebiría y daría a luz un hijo, que sería llamado «hijo del Altísimo», a quien el Señor entregaría el trono de David y que reinaría eternamente. Y el ángel le había precisado que ese hijo sería fruto del Espíritu Santo y que, por esa razón, sería santo y sería llamado «hijo de Dios» (Lc 1,30-35). Sí, María sabía todo esto y lo guardaba y lo meditaba en su corazón. A pesar de todo, cuando escuchó por primera vez a su hijo decir «mi Padre» refiriéndose al Dios tres veces santo, quedó sobrecogida y no comprendió nada. Aquellas palabras tan simples en boca de Jesús iban mucho más allá de todos los títulos mesiánicos más llamativos. María se encontraba de repente en presencia de un misterio de intimidad que habitaba a su hijo y que le sobrepasaba a ella.

A la luz de este acontecimiento, podemos pensar que la relación de confianza en Dios, tal como se vivía en Nazaret, en el espíritu de los *pobres de Yahvé*, adquirió muy pronto en el joven Jesús una singular profundidad y un carácter único. Desde que tuvo capacidad de pensar, Jesús concibió enseguida a Dios como Padre. No sólo como el Padre común de todo Israel, sino como su propio Padre, con quien mantenía una relación única de intimidad. Una relación que, de algún modo, venía a insertarse en la espiritualidad de los *pobres de Yahvé*, pero superándola y transfigurándola.

No por ello vamos a concluir, sin embargo, que ya desde su más tierna infancia tenía Jesús una visión clara de su misión e incluso de su filiación divina. Sólo progresivamente se fue abriendo a la plenitud del misterio que cons-

tituía el fondo de su ser. ¿Acaso no dice Lucas que Jesús «crecía en sabiduría en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52)?

Es realmente difícil, por no decir imposible, precisar cómo una conciencia humana, al despertar a su propio ser, puede descubrir su relación radical e íntima con el misterio de Dios y entenderse a sí misma como formando parte de ese misterio. Estamos tratando de un hecho único y sin parangón en la experiencia común. Una cosa, sin embargo, parece cierta: desde que tuvo edad para pensar en Dios y orarle, Jesús, ayudado por su ambiente familiar y los valores religiosos que en él imperaban, se dirigió a Dios como un niño se dirige a su Padre. Y esta actitud de intimidad, que no tardó en revestir en él un carácter verdaderamente singular, no iba a dejar de profundizarse.

## 2

## El Bautismo de Jesús

«Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán» (Mc 1,9). La sobriedad del relato de Marcos no debe encubrir la importancia del hecho. El bautismo de Jesús por Juan fue un momento decisivo en su vida. No se trató de un mero rito, sino de una experiencia determinante. Una experiencia que haría cambiar radicalmente el curso de su vida. A partir de entonces, ya nada sería igual. Sí, aquel día sucedió algo trascendental para Jesús. Y los cuatro evangelios y los Hechos de los Apóstoles son unánimes en este punto: todos ellos sitúan en el bautismo el comienzo de su misión. El que hasta entonces había sido un desconocido perteneciente a una modesta familia de una remota aldea, y sobre el que nada parecía indicar que estuviera destinado a ser una figura pública, se ve de pronto investido de una misión y se pone a proclamar la Buena Nueva del Reino de Dios. ¿En qué consistió aquella intensa experiencia que lanzó a Jesús por los caminos de Galilea y de Judea?

Mientras el emperador romano Tiberio reinaba en todo el Mediterráneo, un hombre desconocido, en una provincia marginal del imperio, alzaba su voz en medio de un pueblo dominado, pero no totalmente sometido. Un hombre extraño, venido del desierto. Una especie de profeta en la tradición de Elías, que no predicaba la sublevación contra el invasor romano, pero cuyas palabras llegaban al corazón y atraían a las multitudes. Se llamaba Juan y se había insta-

lado en las orillas del río Jordán. Quizá fuera amigo de los monjes esenios, que vivían no lejos de allí, en las riberas del Mar Muerto, y no es imposible que durante algún tiempo hubiera formado parte de la comunidad de Qumrán. En cualquier caso, compartía su ideal ascético y su impulso místico. Sin embargo, en su ministerio, Juan aparece como un profeta independiente. El bautismo que él administraba era propio: era «el bautismo de Juan». Y sus discípulos constituían un grupo bien diferenciado.

Haciéndose eco de la voz de los grandes profetas de Israel, Juan anunciaba el Reino de Dios como una realidad inminente que él veía acercarse como una tormenta: oía tronar la cólera de Dios. Y exhortaba a las masas a que se prepararan para el acontecimiento que iba a abatirse sobre el mundo. Su predicación era una vibrante llamada a la conversión. Y como señal de purificación de los pecados, bautizaba en las aguas del Jordán. El profeta Ezequiel había anunciado que Dios purificaría a su pueblo al final de los tiempos mediante un baño de agua pura:

«Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré... Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios» (Ez 36,24-28).

La predicación de Juan agudizó los oídos de todo un pueblo cuya gran esperanza mesiánica, jamás apagada del todo en el fondo de su corazón, no pedía más que ser avivada, especialmente en unos momentos de abatimiento nacional. Su llamada a la conversión y a la purificación suscitó una amplia dinámica de arrepentimiento, que hacía que acudieran al Bautista gentes de todas partes: «Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados» (Mt 3,5-6; Mc 1,5). Entre la multitud

había mercaderes, recaudadores de impuestos, soldados e incluso, según Mateo (3,7), un gran número de fariseos y saduceos. Juan no se andaba con rodeos: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, digno fruto de conversión y no os contentéis con decir en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abraham”, porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham» (Mt 3,7-9).

Esta vehemente predicación tuvo eco incluso en las más remotas aldeas de las montañas de Galilea, hasta el punto de que el propio Jesús, que tenía entonces alrededor de treinta años, se puso en camino. No se acercó al Bautista movido por la curiosidad ni como uno de aquellos espías enviados por los fariseos y que pedían a Juan que desvelara su identidad. Jesús acudió, sencillamente, como un hombre religioso, para hacerse bautizar. Es probable que se preparara para el acontecimiento y permaneciera algún tiempo junto a Juan. En cualquier caso, se unió al grupo de los discípulos del Bautista y se dejó instruir por el maestro.

Llegó luego el día en que Jesús decidió sumarse a la muchedumbre arrepentida que, obedeciendo a la llamada de Juan, iba entrando en el río. Externamente nada lo distinguía de todos aquellos hombres que se agolpaban a su alrededor. Totalmente desconocido y siguiendo los pasos de los publicanos y los pecadores, recorría, como un peregrino anónimo, el surco de la miseria y la esperanza humanas, como el último de los *pobres de Yahvé*.

Los artistas que a lo largo de los siglos han pintado o esculpido la escena del bautismo de Jesús, la han representado como un acto individual. Por eso solemos imaginarnos a Jesús de pie dentro del Jordán, sin más compañía que la de Juan, el cual, sirviéndose de una concha, derrama el agua sobre su cabeza. Lo más probable es que las cosas ocurrieran de otro modo. Los candidatos al bautismo entraban en el agua por grupos y se sumergían en ella a una

señal de Juan. Jesús participó sin duda en ese bautismo colectivo, como lo sugiere el texto de Lucas: «Cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración...» (Lc 3,21).

No se ha destacado suficientemente esta dimensión comunitaria del bautismo de Jesús, que, sin embargo, es fundamental. Jesús forma parte de un pueblo y se inserta en la dinámica histórica de ese pueblo, no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Comulga con todo lo que se vive a su alrededor, con las expectativas y las esperanzas de aquellos hombres que acuden en masa a buscar en Juan el camino de una auténtica liberación espiritual. Jesús es y se siente solidario de aquella multitud, y por eso mismo se prepara para lo que Dios espera de él. Al Dios vivo de la Biblia, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al Dios de los Profetas, no se le descubre en las nubes ni en la intimidad de una reflexión filosófica, sino en los caminos de los seres humanos, en los derroteros de la historia. El Dios que salva, que libera de la esclavitud, se alza siempre detrás de los hombres, en sus aspiraciones más hondas.

En el momento en que Jesús acababa de ser bautizado, sucedió algo imprevisible y único. Los evangelistas nos han narrado y descrito este acontecimiento mediante imágenes y símbolos, inspirándose en el relato de la consagración mesiánica del Siervo de Yahvé, según Isaías (Is 11,2; 42,1; 61,1): Marcos, por ejemplo, dice: «No bien hubo salido del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco”» (Mc 1,10-11). Lucas ofrece esta otra versión: «Bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y descendió sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco”» (Lc 3,21-22).

No habría que ver en estos relatos una mera puesta en escena simbólica, imaginada por las primeras comunidades cristianas para dar a entender que con Jesús y en él el Espíritu que animaba a los Profetas está nuevamente activo en el seno del pueblo de Dios. Aquí hay algo más. Más allá de las imágenes y los símbolos, más allá de las reminiscencias bíblicas, lo que se evoca es una verdadera experiencia espiritual. Una experiencia original, única. Jesús vive el acontecimiento desde dentro, en el centro mismo de su oración, como indica Lucas. No se trata de un espectáculo que se ofrece a la multitud; es el propio Jesús quien ve cómo se rasgan y se abren los cielos. ¿Acaso no se está dando a entender que una realidad divina, hasta entonces velada a sus ojos, se le revela y se le da a conocer en medio de una luz resplandeciente? Y todo ello con la suavidad y la ligereza del vuelo de la paloma que se posa en tierra.

Ciertamente es difícil hacerse una idea, ni siquiera aproximada, de la experiencia vivida por Jesús en aquel instante. La inspiración venida del cielo y la intuición personal se funden aquí la una en la otra. Ateniéndonos rigurosamente a los textos de los Sinópticos, Jesús se ve designado y consagrado como Mesías: investido de una misión mesiánica semejante a la del Siervo. Sin más.

Pero no puede eludirse la pregunta: ¿cómo vivió Jesús el acontecimiento? ¿Qué percibió en aquel instante? ¿Qué eco tuvo en él la voz del Padre? ¿Acaso se despertó en él una conciencia nueva? ¿Cuál? El contexto inmediato no nos permite responder a estas preguntas. Pero lo que viene a continuación en los evangelios sí arroja una luz singular, porque nos muestra, en efecto, que a partir de aquel momento Jesús no dudó en presentarse a los hombres, no sólo como un profeta enviado por Dios y animado por su Espíritu, sino además como aquel en cuyas manos el Padre lo había puesto todo, aquel que disponía soberanamente del Reino y que llevaba y revelaba a Dios absolutamente en

su propia persona. Semejante conciencia de sí, que se traslucirá a lo largo de toda su enseñanza y que no tiene equivalente alguno en la historia de Israel, sólo pudo nacer en Jesús de una experiencia extraordinaria y absolutamente única de su relación con Dios. ¿Cómo, entonces, no pensar que el bautismo fue precisamente la experiencia que le hizo penetrar a fondo en la realidad más honda de su ser con la intensidad de los comienzos decisivos?

Como ya indiqué en el capítulo anterior, Jesús tenía la costumbre de dirigirse a Dios como un niño se dirige a su padre. Desde que tuvo capacidad para pensar en Dios, se consideró y se comportó como su hijo. Pero he aquí que mientras ora, al salir de las aguas del Jordán, tiene la íntima revelación de que el impulso filial que le lleva por entero y desde siempre hacia el Padre, está precedido de una manera radical y absoluta por el movimiento del Padre hacia él; que ese impulso filial tiene su origen en el movimiento primero del Padre; que todo su ser, en una palabra, lo recibe del Padre. Y no descubre esto como una verdad abstracta, sino, más bien, como una gran pasión y una inmensa ternura. Lo que experimenta Jesús, por tanto, es una cercanía de Dios maravillosa y verdaderamente inaudita. Se ve sumido en el misterio de Dios: un misterio de relaciones, en cuyo interior es saludado y reconocido como un «tú» en la atmósfera de un «nosotros». En la intimidad y en la unidad de un «nosotros». «Tú eres mi Hijo amado...»: estas palabras, que proporcionan a Jesús la revelación plena y completa de su ser profundo, hacen que tome plena conciencia, si es que aún era necesario, de su relación única con Dios.

Cuando se habla de una experiencia de esta naturaleza, es necesario distinguir entre la realidad objetiva de la filiación divina de Jesús y la conciencia subjetiva que él podía tener de ella. En la cuna, Jesús no tenía ciertamente conciencia de ser el Hijo de Dios, aunque ya lo fuera. Incluso

a lo largo de su vida humana, no siempre tuvo una misma conciencia de su filiación divina. Hay en su vida momentos privilegiados en los que esta conciencia emerge y brilla con una luz incomparable. El instante que siguió a su bautismo fue, sin lugar a dudas, uno de esos momentos de inspiración interior que bastan para iluminar toda una vida. Jesús tuvo entonces una experiencia decisiva: una experiencia-fuente en la que tomó conciencia de su ser profundo a la luz de una proximidad radical y absoluta de Dios.

Pero al mismo tiempo, Jesús percibe claramente su misión. Se ve escogido por Dios para comunicar a los hombres esa revelación única que él acaba de recibir y que les concierne también a ellos. Porque, aun cuando la Palabra que ha escuchado le designa personalmente a él como «el Hijo amado», va más allá de él. Dicha Palabra no penetra en él como un secreto que tenga que guardar celosamente para sí, sino más bien como un alegre mensaje mesiánico que, a través de él, se dirige a todos los seres humanos. En esta proximidad única e insuperable de Dios que él experimenta, está implícita la revelación del amor de Dios a los hombres y la nueva cercanía de Dios a su pueblo. En ese instante se le manifiesta todo el designio divino. En Jesús, Dios se ha acercado al hombre de una manera inaudita; se ha unido a la humanidad como nunca lo había hecho: radicalmente. Y por eso, en adelante ya nada podrá separarla del amor del Padre. En el momento en que Jesús experimenta en plenitud su filiación divina, se abre a la pasión amorosa de Dios por el hombre y hace suyo el movimiento de Dios hacia el hombre, su ternura, su «humanidad». Y su misión consistirá en revelar a los hombres la nueva cercanía de Dios, yendo él mismo hacia ellos y haciéndose próximo de los más alejados.

En adelante, una fuerza interior va a impulsar a Jesús a comunicar a los hombres lo que acaba de vivir. Desde el corazón mismo de su relación con el Padre, les anunciará



un nuevo futuro que proviene de Dios. Él será el mensajero y el testigo de la nueva e incomparable cercanía de Dios y, por eso mismo, el mensajero y el testigo de una humanidad nueva, llamada a participar de la vida divina. Sí, en él, todo ser humano está llamado a oír cómo el Padre le dice: «Tú eres mi Hijo amado». Todo ser humano sin excepción, empezando por esos publicanos y esos pecadores que se agolpan a su alrededor y con los que se ha hecho solidario descendiendo con ellos a las aguas del Jordán. También para ellos se ha acercado el Reino de Dios de un modo inefable y totalmente imprevisible.

Aquel día, a orillas del Jordán, un hombre vio cómo el cielo se abría en el fondo de su alma y cómo su nombre, y el de todos sus hermanos en humanidad, estaba escrito en el corazón mismo de Dios. Entonces los astros del cielo empaldecieron ante sus ojos, y la tierra, tocada por la gloria de Dios, brilló con un resplandor único. Jamás el hombre había parecido tan grande. Rebosante su mirada de esa luz divina, Jesús irá en adelante hacia sus hermanos para anunciarles la alegre Noticia, y a cada uno de ellos le dirá: «El Reino de Dios está cerca... Levántate y anda... También tú eres hijo de Dios»...

Así pues, todo el Evangelio tiene su origen en esta experiencia vivida por Jesús en el momento de su bautismo. Y a esta experiencia y a la emoción inédita que suscitó en él retornará Jesús constantemente como a un manantial de agua viva, para sumergirse en ella una y otra vez. De ella extraerá su entusiasmo y su autoridad, así como la fuerza necesaria para afrontar las contradicciones, las calumnias y, por último, la muerte. Y para dar testimonio de su autenticidad se entregará a sus verdugos, haciendo de su muerte el testimonio supremo del amor del Padre a los hombres.

¿No es ésta acaso la experiencia que evocará Jesús cuando diga a sus discípulos: «Todo me ha sido entregado

por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Lc 10,22; Mt 11,27)?

Podemos preguntarnos: ¿había recibido Jesús, ya antes del bautismo, una revelación semejante?; ¿había escuchado ya, a lo largo de su vida oculta en Nazaret, cómo la voz del Padre le susurraba: «Tú eres mi Hijo amado»? No lo sabemos. Lo que sí es seguro, según los evangelios, es que en el momento de su bautismo esa voz resonó en su corazón con una fuerza única, facilitándole la visión nítida del misterio que le habitaba desde siempre, así como de la misión a la que estaba destinado.

Cuando, después de esta teofanía, Jesús tomó contacto de nuevo con la gente de su entorno, su aspecto ya no era el mismo, y quienes le conocían se dieron cuenta. Su rostro resplandecía, y su voz había cambiado. Por supuesto que seguía siendo la voz del joven carpintero de Nazaret, con el mismo acento de su patria chica, impregnada de sencillez y bondad. Pero en aquella voz se percibía ahora algo nuevo e indefinible: una gravedad y una autoridad que no eran de este mundo. Juan Bautista fue el primero en advertirlo y quedó impresionado; ya no tenía ante él a un discípulo que había venido a escucharle, sino a un hombre que irradiaba el misterio de Dios y en cuyo rostro brillaba la alegría mesiánica. Conmovido, Juan gritó para que lo oyeran todos los presentes: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mi, a quien yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias» (Jn 1,26-27). «Yo os bautizo con agua para la conversión... Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el Fuego» (Mt 3,11).

La misión de Juan tocaba a su fin, y la de Jesús comenzaba. El tiempo del agua había pasado. Llegaba el tiempo del fuego. Y la mirada de Juan, al posarse sobre Jesús, tenía reflejos de aurora.

## 3

## Las voces del desierto

Una vez bautizado, Jesús no permaneció más tiempo con Juan. Impulsado por el Espíritu se dirigió hacia las áridas colinas que bordean el Mar Muerto. Absorto por completo en la revelación con que acababa de ser agraciado, sentía la necesidad de estar solo durante un tiempo. Solo como el músico o el poeta con su inspiración, pero sintiendo esa necesidad de un modo aún más apremiante. El inmenso y solitario desierto era lo más apropiado para la emoción que sentía. Allí podía caminar durante horas, en medio del silencio, sin encontrarse con nadie. El cielo omnipresente había descendido bruscamente a ras de tierra: casi se podía tocar con las manos; sólo en él, en su luz, había vida y movimiento. La tierra, en su ilimitada desnudez, sólo estaba allí para acoger esa luz.

Al adentrarse en el desierto para orar y ayunar, Jesús seguía los pasos de los grandes antepasados de Israel: Abraham, Moisés, Elías... Revivía la peregrinación de su pueblo en busca de la Tierra Prometida. Retornaba a las fuentes de la revelación del Dios único. «El desierto es monoteísta», decía Renan; pero no lo es espontáneamente. En él, los israelitas adoraron al becerro que habían fabricado con el oro que habían conseguido sacar de Egipto. El desierto es siempre un lugar de prueba y tentación, antes que de adoración del Único. Lugar de hambre y de sed, es también lugar de todos los espejismos, desde los más materiales hasta los más espirituales. Todos los deseos y todos

los sueños del hombre se ven amplificadas y exacerbados en el desierto, cuya voz dice: «Si me adoras, te daré todos los reinos de la tierra, con todo su poder y su riqueza». Quien entra en el desierto, cargado su corazón con el botín de Egipto e invadido de ocultos deseos, más tarde o más temprano acabará adorando al becerro de oro: la riqueza y el poder.

Pero el hombre que va al desierto con un corazón de pobre, oye susurrar en él, como Moisés, el nombre del Único: «Yo soy» (Ex 3,14). Estas simples palabras, «Yo soy», tienen para él una resonancia infinita; estas palabras acaban con todos los ídolos, los reduce a la insignificancia, como el huracán barre las arenas. Estas palabras hablan de la Realidad absoluta, primera y última. En la adoración, el hombre aprecia la medida de esa Realidad sin medida manteniéndose a la escucha de la Palabra inagotable en la que Dios se expresa a sí mismo. Como Moisés frente a la zarza ardiente. Como Elías atento al paso de Yahvé en el tenue soplo de la brisa. «Yo soy»: estas palabras desprovistas de todo elemento fantástico, desnudas como el desierto, ponen al hombre en presencia del Único.

También Jesús oía la Palabra, y todo su ser vibraba de adoración. «Yo soy» hablaba; y decía: «Tú eres mi Hijo amado». La voz de su bautismo volvía; no dejaba de resonar en su corazón. Cantaba en él como un manantial de agua viva en el desierto. «Yo soy», «Tú eres»: dos simples frases que componían una sinfonía y expresaban el mismo misterio íntimo y definitivo: el nacimiento de un «Tú» en el ámbito de un «Nosotros».

Pero mientras Jesús escuchaba este canto que le llenaba de una alegría divina, otra voz remedaba la primera. Era la voz del Seductor: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes» (Mt 4,3). Quienes han experimentado verdaderamente el hambre saben los deseos que

puede despertar la palabra «pan». Y Jesús, después de cuarenta días de ayuno, tenía hambre. Estaba hambriento como tantos seres humanos en el mundo. Y la voz insistente parecía insinuar: «Puesto que eres el Hijo de Dios, puedes hacerlo. Utiliza, por tanto, tu poder para ti y para tantos como tú: para todos los hambrientos de la tierra. Sé su benefactor, su salvador. No tienes más que decir una palabra, y el desierto florecerá. ¿No es eso lo que anunciaron los profetas? ¿No es eso el Reino de Dios en la tierra?». La voz trataba sutilmente de despertar en el hombre el ansia de poder, so capa de beneficencia. Era la misma voz que se había escuchado en el jardín de Edén.

Dar pan a los hambrientos, solucionar el problema del hambre en el mundo...: ¿se puede imaginar una tarea más importante, más urgente, más noble y, en definitiva, más divina? Sustraerse a ella cuando se dispone del poder creador, ¿no es una falta imperdonable, un crimen contra la humanidad? Jesús no podía ser insensible a esta llamada. Un día, embargado por la compasión, multiplicará los panes para saciar a la multitud hambrienta. Y la multitud querrá hacerle rey. Un rey a la medida de sus necesidades materiales. Un mesías artífice del milagro económico. La voz del tentador le empujaba en esta dirección.

Pero esa voz no venía del fondo de su ser, sino de fuera. En él resonaba otra voz diferente que le hacía ver el futuro del hombre con independencia de todos los éxitos económicos y materiales. Más aún que de pan y de vestido, el hombre tiene necesidad de atenciones. Lo que busca por encima de todo, simplemente para seguir creyendo en su humanidad, es una mirada que le hable con consideración y respeto. Con infinita ternura. Pero ¿quién le hablará así? «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»: nada podía traducir mejor la experiencia profunda de Jesús en el desierto que esta cita de la Escritura que el evangelista Mateo pone en sus labios.

Más allá del hambre que le atenaza, Jesús se alimenta y vive de una Palabra preñada de infinita ternura: la que escuchó en su bautismo. Es de ella de la que aprende a sacar todas sus fuerzas. Al igual que el profeta Jeremías, y con mayor verdad aún, Jesús habría podido decir: «Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría del corazón, porque se me llamaba por tu nombre, Yahvé, Señor del universo» (Jr 15,16).

Es difícil distinguir, en los relatos evangélicos de las tentaciones, entre la experiencia vivida por Jesús y lo que no es más que género literario. ¿Deberemos por ello reducir estos relatos a meras escenificaciones sin más finalidad que ilustrar el sentido de la misión de Jesús? En mi opinión, nos relatan también un hecho, una experiencia de vida referida a una opción de valores. Ciertamente, esta experiencia nos ha sido relatada de una manera simbólica, de acuerdo con un guión que tiende más a sugerir el sentido profundo del acontecimiento que a describir sus modalidades. En la voz del Tentador es fácil reconocer el ideal mesiánico de la época: un ideal según el cual la venida del Reino de Dios debía coincidir con la recuperación de la soberanía nacional y con la prosperidad económica. Jesús rechaza este ideal. No es que se desinterese de la vida de su pueblo, sino que no quiere utilizar su condición de Hijo de Dios con fines políticos o económicos, y menos aún para su propio prestigio personal. No buscará ni las riquezas ni los honores ni el poder. Su misión es otra, radicalmente distinta, y le viene dictada por su experiencia profunda, por la emoción única que en él produce la voz que escuchó en el Jordán; en suma, por su singular relación con el Padre.

Su misión es revelar a los seres humanos la nueva cercanía de Dios, anunciarles que Dios, en su Hijo, se ha acercado a ellos. Una misión que no conduce al dominio ni

pone a Dios al servicio de las ambiciones del hombre, sino que pone la ambición del hombre a la altura de Dios.

La opción de Jesús es clara, sin rodeos y sin posibilidad alguna de dar marcha atrás. Está impaciente por ir hacia los hombres. Tentado en el desierto, no experimenta en modo alguno la tentación del desierto: no será, como Juan, un héroe de la soledad. Por supuesto que seguirá retirándose a lugares desiertos para orar, para escuchar de nuevo la voz del Padre y reencontrarse con su ser profundo; pero la voz le llevará siempre hacia las masas. Y él irá hacia ellas sin esperar a que ellas vengan a él. Y yendo así hacia los hombres, mezclándose con ellos, será el signo viviente del impulso de Dios y de su venida.

## 4

## El hoy del Reino de Dios

Después de la prueba del desierto, Jesús regresa a Galilea, al norte del país. El que regresa ya no es el mismo. Lucas nos dice que vuelve «con la fuerza del Espíritu» (Lc 4,14). La experiencia de su bautismo y la decisiva clarificación del desierto le han hecho madurar y le han transfigurado. Una santa pasión le habita y le lleva. En adelante, será un «enviado». El cielo se ha abierto ante él y el Espíritu se ha apoderado de él, que ha escuchado la voz inefable del Padre. Jamás ha habido nadie que haya sido agraciado con una revelación semejante ni investido de una misión parecida ni encargado de transmitir un mensaje de tal naturaleza. Dios, el Señor del cielo y de la tierra, se ha acercado a los hombres, de un modo absolutamente nuevo e imprevisible, en el humilde artesano de Nazaret, a quien se ha comunicado amorosa y plenamente. Portador de éste mensaje, Jesús regresa serio y alegre a la vez.

Dejando Nazaret, cuna de su infancia y de sus primeros años de adulto, se instala en Cafarnaún. Situada en la orilla noroeste del lago de Tiberíades, en una zona pesquera y agrícola, cerca de los caminos que unían Galilea con Damasco, esta pequeña ciudad, caracterizada por su animación y su hospitalidad para con los extranjeros, contaba además con una guarnición militar romana y con un puesto de aduanas. Es en medio de esta población tan variopinta de pescadores, campesinos, mercaderes, funcionarios del fisco y soldados romanos, donde Jesús va a comenzar a difundir la Buena Nueva.

En el momento en que el joven profeta se lanza a la vida pública, Palestina atraviesa un período turbulento, sumida en un estado de abatimiento y confusión. El país, ocupado por los romanos, ha perdido su soberanía nacional, aunque las autoridades locales, que han conservado sus puestos, mantengan una apariencia de poder. Herodes el Grande ha muerto, y su reino se ha desmembrado. Uno de sus hijos, Filippo, ha heredado el nordeste del país; Herodes Antipas ha recibido Galilea y Perea. Judea y Samaría, por último, han pasado de las manos de Arquelao, su tercer hijo, a las fuerzas de ocupación: un gobernador romano, Poncio Pilato, ejerce directamente el poder en la zona. El judío Filón emite este severo juicio sobre él: «Pilato era cruel por naturaleza, y, debido a la dureza de su corazón, no retrocedía ante nada. Durante su mandato, en Judea no se obtenía nada sino a base de corrupción; por todas partes imperaba la soberbia, la arrogancia y la insolencia; el país estaba entregado al pillaje, oprimido y ultrajado de todas las formas posibles; se condenaba a muerte a la gente sin juicio previo; la crueldad del tirano jamás amainaba» (*Legatio ad Caium*, 38). Aunque no se trate de un juicio imparcial, sí permite entrever la atmósfera de opresión que pesaba entonces sobre el país.

Ante esta situación, las elites y los partidos políticos y religiosos están divididos. Los *saduceos*, que cuentan con muchos adeptos entre la aristocracia sacerdotal y que encarnan fundamentalmente el poder religioso, han optado por vivir en buena armonía con el poder de ocupación, con tal de que éste respete sus privilegios. En tiempos de Jesús todos los sumos sacerdotes son saduceos, y su actitud podría resumirse en esta fórmula: «Nada de problemas con las autoridades romanas». Éste será, por lo demás, el argumento que invocado por el sumo sacerdote Caifás para deshacerse de Jesús. En el lado opuesto están los *zelotes*, reclutados entre la población más modesta del país y que

constituyen un movimiento de resistencia y de liberación nacionales. Ardientes patriotas y nacionalistas furibundos, actúan en la clandestinidad, utilizando todos los medios, incluido el asesinato, para liberarse del opresor extranjero. Acabarán arrastrando al país a una revuelta suicida entre los años 66 y 70. Los *fariseos*, que mantienen sus distancias con respecto a los poderes fácticos, se resignan a una situación que les parece insuperable y se preocupan más bien de vivir de acuerdo con la Ley de Moisés, de la que son acérrimos seguidores. En medio del desconcierto general, la Ley es para ellos el bien esencial que hay que salvaguardar, porque la consideran como la defensa moral y espiritual de la nación. Los fariseos, laicos en su mayor parte, constituyen la asociación más numerosa. Según el historiador Flavio Josefo, el número de sus miembros se elevaba a 6.000 en tiempos de Herodes; pero el número de sus simpatizantes era ciertamente mucho mayor. Esta asociación espiritual ejerce un considerable influjo en el seno del judaísmo. Sus miembros se distinguen por un conocimiento exacto de los mandamientos mosaicos y de las tradiciones de sus antepasados, así como por el cumplimiento minucioso de todos sus preceptos. El piadoso celo de que dan muestras, la dignidad de su conducta moral, el ideal religioso que proponen y su independencia respecto de los poderes públicos explican el crédito de que gozan: cuentan con el favor y la estima de las masas, entre las que mantienen viva la llama de la piedad judía.

Alimentándose de estas divisiones partidistas, otras corrientes religiosas canalizan a su manera la espera, extendida entre los creyentes, de un Mesías enviado por Dios, que vendrá a inaugurar los nuevos tiempos haciendo que reinen la justicia y la paz.

El pueblo, finalmente, soporta a diario el verdadero peso de la ocupación, en medio de la inseguridad provocada por las convulsiones políticas y por el caos de las divi-

siones religiosas. En medio de este pueblo y en esta confusa y explosiva situación es donde Jesús inicia su actividad.

El nuevo predicador se hace oír, ante todo, los sábados en las sinagogas. En estas asambleas religiosas, después de la lectura de la Ley y de los Profetas, todo judío adulto que goce de buena reputación y de un mínimo conocimiento de las Escrituras podía tomar la palabra a invitación de las autoridades rabínicas. Cada sábado, por tanto, Jesús acude a la sinagoga, como solía hacer en Nazaret, y allí, después de la lectura del texto sagrado, aprovecha la ocasión que se le brinda de dirigirse directamente a la comunidad reunida. Marcos resume así su predicación: «...y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva”» (Mc 1,14-15).

De entrada, su discurso impresiona al auditorio, porque, de hecho, contrasta con los comentarios habituales de los rabinos. «Quedaron asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mc 1,22). La gente decía: «¡He aquí una doctrina nueva, expuesta con autoridad!» (Mc 1,27). Sin embargo, el tema de su discurso no es nuevo. Ya Juan el Bautista enseñaba que el Reino de Dios estaba cerca, y en el trasfondo de toda la tradición religiosa de Israel, desde los Profetas, subyace el anuncio del Reino.

Pero cuando Jesús dice: «El Reino de Dios está cerca», no se limita a repetir un tema antiguo y perfectamente conocido. Esta simple afirmación, con la que inaugura su predicación, traduce una realidad cuya actualidad le abraza por dentro. De ahí la autoridad y el tono de novedad con que habla. A diferencia de los escribas, que necesitan apoyarse constantemente en la autoridad de Moisés o de los antepasados, Jesús habla basándose en su experiencia personal: él conoce y experimenta de forma directa y vital

aquello de lo que habla. No necesita apoyarse en otros testimonios. Su palabra tiene el frescor de la fuente. Esta proximidad del Reino de Dios la conoce y la vive él en su relación singular con el Padre. «Porque de la abundancia del corazón habla la boca» (Lc 6,45b). Esta expresión evangélica se aplica ante todo al propio Jesús. «Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo» (Mt 13,52). Jesús se retrata en esta frase: a la vez que recoge la herencia del pasado, es consciente de estar añadiéndole algo nuevo, radicalmente nuevo, hasta el punto de que toda la riqueza anterior se ve renovada y como transfigurada. ¿Acaso no compara su enseñanza con el vino nuevo que fermenta y rompe los odres viejos? Ese elemento nuevo lo toma Jesús directamente del tesoro de su corazón. Así, al retomar el viejo tema del anuncio del Reino, Jesús lo enriquece con toda la novedad de su experiencia íntima. Ésa es la fuente de su autoridad y del entusiasmo que suscita su mensaje.

Y he aquí que sus hechos vienen a confirmar e ilustrar sus palabras. Cura a los enfermos y libera a los endemoniados, haciendo nacer una gran esperanza en el pueblo. Inmediatamente acuden a él las multitudes que quieren verlo, oírlo y hasta tocarlo. «Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16). El rumor popular recorre todo el país. Enseguida las sinagogas resultan pequeñas para contener la afluencia de oyentes. Entonces Jesús se pone a predicar al aire libre, en las plazas públicas o a orillas del lago. Por otra parte, le gusta ese contacto improvisado y directo con el pueblo. Y la audiencia aumenta día a día.

«El Reino de Dios está cerca...» Toda la Buena Nueva se condensa en estas palabras. Pero ¿qué significa concretamente este anuncio en boca de Jesús? En el lenguaje bíblico, la expresión «Reino de Dios» o «Reino de los cie-

los» designa la realidad misma de Dios tal como se ha ido revelando a su pueblo a lo largo de la historia. Para Israel, efectivamente, el Reino de Dios no consiste en un territorio, sino que se identifica con la soberanía absoluta de Dios. En realidad, esta soberanía está indisolublemente unida al monoteísmo, porque significa que Yahvé es el Único, que no hay más Dios que él, que ningún poder en el mundo puede rivalizar con el suyo, que su voluntad y su poder dominan el universo y la historia.

Pero aunque esta soberanía de Dios se extiende de derecho al mundo entero, de hecho, sin embargo, en el presente está limitada y oculta. Sólo se ejerce real y abiertamente en Israel, el único pueblo que reconoce su Ley y se somete a ella. Por eso, según el judaísmo antiguo, el Reino de Dios se identifica, en un primer momento, con su señorío sobre Israel. Es por medio de la Ley, expresión de su santa y soberana voluntad, como reina Dios sobre su pueblo.

Es verdad que incluso en Israel, en tiempo de Jesús, ese Reino sigue estando velado, porque los amos del país son los paganos, los romanos. Pero llegará la hora —y todo judío está convencido de ello— en que la realeza de Dios se manifestará en todo su esplendor y el mundo entero la reconocerá. Ya en tiempos de Jesús, al final de cada oficio en la sinagoga, Israel elevaba al cielo la súplica contenida en el *Qiddish* para que llegara esa deseada hora: «Que Él instaure su Reino durante vuestra vida, en vuestros días y mientras viva la entera casa de Israel. Que suceda pronto y en un tiempo próximo...».

Al retomar como tema central de su predicación la venida del Reino de Dios, Jesús se sitúa, por tanto, en la tradición más auténtica y más viva de Israel, asumiendo todo su dinamismo y relanzando una esperanza que sólo está esperando ser reavivada en el pueblo, tanto más cuan-

to que el país, ocupado y oprimido por los romanos, aspira a su liberación y está al acecho del menor signo que pueda venir del cielo. Aunque una determinada clase dirigente contemporiza con las fuerzas de ocupación y colabora con ellas, también hay entre el pueblo corrientes abiertamente hostiles que se manifiestan en levantamientos esporádicos. El movimiento de resistencia, capitaneado por los zelotes, es muy activo por entonces. Aunque la lucha armada es un fenómeno minoritario, son muchos los judíos que comparten su esperanza de una próxima liberación nacional, que ellos asocian espontáneamente a la venida del Reino de Dios. Esta esperanza podemos percibirla incluso en los discípulos de Jesús, uno de los cuales, después de la muerte de su Maestro, dirá: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel» (Lc 24,21).

Se comprende, pues, el entusiasmo que suscita en el pueblo el mensaje de Jesús. «El tiempo se ha cumplido, está cerca el Reino de Dios». Pero también se percibe toda su ambigüedad. La expresión «Reino de Dios» es equívoca, y Jesús es plenamente consciente de ello. Con todo, tiene buen cuidado de no oponerse frontalmente a la esperanza popular. Se esfuerza, eso sí, por canalizarla y orientarla hacia una liberación humana más profunda y universal. No se presenta como el héroe de un mesianismo nacional y político, sino como el liberador de todas las miserias humanas, físicas o morales. «Proclamaba la Buena Nueva del Reino y sanaba toda enfermedad y toda dolencia», escribe Mateo (4,23; 9,35). Jesús se sitúa en la línea de los profetas de Israel, que asociaron la venida del Reino a la llegada de una era de prosperidad y bienestar para los más desfavorecidos. Es éste un punto importante que pone en primer plano en su discurso programático de Nazaret (Lc 4,16-22).

Conviene detenerse por un instante en este discurso, que precisa el sentido que Jesús da a la frase «El Reino de

Dios está cerca...» Precedido por su reciente y fulgurante fama, el joven profeta visita un día Nazaret, donde todo el mundo le conoce o cree al menos conocerle: ¿no es el hijo de María y del carpintero José?... Sólo hace unos meses que ha dejado la aldea, y desde entonces han circulado los más sorprendentes rumores sobre él. Se dice que congrega a enormes y entusiastas multitudes, que realiza curaciones sensacionales y que anuncia la venida del Reino de Dios. En toda Galilea no se habla de otra cosa. Por eso reciben con gran curiosidad y cierto orgullo al hijo del pueblo, que de pronto se ha hecho una celebridad. Su visita es, pues, todo un acontecimiento. Como era sábado, Jesús acude a la sinagoga, según su costumbre. Conoce bien el pequeño edificio en el que tantas veces ha oído leer la Palabra de Dios. Pero hoy es él quien se levanta en la asamblea para leer el rollo de las Escrituras que, como a huésped de honor que es, le han entregado. Su mirada se fija en el pasaje del profeta Isaías:

«El Espíritu del Señor sobre mí,  
 porque me ha ungido.  
 me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,  
 a proclamar la liberación a los cautivos  
 y la vista a los ciegos,  
 para dar la libertad a los oprimidos  
 y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Después de leer este pasaje en voz alta, Jesús devuelve el rollo al asistente y se sienta. Todos tienen los ojos fijos en él. Entonces, en medio de un silencio impresionante, Jesús deja caer estas sencillas palabras: «Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy».

La palabra clave es «hoy». Refiriéndose implícitamente a la consagración de su bautismo, a través de este texto de Isaías, Jesús hace saber a todos que él es aquel de quien habla el profeta, a quien el Espíritu ha consagrado y envia-

do para hacer realidad ese programa. De este modo, pone de manifiesto el sentido de su misión. Se presenta como el mesías, pero no como un mesías cualquiera, sino como el mesías de los pequeños, de los humillados; un mesías compasivo con toda desgracia y que restituye al hombre toda su dignidad. La Buena Nueva del Reino de Dios es, pues, también la Buena Nueva de la liberación del hombre, de tal modo que no se puede anunciar la una sin la otra. La venida del Reino abre un nuevo futuro para el hombre: un futuro de libertad y de dignidad. Y es que el Reino no puede transigir con ninguna forma de esclavitud, de opresión o de degradación del hombre.

Cuando, más tarde, los discípulos de Juan Bautista preguntan a Jesús de parte de su maestro: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?», él se limitará a responder: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva» (Mt 11,3-5).

¿Quiere esto decir que para Jesús la venida del Reino de Dios se identifica con la realización de un programa meramente humanitario? Ciertamente, no. Los hechos que Jesús aduce en su respuesta no constituyen la realidad profunda del Reino, sino que tienen valor de signo. Son los signos de los tiempos mesiánicos, anunciados por los Profetas. Haciendo resaltar los milagros de curación que realiza, Jesús se hace eco de las grandes imágenes proféticas. Es una manera muy concreta de decir: «El tiempo se ha cumplido; el Reino se ha acercado, ha llegado a vosotros». Los signos no son la realidad, pero sí atestiguan que la realidad está ahí. Y su carácter prodigioso proclama bien alto la radical novedad del acontecimiento. Efectivamente, ante el ser humano se abre un nuevo futuro en el que todo va a ser posible. Una situación que había quedado bloqueada y como sellada por la fatalidad, estalla de pronto y



hace posibles todos los cambios y todas las esperanzas. Hoy comienzan los tiempos nuevos.

¿Cuál es esa realidad nueva que libera al hombre en lo más profundo de su ser? ¿En qué consiste ese Reino de Dios, del que Jesús repite a quien le quiera escuchar que está cerca y que ya ha comenzado? Hacerse la pregunta es tanto como volverse hacia el propio Jesús y preguntarle qué es lo que le mueve y le autoriza a proclamar el hoy del Reino. ¿Qué es lo que le hace afirmar con tanta insistencia y autoridad que el Reino está ahí?

Ya he citado la frase de Jesús: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Lc 6,45). Sí, en lo más profundo de sí mismo, Jesús vive la experiencia plena, desbordante, del hoy del Reino. En él, Dios se ha acercado al hombre de una manera absolutamente nueva. Esa cercanía divina que le abraza por dentro no es simplemente la del hombre religioso que, a fuerza de renunciar a sí mismo, ha llegado a una estrecha comunión de pensamiento y de voluntad con Dios. Es de otra naturaleza. En este caso, no es el hombre quien se ha acercado a Dios, sino que es Dios quien se ha comunicado graciosamente al hombre, hasta el punto de coincidir con el secreto de su ser. Se trata de una cercanía radical, insuperable y verdaderamente inaudita. Se trata de un acontecimiento sin precedentes y que se produce, aquí y ahora, con la presencia de Jesús. Una cercanía divina que no se había dado hasta entonces, se hace realidad ahora con él por el hecho mismo de su existencia. No es sólo una cercanía mayor, sino que es además radicalmente distinta. Con esta inédita cercanía divina comienza algo absolutamente nuevo. Es en esta comunicación única de Dios donde Jesús descubre y experimenta la venida del Reino, el hoy del Reino. Y es desde esta experiencia íntima desde donde proclama la Buena Nueva: «Se ha cumplido el tiempo; el Reino de Dios está cerca». El Reino no es otra cosa que esta nueva y maravillosa presencia de Dios, que se

ofrece al hombre y le abre las puertas de un futuro inesperado. Y es precisamente esto lo que hace que las multitudes corran hacia Jesús, porque han sentido que a través de este hombre «Dios ha visitado a su pueblo» de una manera excepcional. Los pequeños, los despreciados, los pobres, tienen un especial olfato para percibir esto. Es verdad que en el mundo sigue siendo invierno, pero la primavera ha estallado ya en el corazón de los pobres.

Al anunciar así el Reino de Dios a partir de lo que él vive en plenitud, Jesús tiene conciencia del papel único que desempeña su presencia. El Reino está vinculado al misterio de su ser y no puede ser acogido sin acogerle a él, sin creer que a través de su persona Dios se revela y se comunica de una manera definitiva. Él es quien trae a Dios absolutamente; por tanto, rechazarle a él es rechazar también el don de Dios. Y de esta conciencia no extrae él ningún motivo de orgullo; al contrario, su humildad es enorme. ¿Cómo no va a ser humilde cuando, en la comunicación de Dios de la que es objeto, tiene la revelación inmediata e inefable de la humildad divina? Por otra parte, Jesús percibe perfectamente la desproporción que existe entre la grandeza de su misión y la humilde apariencia humana de su persona. Todas las apariencias están en su contra: ¿quién es él a los ojos de los hombres? El hijo de un modesto artesano de una remota aldea, sin ningún título del que poder alardear, ni siquiera el de letrado en Israel. Para la clase culta, para los versados en el conocimiento exacto de la Ley, no es más que un predicador rural. Por eso, en la respuesta que da a los enviados por Juan, después de haber evocado los hechos milagrosos de los que ellos son testigos y que le acreditan como mesías, Jesús concluye con esta reflexión: «¡Y dichoso aquel que no se escandalice de mí!» (Mt 11,6). Sí, ¡dichoso aquel que no se deja engañar en su fe por las apariencias!

## 5

## La mañana de las Bienaventuranzas

Jesús no espera a que la gente acuda a él. Cada mañana, él es quien sale a visitar las aldeas que bordean el lago. «Salió el sembrador a sembrar...», le gusta decir. Sembrar la Palabra, anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios: he ahí su tarea y su motivo de gozo. Pero no se contenta con hablar, sino que hace el bien por donde pasa. Ninguna desgracia le deja insensible; por eso cura, alivia y consuela, difundiendo alegría y felicidad. Y las multitudes le siguen entusiasmadas, desplazándose incluso desde muy lejos para poder escucharle.

Una mañana, después de haber pasado la noche en oración en una colina que domina la ciudad de Cafarnaún, con las primeras luces del día Jesús ve venir hacia él una enorme multitud. Deslumbrado todavía por su diálogo secreto con el Padre, mira a esos hombres y mujeres que llegan no sólo de diferentes lugares de Galilea, sino también de toda Judea, de Jerusalén, de Tiro y de Sidón. Algunos han tenido que recorrer un largo camino, y la mayoría de ellos son pobres. Jesús siente compasión por esa multitud extenuada, abandonada a sí misma: «Un rebaño sin pastor» (Mt 9,36; Mc 6,34). Ha llegado el momento de proclamar bien alto lo que lleva en lo más secreto de su corazón.

Jesús se pone, pues, a enseñarles, pero aquella mañana eleva su voz más de lo normal, adoptando espontáneamente el tono de un cántico:

«¡Dichosos vosotros, los pobres,  
porque vuestro es el Reino de los Cielos!  
¡Dichosos los que ahora pasáis hambre,  
porque seréis saciados!  
¡Dichosos los que ahora lloráis,  
porque reiréis!  
¡Dichosos...!» (Lc 6,20ss).

Después de cada bienaventuranza, la voz vuelve a su punto de partida, repite la misma expresión de dicha, adopta a continuación un tono más sosegado y se alza de nuevo desbordante de alegría. Pero, como quien no quiere la cosa, pone en entredicho todas las ideas heredadas, echa abajo las viejas evidencias, desplaza las montañas y hace que aparezcan nuevos horizontes.

Se comprende que los evangelistas no pudieran encerrar un mensaje tan grandioso en una misma y única versión. El texto de Lucas, que he citado, es el más breve, a la vez que el más contundente; y, según los exegetas, es también el más próximo al discurso original.

Las Bienaventuranzas no son una exhortación moral; no constituyen el catálogo de virtudes que nos harían merecedores del Reino. Menos aún pretenden animarnos a vivir en la miseria y en la desdicha. Son Evangelio de arriba abajo: proclamación de una inmensa felicidad, invitación a la alegría mesiánica. Un acontecimiento de un alcance incalculable se ha producido por parte de Dios, que se ha acercado libre y graciosamente a los hombres. La absoluta gratuidad del Reino: he ahí lo que celebran las Bienaventuranzas.

Efectivamente, en el texto de Lucas no se habla de pobres «de espíritu» ni de hambrientos «de justicia», sino de pobres y hambrientos sin más, en el sentido más realista y universal de los términos. Aquí no hay pobres buenos y pobres malos ni hambrientos buenos y hambrientos

malos. Se proclama dichosos, indistintamente, a todos los pobres y a todos los hambrientos de la tierra. Y lo son, no por su miseria, sino porque, al no tener absolutamente nada en que apoyarse ni que ofrecer, son los que están en mejores condiciones para acoger el acontecimiento que acaba de producirse. Si los pobres, los hambrientos y los afligidos ven abrirse ante ellos de par en par las puertas del Reino, si son los primeros invitados a la alegría mesiánica, es precisamente porque su elección muestra, de modo patente, la gratuidad del Don de Dios. El Reino no se compra; se regala. Todo él es gracia.

Las Bienaventuranzas son la revelación de la cercanía de Dios, que se sitúa bajo el signo de la absoluta gratuidad. No es el hombre quien se ha acercado a Dios; es Dios quien viene al hombre. Y para dejarlo bien claro, se dirige primero y preferentemente a los más desprotegidos, a los que no pueden pagar nada a cambio. «Cuando des una comida o una cena, no lllames a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serán dichoso, porque no te pueden corresponder...» (Lc 14,12-14). Este texto ilumina singularmente las Bienaventuranzas en su versión lucana. En él, Jesús da a entender que el mismo Dios actúa de esa forma y que en ello encuentra su felicidad. Las Bienaventuranzas proclaman esta gran felicidad de Dios, tal como Jesús la experimenta en lo más profundo de su ser. Son la Buena Nueva de un amor divino del que ninguna realidad humana puede dar razón. Ese amor absolutamente gratuito es el misterio mismo de Dios.

El evangelista Mateo, por su parte, no escribe a cristianos de origen pagano, como lo hace Lucas, sino a conversos del judaísmo. Ya sabemos que había en Israel una corriente de espiritualidad que exaltaba la pobreza y hacía

de ella un trampolín para alcanzar una fe más humilde y confiada. La pobreza material se desdoblaba así en una pobreza interior y espiritual. Careciendo de todo recurso y de toda apoyatura humana, el pobre ponía todo su cuidado en manos de Dios, de quien esperaba justicia y bondad; y son muchos los salmos que expresan esta fe de los pobres, entre los que hay que contar también a los mansos, a los pacíficos y a los hambrientos de justicia. Al poner las Bienaventuranzas en relación directa con esta corriente espiritual, Mateo, lejos de traicionar el pensamiento de Jesús, lo prolonga y le da toda su resonancia:

«Dichosos los pobres de espíritu,  
 porque de ellos es el Reino de los Cielos.  
 Dichosos los mansos,  
 porque ellos poseerán en herencia la tierra.  
 Dichosos los que lloran,  
 porque ellos serán consolados.  
 Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,  
 porque ellos serán saciados.  
 Dichosos los misericordiosos,  
 porque ellos alcanzarán misericordia.  
 Dichosos los limpios de corazón,  
 porque ellos verán a Dios.  
 Dichosos los que buscan la paz,  
 porque ellos serán llamados hijos de Dios.  
 Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,  
 porque de ellos es el Reino de los Cielos.  
 Dichosos seréis cuando os injurien, os persigan y digan con  
 mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.  
 Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será  
 grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a  
 los profetas anteriores a vosotros» (Mt 5,3-12).

Si «los pobres de espíritu» son llamados «dichosos», es precisamente porque, conscientes de su debilidad y de su indigencia, han apostado por la gracia de Dios, por su ternura y su misericordia. Jesús viene a decirles que sus

expectativas se verán colmadas más allá de toda medida. Les dice que les ha caído en suerte una inmensa dicha, de la que él puede hablar porque es el primero en experimentarla. En el origen de las Bienaventuranzas está la dicha de ese pobre llamado Jesús, totalmente invadido por la nueva cercanía de Dios. Al dejar que esa dicha se desborde sobre todos los pobres y los pequeños que le rodean, Jesús se coloca deliberadamente entre ellos. Se presenta como uno de ellos y descubre cuál es la dinámica del Reino.

Se puede pensar que la última bienaventuranza, que hace referencia a los insultos y a las persecuciones sufridas por causa de Jesús, no fue pronunciada hasta bastante más tarde, probablemente durante el segundo período del ministerio de Jesús, porque supone un contexto de contradicción y de lucha que no se daba al comienzo de su predicación. En esta mañana luminosa de las Bienaventuranzas no hay ni una sola nube en el cielo de Galilea. Es la primavera del Reino. El Evangelio, en su frescor primigenio, es todo él beatitud y cántico. Es el cántico de una inmensa dicha, la modulación de una emoción nueva y llena de luz. Verdaderamente, Dios ha visitado la tierra. El momento está consagrado por entero a la alegría mesiánica; basta con abrirle el corazón. Allá abajo, el lago de Genesaret extiende sus aguas tranquilas. Nunca ha parecido tan puro. Jamás ha reflejado un azul semejante. Es como si, de pronto, el cielo hubiera vertido en él su divino esplendor

## 6

## El Evangelio y la Ley

Después del cántico de las Bienaventuranzas, Jesús se pone a enseñar a la multitud. Una enseñanza que es presentada de manera distinta por Mateo y por Lucas. El primero pone en boca de Jesús un largo discurso en el que se agrupan y organizan muchas enseñanzas del Maestro impartidas en diferentes circunstancias. Una pregunta fundamental ha presidido esta elaboración y domina todo este conjunto: ¿qué sentido tiene la Ley frente a la Buena Nueva del Reino?; ¿cómo conciliar las exigencias imprescriptibles de la Ley con la absoluta gratuidad del Reino? Llegado el Evangelio, ¿tiene aún la Ley algún papel que desempeñar en la relación del hombre con Dios? Se comprende que, dado el origen judío de sus lectores, Mateo haya puesto particular empeño en mostrar lo que, en la enseñanza de Jesús, responde a esta pregunta.

Efectivamente, para todo judío piadoso la Ley era una realidad central. Entregada por Dios a Moisés, la Ley expresaba su voluntad soberana y santa. Como tal, debía inspirar y regular toda la vida, no sólo la relación del hombre con Dios, sino también las relaciones de los hombres entre sí. La Ley decía: «No matarás, no robarás, no mentarás, no cometerás adulterio, honrarás a tu padre y a tu madre...» La observancia de la Ley coincidía con el respeto de los derechos fundamentales del hombre, a la vez que expresaba la adoración del único Dios.

Nunca se ponderará demasiado la grandeza de la Ley, la cual nos enseña, en efecto, que el Todopoderoso que ha creado el universo y gobierna el mundo no es una fuerza

ciega ni una voluntad de dominio, sino que es esencialmente una voluntad moral que alcanza su más alto nivel de creatividad en la creación de un orden moral, y su más fiel expresión en la persona moral. Ésta es, sin duda, una de las ideas más importantes y fecundas que la Biblia ha aportado a los hombres.

El judío piadoso hace de la Ley su deleite. ¿No es acaso la Ley el camino de la vida y de la felicidad? Conformándose con sus mandamientos, el hombre practica la justicia y se hace merecedor de la amistad y los favores divinos. Por el contrario, quien se aparta de la Ley se aleja también de Dios y se atrae su cólera:

«Dichoso el hombre  
que no sigue el consejo de los malvados  
ni se detiene en la senda de los pecadores  
ni se sienta en la reunión de los cínicos,  
sino que se complace en la ley del Señor  
y la medita día y noche.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia:  
da fruto en su sazón  
y no se marchitan sus hojas;  
cuanto emprende tiene buen fin.

No así los malvados:  
serán paja que arrebatara el viento.  
En el juicio los malvados no se levantarán,  
ni los pecadores en la asamblea de los justos.  
Porque el Señor cuida del camino de los justos,  
pero el camino de los malvados acaba mal» (Sal 1,1-6).

Es imposible, por tanto, pretender la amistad de Dios al margen de la Ley. Ella es el único camino que acerca al hombre a Dios; sólo su cumplimiento puede proporcionarle la gracia de Dios.

Por eso se impone preguntarse: ¿qué sentido tiene la Ley después de la proclamación de la Buena Nueva del Reino, toda ella puesta bajo el signo de la gratuidad del don de Dios? Si Dios en persona se ha acercado al hombre,

a todos los hombres sin excepción y sin consideración alguna a sus méritos, en un impulso de pura bondad, ¿para qué sirve ya la Ley? ¿No ha quedado caduca con el anuncio de la Buena Nueva?

Ésta es la pregunta que, según Mateo, debió de hacerse Jesús inmediatamente después de proclamar las Bienaventuranzas. De entrada, Jesús dice:

«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los Cielos, en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 5,17-20).

De entrada, pues, la relación entre el Evangelio y la Ley no se presenta en términos de ruptura o de oposición, sino de cumplimiento y de superación. Y Jesús se apresura a mostrar con ejemplos concretos lo que él entiende que es cumplir la Ley: «Habéis oído que se dijo a los antepasados: “No matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal”. Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano será reo ante el tribunal... (Mt 5,21-22a). «Habéis oído que se dijo: “No comerás adulterio”. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,27-28).

Lo primero que impresiona es la autoridad con que habla Jesús: «Pues yo os digo...» Jesús cree cumplir la Ley de una manera soberana. Cumplir, es decir, perfeccionar. Jesús declara que quiere llevar la Ley a su perfección. Y lo hace en una doble dirección. Primero, interiorizándola. Pone el cumplimiento de la Ley no sólo en su mera observancia externa sino también, y principalmente, en el corazón, en la actitud interna. Quien abriga en su interior sen-

timientos culpables ya ha infringido la Ley. Para él lo esencial es la disposición y la orientación del corazón, y volverá a menudo sobre ello en sus discusiones con los fariseos, insistiendo siempre en la primacía del corazón. Al hacerlo, libera la Ley del legalismo y del conformismo, remitiéndola a su verdadera inspiración y mostrando su verdadera perfección, la cual reside esencialmente en el amor. Sólo quien ama cumple la Ley.

En segundo lugar, Jesús perfecciona la Ley dando a ese amor su plena dimensión: una dimensión de universalidad. El amor al prójimo debe extenderse a todos los seres humanos, incluidos los enemigos. Debe consistir en una actitud benévola para con todos, en una benevolencia universal: «Habéis oído que se dijo: “Ojo por ojo y diente por diente”. Pues yo os digo que no resistáis al mal...» (Mt 5,38) «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos...» (Mt 5,43-45).

Nada muestra mejor que estos textos en qué sentido cumple Jesús la Ley y la supera. Con todo, la novedad del sermón de la montaña radica menos en esas exigencias que en la manera en que Jesús las fundamenta y en el sentido que les da. Ya hemos subrayado la autoridad con que habla Jesús. Pero ¿en qué se funda esta autoridad? ¿Qué es lo que le permite decir: «Habéis oído que se dijo... Pues yo os digo...»? No es éste el tono de un intérprete de la Ley. No es escrutando la Ley, como hacen los escribas y los letrados, como Jesús discierne y expresa con autoridad soberana la voluntad de Dios, sino a partir de un conocimiento personal y directo de dicha voluntad. No es la Ley la que le hace descubrir la voluntad de Dios, sino que es la voluntad del Padre, experimentada sin intermediarios, la que es Ley para él. La referencia suprema para Jesús es la voluntad de Dios, tal como él la percibe en su relación íntima

con el Padre. Al final de su discurso dirá con toda claridad que de lo que se trata es de hacer «la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21). A decir verdad, todo el sermón de la montaña, tal como lo relata Mateo, se refiere a esta voluntad del Padre y se resume en la siguiente frase: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

Así pues, es a la luz de su experiencia íntima de la perfección del Padre como Jesús perfecciona la Ley. Ahora bien, esta perfección se le revela como pura benevolencia, como amor gratuito y misericordioso al hombre, como designio universal de salvación. Esto es lo que inspira a Jesús y lo que fundamenta su ética. Su universo es el de la voluntad amorosa del Padre, tal como se le manifiesta directamente en la nueva cercanía de Dios al hombre. Y esto lo cambia todo. De este modo, efectivamente, Jesús conduce a sus oyentes más allá de la Ley, introduciéndolos en el universo de su relación personal con el Padre. Su enseñanza remite a esta conciencia singular, a esta intimidad única, como a un manantial nuevo de vida y de luz, como a una emoción nueva y creadora que él se propone comunicar. Por eso mismo, todo el discurso se hace Evangelio, es decir Buena Nueva del Reino.

Esto es de suma importancia. Cuando habla de la Ley, Jesús no pierde de vista lo esencial de su mensaje. A su juicio, no es la Ley lo primero y principal en las relaciones del hombre con Dios. En adelante, lo primordial es la nueva cercanía de Dios al hombre: ese acercamiento maravilloso, inaudito y absolutamente gratuito del que Jesús tiene experiencia inmediata en sí mismo. En suma, lo esencial es la gracia del Reino. En Jesús, Dios se ha acercado a los hombres como jamás lo había hecho, amándolos con un amor soberanamente libre y gratuito. Ésta es la realidad nueva que inaugura el Reino de Dios. A partir de este momento, la relación del hombre con Dios no se funda ya en el imperativo de la Ley, sino en esta revelación de ternura.

Y, paradójicamente, es a esta nueva luz como, por lo que hace a Jesús, la Ley encuentra su cumplimiento. El evangelista Lucas cita una frase de Jesús que recuerda lo dicho por Mateo (Mt 5,48), pero que sin duda está más cerca de la versión original: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Esta frase, en la que se resume todo el pensamiento de Jesús, remite a un amor primero y gratuito que trasciende la Ley y que precede a todo mérito por parte del hombre, pero que deberá en adelante inspirar y modelar todas sus relaciones con los demás. Este amor expresa por sí solo toda la voluntad del Padre. Del mismo modo que el Padre se ha acercado a nosotros de una manera gratuita, también nosotros debemos acercarnos a nuestros semejantes dejándonos llevar por este impulso de misericordia.

La misericordia de la que aquí se trata no se limita al perdón de las ofensas, sino que es una disposición interior más general, más fundamental, que hace al hombre cercano a los demás, atento, compasivo y solícito para con toda desgracia. Se trata, ante todo, de una benevolencia que se prohíbe a sí misma juzgar y condenar: «No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados, perdonad y seréis perdonados...» (Lc 6,37). Esta misericordia es también, y ante todo, una generosidad y una liberalidad sin medida, como lo es el propio Dios: «Al que te quite el manto, no le niegues la túnica. Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames...» (Lc 6,29b-30). «Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida hasta rebasar, pondrán en el alda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis [a los demás] se os medirá a vosotros...» (Lc 6,38). Esta liberalidad debe extenderse a todos: «Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan...» (Lc 6,27-28). «...Amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio, y

vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos» (Lc 6,35).

Semejante liberalidad sólo se comprende a la luz de la Buena Nueva, que no tiene sentido si no es por relación al acontecimiento del que Jesús es mensajero y testigo privilegiado: en él, Dios se ha comunicado al hombre sin medida. Jesús pide a sus oyentes que tomen ejemplo de esta generosidad del Padre. La medida desbordante de la que aquí habla Jesús es precisamente esa gracia del Reino que sobreabunda en él y se derrama sobre toda la humanidad. Jesús espera de sus discípulos que se abran a esta plenitud y que permitan que ésta, a su vez, se desborde sobre los demás, de tal suerte que el impulso de misericordia procedente del Padre actúe de lleno en su vida y, de este modo, también ellos entren en el juego divino de la gratuidad. Entonces vivirán de la gracia del Reino y serán verdaderamente los hijos del Altísimo.

Aisladas de la gracia del Reino, reducidas al nivel de la Ley, las exigencias de Jesús son impracticables y utópicas. Pero Jesús ya no está en el ámbito de la Ley. Ha franqueado un umbral, y ante él se ha abierto un nuevo horizonte: el de la munificencia y la desmesura del don de Dios tal como se manifiestan en la comunicación gratuita y sin reservas del Padre en aquel a quien Él ha llamado su «Hijo amado». Todo el discurso de Jesús es, en definitiva, una llamada a apostar por este Don y a fundamentar en él nuestra vida. Es como si nos dijera: «Lo que Dios ha hecho por ti, hazlo tú también por los demás. El te ha acogido: acógelos tú también. Él te ha perdonado: perdónalos tú también. Deja que, a través de todos tus encuentros y relaciones, se expanda y se manifieste el gran impulso de la liberalidad del Padre. Entra tú mismo en la inspiración divina. Sé luz para tus hermanos. No has de amasar tesoros en la tierra, sino que has de ser como el Padre: benévolo, mise-

ricordioso y desbordante para con todos. Sí, también tú has de ser luz del mundo y sal de la tierra».

«Como el Padre», «como vuestro Padre»...: estas expresiones jalonan todo el discurso de Jesús, que es, a fin de cuentas, una invitación a entrar en el universo del Hijo y a compartir su vida íntima. El evangelista Mateo estuvo realmente inspirado al insertar en este discurso la enseñanza del «Padrenuestro». Puede que en esta enseñanza haya que ver el meollo de todo el sermón de la montaña. El «Padrenuestro» no es una de tantas fórmulas de oración, sino que expresa la nueva relación que Jesús viene a instaurar entre Dios y los hombres a partir de su experiencia de Hijo: «Al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. Vosotros, pues, orad así: «Padre nuestro que estás en el cielo...» (Mt 6,7-9). Volveré más adelante sobre esta oración, que constituye uno de los puntos culminantes de la enseñanza y el mensaje de Jesús. De momento, nos limitaremos a constatar que el lugar en que Mateo la sitúa arroja una luz singular sobre el sermón de la montaña. Efectivamente, a esta luz el discurso de Jesús aparece como una invitación a compartir su vida filial: nos introduce en el centro mismo de su relación con el Padre.

A estas alturas, ¿se puede seguir hablando de la Ley? La Ley no ha quedado ciertamente suprimida, pero sí transfigurada. Bajo el impacto del Evangelio, toda ella ha quedado envuelta en una inspiración nueva que la desborda y que, paradójicamente, la consume más allá de toda medida. La frase más exacta y a la vez más atrevida que se haya dicho a este respecto, se la debemos sin duda a Nietzsche: «Jesús decía a sus compatriotas judíos: La Ley era para los esclavos. ¡Amad, amad a Dios como yo le amo, como hijo: ¡qué nos importa la moral a nosotros, hijos de Dios...!» (*Más allá del bien y del mal*).

«Hablad y obrad tal como corresponde a los que han de ser juzgados por la Ley de la libertad. Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia se siente superior al juicio» (St 2,12-13). Frente a un amor de esa naturaleza, no hay ley que valga.

Así es como, desde el corazón mismo de su relación íntima con el Padre, anunciaba Jesús a los hombres un futuro nuevo de parte de Dios, introduciéndoles en su cántico para que ellos mismos lo tradujeran en movimiento, «como transeúntes a los que se invitara a incorporarse a la danza». La nueva cercanía de Dios debía renovar todas las relaciones humanas, marcándolas con su gratuidad y su liberalidad. Debía nacer una nueva sociedad, libre y fraterna.

Al escuchar aquellas palabras tan nuevas, el corazón de los oyentes de Jesús se ponía a latir a un ritmo distinto, mucho más libre y más ligero. Era como si toda angustia y todo temor se hubieran esfumado de repente. Lo más emocionante era escuchar cómo Jesús repetía estas sencillas palabras: «Vuestro Padre, que está en los cielos...», o «Tu Padre, que ve en lo escondido...» ¡Pronunciaba la palabra «Padre» con tal fervor y, al mismo tiempo, con tal sencillez...! ¡Como si hubiera estado desde siempre en la intimidad del Padre! Ésta era exactamente la impresión que daba. ¿Acaso no decía que había que hacer «la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7,21)?

Esta palabra «Padre», tomada del lenguaje humano, esta sencilla palabra, tan banal, tan manida y a veces tan ambigua, en sus labios parecía haber dado un rodeo por lo desconocido: había atravesado inmensidades de ternura; venía de muy lejos, intacta, virgen y radiante «como el sol que sale sobre buenos y malos».



## 7

## «No os preocupéis...»

En el pensamiento de Jesús, la venida del Reino invita a una nueva forma de existencia, no sólo en el más allá, sino ya en esta tierra; tanto en el plano de las relaciones humanas como en lo referente a los aspectos materiales de la vida, con respecto a los cuales, Jesús sabe perfectamente que la existencia de los hombres suele transcurrir bajo el signo de la preocupación: preocupación por la comida, por el vestido y el techo, por el dinero y el día de mañana... La relación de los hombres con las cosas está dominada por la inquietud y el miedo. Inquietud y miedo a carecer de lo necesario y hasta de lo superfluo. Inquietud y miedo a no tener tal o cual cosa, a perder esto o lo de más allá... Es ésta una carga que el hombre se ve obligado a arrastrar día a día. Pero Jesús piensa que esa carga es incompatible con la nueva existencia en el Reino e indigna de la nueva cercanía de Dios. Por eso quiere absolutamente liberarnos de ella y nos propone una vida libre de inquietudes y de miedos, digna de los hijos de Dios y, por ello mismo, verdaderamente humana.

«...No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a

la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, pudo vestirse como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No os preocupéis, pues, diciendo: “¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué nos vamos a vestir?”, que por todas esas cosas se afanan los gentiles, y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. A cada día le basta su afán» (Mt 6,25-34; Lc 12,22-31).

Este pasaje evangélico emana un enorme frescor y una especie de aroma de Génesis. Se respira en él la serenidad de la primavera galilea a esa hora en que, a la nueva luz de la mañana, las colinas se cubren de flores, y los pájaros rompen a trinar por doquier. «Aprended de los lirios del campo y de las aves del cielo», dice Jesús. Nadie puede dudar de que en esta mirada de Jesús reviven infinidad de recuerdos fascinantes de su infancia. Pero no nos equivoquemos: su discurso no es ninguna invitación a la despreocupación ni a la ensoñación bucólica. Jesús sabe perfectamente que también los pájaros buscan activamente su alimento, y que sus nidos no se construyen solos. No niega el afán de cada día, pero sí afirma que con dicho afán ya es suficiente. Su intención no es disuadir al hombre de esforzarse, sino restablecer una jerarquía de valores. Y el valor supremo, para él, no son las cosas, sino el hombre. Ahora bien, cuando se encuentra dominado por la inquietud y el miedo, el hombre está esclavizado por las cosas. Y Jesús quiere liberarlo, devolverle su dignidad.

¿Cómo? Arraigando la existencia humana en una seguridad última y absoluta. Lo contrario de la inquietud y del

miedo no es para Jesús la despreocupación ni la imprevisión, sino la confianza, y una confianza a toda prueba. Y nos revela cuál es el secreto de ésta: «Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso». «Vuestro Padre»: he ahí la palabra clave. Y cuando Jesús pronuncia esta palabra, la enriquece con toda la verdad, la profundidad y la emoción de su experiencia filial, es decir, de esa nueva e inaudita cercanía de Dios al hombre, de esa comunicación gratuita de Dios ofrecida a todos en el Hijo. A la luz de esta experiencia, Jesús no promete ciertamente a los hombres una vida fácil, segura y al abrigo de todas las turbulencias y sufrimientos; no les revela una Providencia semejante a un seguro a todo riesgo. Lo que les ofrece es una seguridad última e indestructible, en medio de los peores dramas de la vida. Y es que quien, siguiendo a Jesús, acoge la nueva cercanía de Dios, siempre podrá, suceda lo que suceda, mantener unas relaciones filiales con el Principio supremo del universo y comportarse como un hijo con respecto a él.

Un ejemplo nos mostrará adónde puede llevar esta enseñanza de Jesús. Estando yo internado en el campo de concentración de Buchenwald, durante la Segunda Guerra Mundial, una tarde vi llegar a nuestro infierno un convoy de judíos húngaros, todos ellos en un estado deplorable. Durante los días siguientes, entramos en relación con algunos de ellos y en especial con uno, el cual nos dijo que lo había perdido todo: a su mujer, a sus hijos y todos sus bienes; y nos confió que esperaba ser trasladado en breve, junto con sus compañeros, al campo de Auschwitz, donde, según él, las cámaras de gas y los hornos crematorios significarían el final de todo. Al observar nuestra sorpresa por la tranquilidad con que decía estas cosas, aquel judío convertido al protestantismo citó la frase del evangelio: «Vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad...» (Mt 6,8). Aquel hombre, indudablemente, había traspasado el

umbral, había superado la barrera de la inquietud y del miedo, había entrado en el universo del Hijo. Por supuesto que es un caso extremo, pero muestra adónde puede llevar el mensaje de Jesús.

No se trata de la paz del estoico, ni siquiera de la del sabio budista, los cuales —como observa G. Marcel, siguiendo a Peter Wust— carecen de la ingenua confianza del niño. «A pesar de toda su grandeza y su heroica dignidad, a pesar de la serena sonrisa que se esboza en sus labios (y reconozcamos que la sonrisa de los monjes budistas de Ling-Yang-si es de una increíble delicadeza), carecen de esa seguridad última en la existencia que no se deja afectar por nada, esa ingenuidad de los niños que es toda inocencia y feliz despreocupación»<sup>1</sup>. Y si les falta esta confianza, es precisamente porque estos sabios no conocen las relaciones personales y filiales con el Espíritu soberano. No conocen al Padre, como le conoció Jesús.

Como se ve por el ejemplo citado más arriba, al invitar a sus oyentes a fijarse en las flores del campo, Jesús no pone el Reino de Dios a la altura de las margaritas. La infinita solicitud del Padre, que sabe lo que necesitamos, no suprime el misterio de Dios. Al contrario, es este misterio, en toda la profundidad de su santidad, el que se ofrece al hombre en la nueva cercanía de Dios. Un enorme misterio de amor que sólo podemos acoger en una confianza absoluta: una confianza que únicamente alcanza su plena dimensión en la noche de los grandes desasimientos.

Hay que evitar una lectura demasiado romántica, demasiado estrictamente humana de esta página del Evangelio.

1. Gabriel MARCEL, *Être et Avoir*, Éd. du Cerf, Paris 1935, p. 326.

La ternura de Dios que Jesús nos revela no nos promete una vida muelle, sin conflictos ni sufrimientos; al contrario, rompe todas nuestras pequeñas componendas humanas. La única intimidad realmente segura, el único abrigo indestructible que Jesús ofrece y el único también en el que el hombre puede crecer en toda su estatura, es esa nueva cercanía de Dios que nos abre a su misterio de santidad. Jesús no revela un Dios de amor, reduciendo el amor a su aspecto más empalagoso. No mutila a Dios. Sabe de sobra, por lo demás, que los hombres y mujeres que le escuchan viven en un mundo duro y cruel y que topan a diario con la realidad del sufrimiento y del mal. No les dice que el mundo sea un camino de rosas, sino que les dice: «No temáis... porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros el Reino» (Lc 12,32).

Por otra parte, la confianza a que invita Jesús a sus oyentes es una confianza activa: «Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». Lejos de animarlos a la ensoñación y a la ociosidad, les hace embarcarse en una gran aventura, les moviliza al servicio del Reino. Los discípulos, dejando a un lado todas sus pequeñas preocupaciones, deben trabajar por transformar el mundo, dejándose inspirar en todas sus relaciones por el aliento de misericordia y ternura que conlleva la nueva cercanía de Dios. A quien se consagra a esta tarea, todo le será dado por añadidura. Porque el Reino da cabida al misterio del hombre en su plenitud. Refugiándose en la nueva cercanía de Dios, el hombre habitará también realmente en sí mismo y en el mundo. Con toda confianza y paz.

Jesús enseñaba todo esto a orillas del lago de Genezaret. Una mañana, como la muchedumbre, ávida de escucharle, le rodeaba por todas partes, se fijó en dos barcas amarradas en la orilla de las que habían descendido los pescadores, que se habían puesto a lavar sus redes. Jesús

subió en una de ellas, la que pertenecía a Simón, y pidió a éste que se alejara ligeramente de la orilla. Luego, tras haberse sentado, se puso a enseñar a la gente. Y, entre otras cosas decía: «El Reino de los Cielos es semejante a una red que se echa en el mar...» Es posible que, mientras hablaba, Jesús imitara el gesto del pescador: un gesto amplio como el lago, como el mundo. Simón, fascinado por esta predicación improvisada sobre el trasfondo marino, miraba y escuchaba. El Reino se le hacía muy familiar, con los colores de las cosas de la tierra y del mar. Y la voz proseguía: «...a la red acude toda clase de peces; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan y recogen los buenos en cestos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo...» (Mt 13,47-49a). Simón sabía por experiencia que la red echada al mar vuelve a veces vacía. Pero la red de la que hablaba Jesús tenía otra dimensión: era la red del Reino echada sobre el mundo.

Aquel mismo día, «cuando terminó de hablar, Jesús dijo a Simón: “Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar”. Simón le respondió: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes”». Y con el gesto del hombre que conoce su oficio, Simón echó las redes, que se abrieron y cayeron sobre las tranquilas aguas haciendo el característico repiqueteo. Las aguas bullen de actividad, tiran de las redes que se habían hundido y se sorprenden al notar su peso, tan enorme que las redes amenazaban con romperse. Llamen en su ayuda a los compañeros de la otra barca y, finalmente, consiguen sacar a la superficie el enorme copo rebosante de peces. Llenan hasta los bordes las dos barcas, que apenas soportan tanta carga (cf. Lc 5,1-7).

Ante aquella pesca, Simón cae a los pies de Jesús: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». El asombro se ha apoderado de él y de sus compañeros,

Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Entonces dice Jesús: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres». Y tras llevar sus barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron (Lc 5,8-11).

A sus espaldas se extendía el lago apacible y luminoso. Solo en su barca, en medio de las redes, el viejo Zebedeo veía a sus dos hijos marcharse con aquel hombre para quien el Reino de Dios era una red maravillosa. Y sintió su corazón tan sereno y luminoso como el lago.

## 8

## Escandalosa novedad

En el origen de la misión de Jesús hay una experiencia extraordinaria de Dios. Aunque brotada del seno del judaísmo, esa experiencia lleva en sí una fuerza capaz de hacer saltar por los aires todas las barreras. «Tú eres mi hijo amado...»: Jesús percibió estas palabras como la verdad profunda de su ser y sintió cómo la vida misma de Dios fluía en él. La fuerza que ahora le sostiene no es el amor de un hombre a Dios, sino el amor mismo de Dios al hombre, a todos los hombres. En él, Dios se ha acercado de una manera absolutamente nueva e insuperable. Tal es la Buena Nueva que tiene la misión de anunciar.

En adelante, Jesús ya no está solo en sus correrías de predicador, sino que le acompañan unos cuantos jóvenes pescadores del lago: Simón Pedro, Andrés, Santiago y Juan, que, a la llamada de Jesús, han dejado sus barcas y sus redes para seguirle. Posteriormente vendrán otros, y pronto serán doce. Con ellos recorre Jesús la región, visitando ciudades y aldeas. Y sus labios repiten siempre el mismo mensaje: «El Reino de Dios se acerca: convertíos y creed en la Buena Nueva». Y en apoyo de sus palabras multiplica los signos: los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los paralíticos andan, los endemoniados son liberados... Lo que ocurre es algo manifiestamente extraordinario. Se respira un aire de resurrección. En Jesús de Nazaret actúa un poder de vida que tiende a liberar al hombre de todas sus cargas y de todos sus demonios.

Pero el signo por excelencia de la nueva cercanía de Dios es el perdón de los pecados, la remisión de las deudas. «Tus pecados son perdonados», dice Jesús. Palabras sorprendentes, y hasta escandalosas, en boca de un hombre. ¡Como si pretendiera suplantar a Dios! Sin embargo, es precisamente eso lo que Jesús dice a quienes se le acercan con confianza, dando a entender con ello que los tiempos mesiánicos han llegado realmente, que ha sonado al fin la hora en que Dios ofrece a todos su perdón y su gracia.

Un día se encontraba Jesús en la casa de Simón Pedro en Cafarnaún, donde se había congregado tanta gente que algunos tuvieron que quedarse a la puerta. El Maestro estaba enseñando. Entonces llegan unos trayendo a un paralítico postrado en su camilla. Como no pueden llegar hasta Jesús, debido al enorme gentío, suben al tejado, retiran las tejas y hacen descender por el boquete al paralítico en su camilla. Al ver su fe, Jesús dice al enfermo: «Hijo mío, tus pecados te son perdonados» (Mc 2,5). La concurrencia acoge estas palabras con un silencio más bien tenso. De hecho, hay allí algunos escribas, expertos conocedores de la Ley, que han venido a curiosear y que, molestos por las palabras del Maestro, murmuran entre sí: «Pero ¿qué habla éste? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?». En realidad, Jesús no ha dicho: «Yo te perdono tus pecados», sino: «Tus pecados te son perdonados». Pero lo ha dicho con una autoridad soberana, como si él estuviera en el secreto de Dios, como si estuviera en connivencia con el juez supremo. Al advertir el escándalo reflejado en el rostro de los escribas, y adivinando sus pensamientos, Jesús les dice: «¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: ‘Tus pecados te son perdonados’, o decirle: ‘Levántate, toma tu camilla y anda’? Pues para que sepáis que el hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados —dice al paralítico—: A ti te digo, levántate, toma

tu camilla y vete a tu casa”. El hombre se puso en pie y, al instante, tomando la camilla, salió a la vista de todos, de modo que se pasmaron todos y dieron gloria a Dios, diciendo: “Jamás vimos cosa parecida”» (Mc 2,1-12).

Jesús sabe que «el Padre le ha entregado todo» (Lc 10,22). «Todo», es decir, su gran designio de amor y de reconciliación. El perdón de los pecados es el signo contundente de la venida del Reino. El propio Padre actúa en lo que Jesús dice y hace, reconciliando consigo al mundo en aquel al que ha enviado. «Tus pecados te son perdonados»: al decir esto, Jesús hace saber que en adelante han quedado suprimidas todas las barreras de separación entre Dios y los hombres.

Pero no se contenta con decirlo, sino que todo su comportamiento proclama que ha quedado inaugurada la era del perdón y de la gracia y que Dios quiere ahora tener que ver con los pecadores, acercarse a ellos y reconciliarse con ellos. Pero Jesús no sólo acoge a los pecadores públicos, sino que se adelanta a ir él a su encuentro, autoinvitándose a comer con ellos en sus casas. Y lo hace de un modo ostensible y público, como si todo el mundo debiera saberlo. Podemos verle sentado a la mesa en casa del aduanero Mateo, en compañía de un buen grupo de recaudadores de impuestos, gentes todas ellas de una reputación más que dudosa. Podemos verle también alojado en casa de Zaqueo, el acaudalado jefe de recaudadores, adonde se ha invitado él mismo a la vista de toda la ciudad, que considera a este hombre como un pecador público. Y podemos verle igualmente en casa de Simón el fariseo, donde permite que se le acerque y le toque una conocida prostituta que se presenta durante la comida.

Evidentemente, ante tantas libertades, los comentarios se disparan. Las gentes bien pensantes, que se creen justas ante la Ley, se indignan y murmuran: «¿Éste acoge a los

pecadores y come con ellos!» (Lc 15,2). «Es amigo de publicanos y pecadores» (Lc 7,34; Mt 11,19). «¡Ha ido a hospedarse a casa de un pecador!» (Lc 19,7). «¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?», preguntan a sus discípulos (Mt 9,11). «Si este hombre fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando» (Lc 7,39).

A lo cual replica Jesús: «No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. Id, pues, a aprender qué significa aquello de "Misericordia quiero, que no sacrificio". Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,12-13). O también: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). Y si ponen cara de no entender y siguen mostrándose consternados y escandalizados, entonces Jesús endurece su tono y declara: «En verdad os digo que los publicanos y las ramerías llegan antes que vosotros al Reino de Dios» (Mt 21,31). Y no se trata de una simple ocurrencia por su parte, sino de la constatación de lo que está ocurriendo. ¿No es precisamente éste el caso de Zaqueo, el jefe de recaudadores de impuestos, que, al recibir a Jesús en su casa, entra a fondo en el juego de la generosidad divina, más allá de toda ley y de toda medida?

En las réplicas de Jesús brilla con luz propia toda la novedad de la Buena Nueva. No es el hombre el que se ha acercado a Dios mediante su buena conducta y sus buenas obras; es Dios mismo quien se ha acercado al hombre de manera gratuita y misericordiosa. Y para manifestarlo claramente, Jesús se dirige primero y preferentemente a los descarriados, a los pecadores y a los excluidos del Reino. Tal es el sentido de su comportamiento. Su proceder no es el de un simple profeta, sino el de un hombre que implica resueltamente a Dios en sus actos, que se pone en su lugar y le compromete de algún modo, consciente de traer consigo la cercanía de Dios. Al sentarse a la mesa de los peca-

dores, lo que realmente les ofrece es la amistad de Dios y la posibilidad de reconciliarse con Él. Es como si les dijera: «También vosotros sois amados por Dios». Y entonces esos hombres y mujeres, que deberían huir de Dios por sus muchos pecados y su degradación moral, se descubren de pronto en una inefable cercanía a Él.

Un día, el Maestro ve venir hacia él a un hombre consumido por la lepra. Normalmente, según las normas vigentes, debería haberle obligado a alejarse, o haberse alejado él mismo, porque aquel hombre era impuro. En la antigua sociedad judía, el leproso era no sólo un enfermo contagioso, sino un ser declarado impuro, por lo que estaba excluido de la sociedad y condenado a vivir aparte: ya no formaba parte de la comunidad. El hombre que se acerca a Jesús lo sabe perfectamente y es consciente de su impureza. Pero, como impulsado por una luz interior, acude hacia él con la audacia y la temeridad de quien cree. Y Jesús, por su parte, no trata de evitarlo. Una vez delante de Jesús aquel hombre le dice: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», y al decirlo, cayó a los pies del Maestro. Pero Jesús, que ha visto el rostro de aquel hombre, siente cómo le invade una inmensa compasión. En aquel instante, ya no está el puro a un lado, y el impuro al otro: ambos están más allá de esta frontera y entre ellos se establece una comunión. Y para mostrarlo a todas luces, Jesús, contra toda normativa, extiende su mano y toca al miserable. Momento inefable. Al contacto con aquella mano, el hombre comprende inmediatamente que todo está ganado. Ha dejado de ser impuro y excluido: ahora ha sido acogido y se encuentra en la cercanía divina. Y ninguna ley puede prevalecer frente a esta cercanía tan gratuitamente ofrecida. También para él ha llegado el Reino de Dios, porque Dios se ha acercado a él a través de Jesús. Entonces éste le dice: «Quiero; queda limpio». Y al instante le desaparece la lepra. Ahora está puro, completamente puro: un corazón nuevo en una carne de niño (cf. Mc 1,40-42; Lc 5,12-13).

Esta Buena Nueva se dirige a todos; pero no todos la reciben del mismo modo. Entre los oyentes de Jesús se produce una discrepancia: mientras «los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, los fariseos y los escribas murmuraban...» (Lc 15,1-2). Todo el drama del Evangelio se está fraguando aquí. Frente al Maestro y su mensaje aparecen dos auditorios muy diferentes, dos actitudes opuestas.

En las primeras filas se agolpan hombres y mujeres de dudosa reputación, conscientes de su miseria moral, seres desprovistos de todo mérito y dignidad según la Ley, y que se saben excluidos. Pues bien, estos hombres y estas mujeres descubren en Jesús a un enviado de Dios que no les condena. Más aún, este enviado viene a ellos, fraterniza con ellos y les da pruebas de un respeto infinito, aceptando sentarse con ellos a la misma mesa sin preocuparse del «qué dirán». Y a través de ese respeto y esa amistad les hace sentir un amor inaudito y absolutamente gratuito. Un amor que no juzga. Entonces, esos hombres y mujeres se sienten invadidos de una increíble esperanza al ver cómo se abren ante sí, de par en par, las puertas del Reino, que ellos creían cerradas para siempre. Todo se hace posible, y ya no hay razón alguna para desesperar. Y entran de golpe en el hoy del Reino: en la nueva cercanía de Dios. Es una experiencia que todo lo trastoca: el excluido se convierte en elegido. En el corazón de estos pobres prorrumpen en cánticos la alegría mesiánica, la alegría de las bodas y del vino nuevo, la alegría de ser eternamente hijos, porque ¡son amados tal como son!, y ninguna ley puede impedirlo. Les basta con creer en ese amor, para que todo cambie. Y ellos creen en ese amor. Por eso se agolpan en torno a Jesús y se pasarían horas enteras escuchándolo con el mismo placer.

En el otro extremo, ocultos entre las sombras y mascullando improperios, los escribas y los fariseos se mantienen al margen. Intérpretes de la Ley de Moisés, celosos y

escrupulosos guardianes de las más mínimas observancias, se indignan al ver cómo Jesús congenia con los pecadores y acoge gustoso a los excluidos. Para ellos, semejante actitud constituye un verdadero desafío a la Ley, porque es tanto como equiparar a los buenos y a los malos, a los justos y a los pecadores. Más aún; da preferencia a los malos y a los pecadores. Y todo ello les da ocasión para murmurar: este hombre se dice enviado de Dios, habla y actúa en su nombre..., y se atreve a confraternizar con los descarriados y los impuros. No, de ninguna manera puede ser el mesías. Nosotros sabemos perfectamente que el Altísimo, el Santo, el Bendito, está del lado de los justos, de los que observan su Ley, y rechaza y desprecia a todos los demás, a todos esos cuantos ignoran la Ley.

Entre éstos hombres y Jesús, la incomprensión se hace cada día mayor y más profunda. Pero conviene ver en qué consiste. Se ha dicho muchas veces que la causa del conflicto entre los fariseos y Jesús era el legalismo de aquéllos, su observancia meticulosa y literal de la Ley. La preocupación por mantener la Ley en todo su vigor y su pureza había llevado a algunos de ellos, indudablemente, a conceder una importancia excesiva a las purificaciones y a la observancia exterior. Y es cierto que Jesús condenó enérgicamente este legalismo y se esforzó en liberar la Ley de tales desviaciones y hacerle volver a sus exigencias esenciales de justicia y amor. Pero no hay que olvidar que, en este punto, muchos fariseos y doctores de la Ley pensaban exactamente igual que Jesús y aspiraban también a una perfección interior mediante la vuelta a lo esencial de la Ley. A este respecto, diversas frases de los evangelios podrían haber sido pronunciadas por ellos. Es el caso, por ejemplo, de aquel doctor de la Ley a quien Jesús preguntó qué era para él lo más importante de la Ley, a lo que el doctor respondió: «Amar a Dios y amar al prójimo». Y Jesús le felicitó por su respuesta (Lc 10,26-28) e incluso le dijo:

«No estás lejos del Reino de Dios» (Mc 12,34). Y, efectivamente, algunos fariseos y doctores de la Ley no estaban lejos del Reino; sin embargo, no entraron en él, sino que pasaron de largo; más aún, lo rechazaron. ¿Por qué?

Jesús no se presenta tan sólo como un profeta cuya misión consistiría en recordar las exigencias morales esenciales de la Ley. Puede incluso afirmarse que su principal preocupación no era hacer respetar la Ley. Lo que le preocupa, ante todo, son los seres humanos, las personas, a quienes ve en grandes apuros y desea salvarlos. No es la Ley lo que hay que salvar, sino a esos hombres y mujeres a quienes Dios ama y desea comunicarse. Jesús ha sido enviado para revelarles este amor del Padre, y él mismo, en lo más profundo de su ser, es una misma cosa con este amor de Dios a los hombres. Lo que verdaderamente le inspira y le guía en todos sus pasos no es el apego a una idea o a una ley, por muy santa que sea, sino el amor a los hombres, la preocupación por liberarlos de su miseria, por arrancarlos de su degradación, por devolverles su dignidad y alegría. Cuando un sábado, en plena sinagoga, tras curar a una pobre mujer encorvada y maltrecha, oye cómo el jefe de la asamblea dice indignado a la gente que no es aquel el momento ni el lugar de llevar enfermos para ser curados, Jesús replica con vehemencia: «¿No desatáis del pesebre todos vosotros en sábado a vuestro buey o a vuestro asno para llevarlos a abrevar? Y a ésta, que es hija de Abraham a la que ató Satanás hace ya dieciocho años, ¿no estaba bien desatlarla de esta cadena en día de sábado?» (Lc 13,10-16). «No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre», dirá en otra ocasión. La primacía es del ser humano, que es a quien hay que salvar y amar.

En otra ocasión, los fariseos llevan a Jesús a una mujer sorprendida en flagrante delito de adulterio, y le dicen: «Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?» (Jn 8,5). Según estos celosos guardianes

de la Ley, esta mujer debe morir, porque no es más que una rama podrida que es preciso cortar para que queden a salvo la santidad y el honor de la Ley. Pero, como siempre, Jesús ve las cosas de otra manera. No se fija ante todo en la ofensa hecha a la Ley, sino en esa mujer que tiene ante sí, aplastada por el desprecio y la vergüenza. Es a ella a la que hay que salvar. Por eso no la acusa ni la condena, sino que se limita a decirle: «Vete y no peques más».

La gran preocupación de Jesús es salvar a las personas, no en contra de la Ley, sino revelándoles la gracia del Reino, que es la única que puede liberar una vida invadiéndola con su aliento. Pues bien, esta gracia viene al hombre antes de que éste haga nada, antes de que contraiga ningún mérito. Le alcanza allí donde se encuentra, incluso en sus propios infiernos. Y lo hace de un modo absolutamente gratuito y, por tanto, con independencia de la Ley. Dios se ha acercado a los hombres, a todos los hombres, libre y gratuitamente, porque para Él no hay excluidos. Esto es lo que Jesús proclama incansablemente.

Y es en este nivel donde se sitúa el verdadero debate entre Jesús y los doctores de la Ley. Para éstos, la Ley es la referencia suprema, la que regula de manera absoluta las relaciones de Dios con su pueblo. Criterio del bien y del mal, la Ley traza la frontera entre buenos y malos, entre elegidos y excluidos. Es ella, y sólo ella, la que determina el grado de cercanía de Dios al hombre. Y en apoyo de esta tesis, los fariseos y los doctores de la Ley podían invocar las palabras del salmista:

«El Señor retribuyó mi rectitud,  
la pureza de mis manos frente a él.  
Con el leal tú eres leal,  
con el íntegro tú eres íntegro,  
con el sincero tú eres sincero,  
con el taimado tú eres sagaz» (Sal 18,25-27).



Comprenderemos mejor este apego a la Ley si recordamos que Israel estaba atravesando por entonces un período turbulento, en el que ya no era dueño de su propio destino. Debido a la presencia en su suelo de las fuerzas de ocupación, corre el peligro, a fuerza de componendas y arreglos, de perder su alma, su identidad profunda. Por supuesto que una solución habría sido la rebelión armada, como hacen los zelotes, pero ello no conduciría más que al aplastamiento de toda la nación. Lo que hacen entonces los fariseos es replegarse en posiciones de defensa espiritual, cuya línea de resistencia es la Ley de Moisés, la auténtica muralla defensiva de la nación. Permaneciendo fiel a ella, hasta en sus menores detalles, el pueblo no se dejará conquistar y resistirá eficazmente a la decadencia y a la desaparición. Este apego a la Ley no carece de grandeza. Sin los Fariseos, Israel no habría sobrevivido a las catástrofes nacionales de finales del siglo I y comienzos del II. Fueron ellos quienes salvaron el alma de Israel arraigándola en la Ley. Pero está también la otra cara de la medalla: por una parte, han tributado tal culto a la Ley que han degenerado en la «nomolatría»; por otra, se han jactado de ser los artífices de su propia salvación, erigiéndose en acreedores de Dios y despreciando a todos cuantos no tenían su mismo conocimiento de la Ley y de las tradiciones, a los que calificaban de «malditos» (Jn 7,49).

Estas personas no pueden comprender a Jesús, aunque en muchos puntos estén próximos a su enseñanza. La misión de Jesús no le viene dictada desde fuera, por la situación política de la nación, ni procede de un reflejo defensivo, aunque sea religioso, frente a los peligros del momento, sino que brota toda ella de una experiencia interior extraordinaria: una experiencia de plenitud. Dios se le ha comunicado de una manera inefable e insuperable, y en esta comunicación Jesús ve con toda claridad que el Reino de Dios ha llegado, que ya está aquí. Y es que, a través de él, Dios, en su ternura, se ha acercado a todo los hombres

de una manera absolutamente nueva, muy por encima de cuanto podía esperar el ser humano. En consecuencia, su misión es anunciar esta venida del Reino en su absoluta gratuidad. Frente a este regalo del cielo, la Ley no es suprimida, sino que adquiere otro sentido. Hay algo que la precede, porque la Ley no es lo absoluto. Lo absoluto es la gracia totalmente gratuita del Reino, la ternura del Padre. Y en este punto, todo el saber de los fariseos y los doctores, su minucioso conocimiento de la Ley y de la tradición, del que tan orgullosos se muestran que desprecian a los ignorantes, no tiene demasiado valor ni sirve de especial ayuda. Lo que importa es creer en el don de Dios y acoger, con humildad y acción de gracias, la nueva cercanía de Dios que se ofrece en Jesús. Este no pide a los fariseos y a los doctores que renuncien a la Ley, sino a la suficiencia que les hace encerrarse en sí mismos y les impide acoger la gracia del Reino en su radical novedad: una gracia que no depende de la voluntad ni de los esfuerzos del hombre, sino tan sólo de la iniciativa del Padre.

Llegará un día en que un fariseo, puro donde los haya, exprese el drama que ha tenido lugar entre sus homólogos y Jesús de Nazaret. Este fariseo, llamado Pablo, escribirá después de su conversión al Evangelio: «Testifico en su favor que tienen celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento, porque, han desconocido la justicia de Dios y se han empeñado en establecer la suya propia» (Rom 10,2-3). Estaban tan ocupados en levantar el edificio de su propia perfección que no supieron abrirse al gran aliento de ternura que visitaba la tierra y que era el único que podía transfigurarlos.

Estamos tocando aquí el fondo mismo del drama. Los escribas y los fariseos se han dejado encerrar en un sistema religioso fundamentado todo él en la justicia de la Ley, y han encerrado a Dios con ellos. Por eso mismo, el tiempo de Dios se ha detenido para ellos. Estos hombres ya no esperaban nada, a no ser la confirmación de su propia jus-

ticia. Se habían situado fuera del tiempo creador, el de la imprevisible novedad de Dios, y habían olvidado la palabra de Yahvé: «¿No os acordáis de lo pasado ni caéis en la cuenta de lo antiguo? Pues bien, he aquí que yo lo renuevo» (Is 43,18-19). Creer en el Dios vivo significa siempre negarse a dejarse encerrar en una experiencia estereotipada, por muy santa que sea; significa creer que los grandes comienzos han de ser buscados no hacia atrás, en el pasado, sino hacia adelante, en el futuro. Significa mantenerse abiertos a la imprevisible novedad del Dios que viene.

De este drama extraerá Jesús una lección para sus discípulos: «Nadie echa vino nuevo en odres viejos; pues, de otro modo, el vino reventaría los odres y se echarían a perder tanto el vino como los odres. A vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2,22). Estas palabras, en las que se trasluce la viva conciencia que tiene Jesús de la radical novedad de su mensaje, son una invitación a permanecer abiertos a la novedad de Dios. «Quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él» (Mc 10,15), dirá Jesús en otra ocasión. Esta frase, una de las más hermosas de los evangelios, es también una de las más cargadas de sentido. Por lo general, se ha querido ver en ella, y no sin razón, una llamada al candor y a la confianza; pero hay mucho más en estas palabras del Maestro, sin lugar a dudas. El niño es un ser orientado todo él hacia el futuro. Lejos de estar anquilosado, estereotipado y prisionero de un pasado, el niño está abierto, gracias a su capacidad de asombro, a todo cuanto es nuevo e imprevisible. Acoger el Reino de Dios como un niño significa dejar que Dios se revele en su imprevisible novedad, sin tratar de encerrarlo en el pasado; significa saber asombrarse de su cercanía, siempre nueva y siempre creadora. El amor de Dios al hombre no ha dicho jamás su última palabra ni ha acabado nunca de sorprendernos. Nada de cuanto se haya dicho o hecho en el pasado puede agotar su medida, ni siquiera la Ley, por muy grande que fuera su aportación.

## 9

## Jesús se explica

A quienes no comprenden su comportamiento, Jesús no se limita a darles una simple contestación, porque está deseoso de abrirles también a ellos a la gracia del Reino; una gracia que se ofrece a todos, incluso a sus detractores. Por eso se las ingenia para iluminarlos explicándoles su conducta, para lo cual recurre a un género literario que le gusta particularmente: la parábola, con la que se esfuerza por iniciar a sus oyentes en los secretos del Reino a base de imágenes.

Si se puede hablar de un estilo de enseñanza propio de Jesús, es en las parábolas donde lo encontramos. Jesús no es, ciertamente, el creador de este género literario, pero sí quien lo ha llevado a un grado de perfección sin igual. La parábola evangélica une a la vez la transparencia y la profundidad. Se puede debatir amplia y técnicamente sobre lo que en cada una de ellas fue o no dicho por Jesús, pero no se podrá impedir que en ellas resuene una voz singular, única. Los datos del relato pueden haber sido tomados de alguna tradición popular o pueden haber sido retocados por las primeras comunidades cristianas con fines didácticos por necesidades concretas del momento; pero no importa, porque en las parábolas se oye una música interior venida de otra parte.

No es casual que Jesús escogiera la parábola como modo de enseñanza. Su visión del Reino, a la luz de su

relación íntima con el Padre, le lleva a presentar el Reino de Dios como una realidad presente y oculta en el corazón mismo de las cosas de la vida, como un acontecimiento que ocurre de improviso en el centro mismo de las experiencias humanas más normales y cotidianas. Se equivoca quien pretenda interpretar las parábolas evangélicas como complicadas alegorías, porque eso es tanto como despojarlas de su verdadero sentido. Lo que verdaderamente se evoca en la parábola es la realidad cotidiana y familiar, pero de manera tal que deja transparentarse e insinuarse otra realidad que no es ni cotidiana ni familiar: el Reino de Dios en el presente de cada día.

La parábola evangélica tiene su fuente primera en una gran sensibilidad humana. No hay duda de que el hombre que se expresa con ellas vive cerca de las cosas más sencillas y sabe verlas, de forma que ellas viven en su mirada. La casa sólidamente construida y bien protegida, la lámpara que ilumina a todos los de casa, la levadura que hace fermentar la masa, la red del pescador, el trigo que nace, el canto del gallo al alba, los colores del ocaso...; son cosas que él ve, comprende y siente profundamente. Y lo mismo sucede con los menores gestos cotidianos. También es frecuente que la parábola parta de un suceso en apariencia insignificante: una mujer que ha extraviado una moneda; un pastor que ha perdido una oveja; un padre al que se le va de casa uno de sus dos hijos; un viajero que cae en manos de unos bandidos, etc. Pero la parábola saca ese suceso del ámbito de la banalidad y el anonimato y lo convierte en un pequeño drama humano que nosotros podemos vivir desde el interior entrando, por así decirlo, en los sentimientos de los actores o de las víctimas. Así, vemos cómo la pobre mujer que ha perdido su moneda pone toda la casa patas arriba, y de pronto, cuando la encuentra, se vuelve loca de alegría; una alegría que no puede guardar para ella sola y que se apresura a comunicar a sus amigas

y vecinas (cf. Lc 15,8-10). Y esto lo vemos y lo experimentamos nosotros amorosamente. Algunas parábolas se narran de manera tan realista que cabe pensar que están relacionadas con una experiencia vivida, que reproducen un hecho real. Pero ¿no es propio de los poetas recrear los menores acontecimientos y darles el sabor de lo experimentado? Una cosa es segura: el poeta que se expresa en las parábolas es un ser profundamente humano, un hombre que simpatiza con sus semejantes, tanto en sus desgracias como en sus alegrías. En su mirada no hay la más mínima frialdad o indiferencia, ni da muestras de la menor sombra de menosprecio ni siquiera de ironía; en él no hay más que la luz de una infinita ternura.

A esta riqueza de sensibilidad viene a añadirse otra fuente de inspiración, una fuente oculta que influye en la anterior y la transfigura. La mirada que Jesús dirige a los seres y a las cosas no es separable, efectivamente, del misterio que le habita: el del Dios que se ha acercado al hombre de una manera totalmente nueva e insuperable. Y es a la luz de esta maravillosa cercanía como Jesús ve y contempla los seres y el mundo. Su mirada de hombre se adhiere, en el asombro, a ese movimiento de acercamiento de Dios, y por eso posee una claridad y una fuerza de penetración que le permiten ver la profundidad misteriosa de la realidad, que resulta absolutamente imperceptible para el hombre normal.

Por ejemplo, en la historia de la mujer pobre que ha perdido una moneda, Jesús ve más allá de lo que nosotros vemos. El desvalimiento y la angustia de esta pobre mujer son para él símbolo de otro desvalimiento y otra angustia, en este caso infinitos: el desvalimiento y la angustia de Dios mismo en su búsqueda del hombre perdido. A través de esta mujer, Jesús ve al propio Dios removiendo cielo y tierra para encontrar lo que está perdido y que, a sus ojos, no tiene precio. Y lo que Jesús percibe en la alegría de la

mujer al encontrar su moneda es la alegría desbordante de Dios, la alegría divina por haber encontrado al hombre extraviado. Esto es lo que Jesús contempla en una escena tan normal y corriente. Y lo ve porque él mismo está totalmente subyugado por el amor de Dios al hombre. Si las parábolas tienen el frescor de los manantiales, es porque no son un mero discurso sobre Dios, sino que en ellas se expresa una proximidad, una presencia inmediata de Dios.

Por eso es por lo que, para justificarse ante quienes le reprochan su excesivo interés por los publicanos y los pecadores, Jesús inventa la parábola de la moneda perdida, con el fin de hacerles percibir y entrever la inefable cercanía de Dios. «Dios es así», parece decirles. E intenta comunicarles su propia emoción, su propio asombro. En esta historia que narra un hecho banal, la parábola describe el movimiento lleno de ternura del cielo hacia la tierra y sitúa el Reino en el corazón del mundo.

Lo mismo sucede con la parábola de la oveja perdida:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos y les dice: “Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido”. Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,4-7).

Esta parábola, que interpela directa y acusadoramente a los oyentes, pone de relieve la búsqueda prioritaria de la oveja perdida, que moviliza todas las energías del pastor, el cual no piensa más que en ella. El hecho de estar «perdida» es lo que le hace acreedora a una solicitud sin límites, como sin límites es también la alegría del pastor que la

encuentra. Y Jesús concluye: así es la alegría que siente Dios por un solo hombre recuperado.

Esta parábola, como la de la moneda perdida, es un modo de decir a los fariseos y a los escribas: «Os escandalizáis y me condenáis porque acojo a los pecadores, porque me acerco a ellos y como con ellos; pues bien, sabed que Dios es así y actúa del mismo modo, porque quiere relacionarse con los pecadores, es decir, con los mismos a quienes vosotros despreciáis y condenáis (cf. Lc 15,1). Dios busca a todos esos seres perdidos y no descansará hasta que los haya encontrado. Les ofrece su amistad y les invita a su mesa como signo de reconciliación. ¡Y no podéis imaginar la alegría que siente cuando puede volver a estrechar a uno de ellos contra su corazón...! Así es el corazón de Dios. Ésta es la Buena Nueva. Y vosotros también estáis invitados a regocijaros y a participar en la fiesta. ¿A qué esperáis para creer en la Buena Nueva? Compartid conmigo la alegría de Dios; forjaos un corazón inmenso, como el del Padre».

Se trata de una patética llamada a abrirse a la gracia del Reino, pero que topa contra un muro, y Jesús tiene que decir con inmensa tristeza:

«Pero ¿con quién compararé a esta generación? Se parece a los chiquillos que, sentados en las plazas, se gritan unos a otros diciendo: “Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos entonado endechas, y no os habéis lamentado”. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: “Demonio tiene”. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Ahí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores”. Y la Sabiduría se ha acreditado por sus obras» (Mt 11,16-19; Lc 7,31-35).

¿Qué difícil es revelar la ternura de Dios! Sin embargo, Jesús aún no desespera de hacerse entender. Y, no escuchando más que a su corazón, inventa una nueva parábola,

dirigida también a quienes le condenan: «Un hombre tenía dos hijos...» Esta parábola es conocida como la parábola del hijo pródigo, pero sería más exacto denominarla la parábola del padre que encuentra a su hijo perdido, porque el aspecto central de la narración no es la conversión del hijo —conversión motivada además por consideraciones muy interesadas—, sino la actitud generosa y absolutamente misericordiosa del padre. Si hay una página evangélica que nos revele el corazón de Dios, es ésta, pues nos descubre la inmensidad del amor del Padre. Escuchemos la parábola:

«Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”. Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”. Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponéle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado”. Y comenzaron la fiesta...» (Lc 15,11-24).

Toda esta primera parte del relato pretende poner de relieve la ternura misericordiosa del padre, que no espera a que su hijo llame a la puerta y pida perdón, sino que, movido por la compasión, corre hacia él, no viendo la falta de su hijo, sino sólo su angustia y el lamentable estado en que se encuentra, y su primer impulso es arrancarlo de esa angustia y devolverle su dignidad. En el corazón del padre, a la piedad se añade una inmensa alegría: la alegría de recuperar a aquel que creía perdido para siempre. Y la alegría es tal que ordena en el acto que toda su casa se ponga de fiesta.

La acogida supera infinitamente todo cuanto el hijo podía esperar. Él tan sólo solicitaba como una gracia un puesto de jornalero en la casa paterna... ¡Qué mal conocía el corazón de su padre! La acogida que éste le dispensa le abre por fin los ojos y le hace ver lo que él significa verdaderamente para su padre, lo que nunca he dejado de ser para él, ni siquiera en lo más profundo de su degradación. Y en ese momento se le concede el don de aprender a decir «padre» de una manera absolutamente nueva, con un corazón de hijo que se sabe amado. Y esto es, sin duda alguna, lo esencial de la conversión evangélica: aprender a llamar «padre» a Dios, más allá de nuestro pecado, al descubrir su amor misericordioso.

La segunda parte de la parábola refiere la incompreensión y la ira del hijo mayor ante la actitud del padre, y lo que esto evoca directamente es el drama de los escribas y fariseos. Escuchemos la continuación de la historia:

«...Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: “Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el novillo cebado, porque lo ha recobrado sano”. Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su

padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!”.

Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado”» (Lc 15,25-32).

Esta segunda parte de la parábola nos permite asistir a una inversión de papeles. Ahora es el hijo mayor el que se distancia del padre. La situación es paradójica: quien había permanecido prudentemente en la casa y nunca había desobedecido ahora se queda fuera, indignado. Si ese día es de verdad incapaz de participar de la alegría de su padre, es porque nunca ha compartido verdaderamente sus sentimientos, no ha comulgado con su dolor y se ha adaptado fácilmente a la partida de su hermano, no experimentándola como una pérdida irreparable. En suma, tampoco él ha conocido el corazón de su padre. Le ha servido, es verdad, pero servilmente, con el espíritu de un asalariado que contabiliza sus horas de servicio, no con el de un hijo amante y que se sabe amado. Y lo que le separa del padre en este momento, lo que le mantiene alejado de él, es precisamente la viva conciencia que tiene de sus méritos y sus derechos, con respecto a la cual la generosidad del padre para con su hermano menor parece completamente equivocada e injusta. Él, el mayor, la percibe como un insulto a sus propios méritos.

Entonces la solicitud del padre se dirige hacia él. Sale de la casa y se acerca a su hijo mayor, como antes se había acercado al pequeño, con la misma compasión y la misma ternura. No puede dejarle encerrarse en su rechazo; quiere también salvarle a él. Le escucha y no le hace ningún

reproche, pero con infinita delicadeza le abre su corazón: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo...» Al hacerle tomar conciencia del amor que le tiene, del vínculo de proximidad e intimidad que le une a él, el padre se esfuerza por enardecer el corazón de su hijo mayor, por dilatarlo, por abrirle a una verdadera relación de amor con él y, de ese modo, hacerle capaz de compartir su alegría por haber recuperado a su hijo perdido.

Jesús no podía evocar con mayor tacto el drama interior de aquellos fariseos y escribas que se escandalizaban al verle relacionarse con los pecadores. Era una forma delicada de decirles que también ellos era amados por Dios con un amor especial, pero que, para entrar en la nueva cercanía de Dios y en la gran alegría mesiánica, no bastaba con no haber transgredido jamás ni un solo mandato de la Ley. Les invitaba a abrirse a la gracia del Reino; una gracia que no proviene de nuestras buenas acciones, sino que brota, absolutamente gratuita, del corazón misericordioso de Dios.

Pero, por desgracia, para aquellos hombres que se aferraban a la Ley y a sus obras como si fueran el timón de su destino, creer en una gracia así era dar un salto a lo desconocido que equivalía al suicidio. A diferencia de los publicanos y los pecadores, que se sabían desprovistos de todo mérito, ellos no comprendían que apostar por tal gracia era realmente jugar sobre seguro.

En cuanto a Jesús, al invocar la misericordia de Dios para justificar su propia conducta con los pecadores, daba a entender que estaba en el secreto del Padre y que conocía perfectamente las disposiciones de su corazón. Más aún, se presentaba como quien actualiza y hace presente en el mundo el amor inconmensurable de Dios. Y esto es de suma importancia. Se puede discutir interminablemente

sobre la conciencia mesiánica de Jesús; se puede opinar, con algunos exegetas, que el mensajero del Reino nunca reivindicó para sí título mesiánico alguno y que esos títulos le fueron atribuidos a posteriori, a la luz de la Resurrección. No obstante, hay algo evidente, que el hombre que se expresa en las parábolas de la misericordia, al igual que en el sermón de la montaña, compromete a Dios directamente en lo que él dice y hace. Tanto sus palabras como sus obras traslucen su conciencia de una presencia inmediata de Dios.

## 10

## Un mensaje subversivo

Dios se ha acercado al hombre perdido: toda la Buena Nueva se condensa en este mensaje. Pero entonces, ¿qué era lo que podía inquietar tanto a los fariseos y hacer que acusaran a Jesús de blasfemo? No es fácil comprender su indignación y su condena. Sin embargo, el no ver en su reacción más que mala fe significa desconocer el verdadero meollo del conflicto que enfrenta a los representantes del judaísmo con Jesús de Nazaret. Y significa también, por eso mismo, obviar la originalidad del mensaje evangélico e ignorar su fuerza subversiva.

El judaísmo sabía perfectamente que Dios es misericordioso y está siempre deseoso de perdonar. «¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?», había dicho Yahvé por boca del profeta Ezequiel (18,23). Y el Salmista cantaba: «Me he descarriado como oveja perdida: ven en busca de tu siervo» (Sal 119,176). «Bien sabía yo —dice Jonás— que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, y que se arrepiente del mal» (Jon 4,2). Pero para los guardianes de la Ley en tiempos de Jesús, lo mismo que para Jonás, que reprendía a Dios por su piedad, el perdón debe merecerse. ¿Cómo? Volviendo a la obediencia de la Ley. Para ser perdonado, el pecador tiene que comenzar por encontrar el camino de la Ley, único camino de vida. Dicho de otro modo, debe ante todo convertirse y hacerse justo. La práctica de la Ley es la

condición previa a todo perdón y a toda gracia. Una condición ineludible. Dios favorece al justo en proporción exacta a su justicia. En el judaísmo, el perdón y la gracia no se comprenden si no es en el marco de la Ley; no son, en realidad, más que un aspecto de la justicia de la Ley, que retribuye a cada cual según sus obras. En suma, el perdón y la gracia no son realidades desconocidas, pero están asociadas a un esfuerzo previo de conversión.

También Jesús llama a la conversión: «...El Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15). Pero él contempla la conversión de otro modo, en una nueva perspectiva: Dios no espera a que el ser humano se ponga en camino hacia él, sino que va Él mismo en su busca, como el pastor que recorre el monte para encontrar a su oveja descarriada. Antes incluso de que el pecador se vuelva a Dios, éste le ha amado con un amor primero y totalmente inmerecido. En esto consiste precisamente la Buena Nueva: en la soberana gratuidad del amor misericordioso del Padre. Y aquí no hay condición previa alguna: conversión y gracia son una misma y única cosa. Convertirse, en el sentido evangélico, consiste, ante todo, en creer en la Buena Nueva, acoger el Reino en su gratuidad y abrirse a la nueva y gratuita cercanía de Dios, que se ofrece aquí y ahora con la presencia de Jesús. Esto es precisamente lo que inquieta y desconcierta a los responsables religiosos de la nación. Jesús anuncia una gracia divina que ya no se apoya en la Ley y en las obras de la Ley, sino que se debe a la sola iniciativa de Dios. Y esto es tanto más desconcertante cuanto que Jesús asocia esta gracia divina a su presencia, a su persona, como si él fuera la actualización de dicha gracia.

A pesar del endurecimiento de los escribas y fariseos con respecto a Jesús, no por ello éste renuncia a seguir enseñando, sino que enseña cada vez con mayor claridad, llegando incluso a resultar provocador, en la medida en que

el vínculo entre la gracia que él proclama y la autoridad de la Ley se debilita hasta el punto de disolverse por completo. Véase, como botón de muestra, la siguiente parábola:

«El Reino de los cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y, al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo”. Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona, e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: “¿Por qué estáis aquí todo el día parados?” Dícenle: “Es que nadie nos ha contratado”. Les dice él: “Id también vosotros a mi viña”. Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: “Llama a los obreros y págalos el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros”. Vinieron, pues, los de la hora undécima y recibieron un denario cada uno. Cuando les tocó a los primeros, pensaron que cobrarían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Y al tomarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: “Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor”. Pero él contestó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?”» (Mt 20,1-15).

Esta parábola habla de dos categorías de obreros. Los primeros establecen un contrato en toda regla, conviniendo con el propietario el pago de una moneda de plata como salario por una jornada de trabajo. Los otros no acuerdan nada, sino que se limitan a confiar en ese propietario que, a pesar de lo avanzado de la hora, les envía a trabajar a su viña. Ahora bien, al término de la jornada, estos últimos son los primeros en recibir una moneda de plata cada uno.



Una retribución que, evidentemente, no guarda relación con su trabajo, sino con la generosidad del propietario y la confianza que ellos han depositado en él. En cuanto a los que habían sido contratados a primera hora, son retribuidos en estricta justicia, según lo que había sido acordado. El propietario se atiene a los términos del contrato, y ellos reciben una moneda de plata cada uno, es decir, lo que les corresponde, y nada más.

La parábola hay que entenderla exclusivamente en relación con el Reino. Al exponerla, Jesús no tiene más objetivo que ilustrar a sus oyentes sobre lo que acontece cuando el Reino de Dios está cerca. El relato contrapone dos tipos de relación con Dios: por un lado, están los que se sitúan al respecto en un plano de justicia distributiva: al poner su confianza en sus obras y en el esfuerzo que éstas les supone, esperan el Reino como si se tratara de un salario, como algo que les es debido. Por otro lado, están los que se remiten exclusivamente a Dios y a su gracia. Los primeros, al término de sus esfuerzos, se llevan un chasco al verse tratados de acuerdo con su propio criterio de lo que es justo; los otros, en cambio, se encuentran con la feliz sorpresa de un don sin medida, descubriendo asombrados la gracia divina del Reino.

No podía Jesús expresar con más fuerza la gratuidad del don de Dios. Semejante mensaje no destruye ciertamente la Ley, sino que acredita una idea nueva de Dios que pone a éste por encima de la justicia de la Ley. Dios es libre y soberano, como lo es también su amor, que está fuera de toda medida. Con esta parábola, Jesús rebasa literalmente los límites del judaísmo antiguo, invitando a sus oyentes a trascender el espesor de la realidad, y a descubrir la desmesura de Dios, la insolencia de su amor, urgiéndoles a apostar por esta gracia soberana.

Este mensaje, lanzado en una sociedad totalmente basada en la Ley, tenía inevitablemente que resultar desconcertante, escandaloso y peligroso, porque lo ponía todo en cuestión. El edificio moral y religioso se veía sacudido en sus cimientos, y el propio sistema social corría el peligro de verse desestabilizado, en la medida en que se apoyaba en la Ley. Especialmente en unos momentos en los que, a raíz de la ocupación romana y del consiguiente sometimiento de Israel, éste tenía necesidad de aferrarse a sus raíces para no perder su identidad. Era más necesario que nunca aunar todas las energías del pueblo en torno a la Ley. Y éste era un acto a la vez político y religioso. La Ley, que indicaba claramente a todos dónde estaban el bien y el mal, de qué lado se encontraban los buenos y de qué lado los malos, constituía una frontera perfectamente delimitada y, por ello mismo, una fuerza de resistencia frente a los poderes del mal, a los que denunciaba, condenaba y rechazaba. En suma, la Ley era la roca sobre la que podían apoyarse. Pues bien, es precisamente este pilar el que parece socavar Jesús con su enseñanza, poniendo así en entredicho todo el armazón del judaísmo, tanto moral como social. Esto al menos es lo que temen muchos fariseos, escribas y doctores de la Ley.

En nuestros días, un pensador judío, Bernard-Henri Lévy, ha puesto perfectamente de manifiesto lo que el mensaje y la actitud de Jesús tenían de auténticamente subversivo para el judaísmo antiguo:

«Cuando Jesús dice algo tan inaudito como que no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, está formulando algo más radical que la paradoja que suele verse en sus palabras. No es que él de pronto descubra en el pecador unas virtudes insospechadas a las que Dios haya querido caprichosamente dotar de un plus de dignidad. No es que la misericordiosa agudeza de su mirada sepa ver más allá del pecado y exhumar de entre la escoria la eterna chispa divina que

dormita en todo hombre. No se entenderá en absoluto esta nueva «crística» si no se percibe cómo, por definición, prescinde de toda noción de valor, de virtud y de mérito. Rompiendo con el *nomos* judío, más quizá que con el *eros* griego, no propone razones nuevas para amar, sino el concepto inédito de un amor absolutamente sin razón. Por eso es difícil imaginar el trauma que supuso para la piedad antigua, para los creyentes en el Dios de la equidad que “retribuye al hombre según sus obras, y a cada cual según sus caminos”, la predicación del “Rey de los Hebreos” que venía a proclamar la equivalencia de los caminos y la indiferencia de las obras. En la parábola de los viñadores, en la que el propietario, en su amor gratuito, concede la misma paga a todos, tanto al “último” como al “primero”. ¿acaso no se tambalea toda la cosmovisión judía y no empalidece bruscamente la llama vacilante del Derecho frente al sol radiante que “sale tanto sobre los justos como sobre los pecadores”? (...) La realidad es que, con esta transmutación cristiana de todos los valores admitidos, (...) lo que perdía su razón de ser, a la vez que sus fundamentos, era la frágil y sutil maquinaria de resistencia contra la eternidad del Mal, tan pacientemente elaborada durante siglos de judaísmo<sup>1</sup>.

¿Se puede acentuar con mayor vigor el punto de ruptura entre el mensaje evangélico y el judaísmo antiguo? La gran novedad del Dios de bondad y de misericordia anunciado por Jesús es que apuesta por una gracia que no se apoya en la Ley. No es que Jesús rechace la Ley, sino que ésta no es para él ni primordial ni soberana. Lo primordial y soberano es el amor que habita en el corazón de Dios y que es una misma cosa con su misterio.

Sin embargo, el juicio de B.-H. Lévy da cuenta bastante imperfectamente de la Buena Nueva. Incluso desvirtúa la gratuidad de ese amor divino que Jesús revela al mundo,

1. *Le Testament de Dieu*, Éd. Grasset, Paris 1979, pp. 253-254.

cuando habla de la «equivalencia de los caminos» y de la «indiferencia de las obras», como si el mensaje de Jesús pusiera en plano de igualdad el bien y el mal. No, Jesús no predica la «equivalencia de los caminos» ni la «indiferencia de las obras». La originalidad del Evangelio consiste, desde luego, en invitar a los hombres a apostar sin reservas por la iniciativa amorosa del Padre; pero las manifestaciones absolutamente gratuitas de este amor, lejos de desmoralizar al hombre en su resistencia frente al Mal, constituyen, por el contrario, un poder de conversión, sin duda el único verdaderamente eficaz. La gracia del Reino, por más que absolutamente inmerecida, no por ello deja de estar determinada por los valores y orientada hacia ellos; pretende suscitar en el hombre una renovación creadora. La llamada a la conversión está en el corazón mismo de la Buena Nueva: «Convertíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1, 15b). Y esta llamada aporta sangre nueva al corazón del hombre. La experiencia enseña que muy frecuentemente la vida moral del hombre es como una barca encajada en una playa de la que se ha retirado el mar. Por sí misma, la barca no puede volver al mar; está embarrancada en la arena. Abandonada a su propio peso, está condenada a hundirse en la arena, a no ser que la marea vuelva a buscarla y la ponga a flote. Entonces, levantada y llevada por las olas, vuelve de nuevo a navegar, recobrando la libertad y la amplitud de horizontes del mar. Lo mismo ocurre con el hombre: por sí mismo, no puede cambiar nada o casi nada de su vida, prisionero como es de sus hábitos y de sus innumerables lastres. Pero, si llega hasta él la oleada gratuita del amor divino, entonces se verá arrastrado por la corriente de la ternura de Dios, quedando su existencia transfigurada y convertida en impulso misericordioso hacia los demás, a imitación de Dios.

Es precisamente esto lo que Jesús se esforzaba un día por hacer comprender a un fariseo, de nombre Simón, que

le había invitado a su mesa. En el transcurso de la comida, una mujer entró de improviso en la sala. Se trataba de una pecadora, de una conocida prostituta que, habiéndose enterado de que Jesús estaba allí, tomó un frasco de alabastro lleno de perfume y se presentó con la intención de derramarlo sobre los pies del Maestro, en una especie de homenaje silencioso. Pero sucedió algo que ella no había previsto. Como era costumbre, Jesús comía recostado, y ella, mientras estaba a sus pies, de pronto estalló en sollozos, y sus lágrimas rodaron sobre los pies de Jesús. Asustada, y sin saber muy bien lo que debía hacer, se despojó del velo, se soltó los cabellos y se puso a enjugar sus lágrimas con ellos, a la vez que besaba humildemente aquellos pies sobre los que, finalmente, derramó su perfume. Mientras observaba la escena, Simón el fariseo se decía para sus adentros: «Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora». Un tenso silencio comenzaba a apoderarse de la sala. Entonces tomó la palabra Jesús y dijo:

«Simón, tengo algo que decirte». Él dijo: “Di, maestro”. “Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientas denarios, y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?” Respondió Simón: “Supongo que aquel a quien perdonó más”. Él le dijo: “Has juzgado bien”; Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Al entrar en tu casa, no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos. Tú no me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que le han sido perdonados sus muchos pecados, y por eso muestra tanto amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra”. Y le dijo a ella: “Tus pecados quedan perdonados... Tu fe te ha salvado. Vete en paz”» (Lc 7,36-50).

Jesús no dijo, como se traduce a veces en contra de la lógica de la parábola: «Se le ha perdonado mucho porque ha amado mucho», sino: «si muestra tanto amor, es porque se le ha perdonado mucho». No es nuestro amor la causa y la medida del perdón divino; es el amor misericordioso y absolutamente gratuito de Dios, revelado en Jesús, el que, por el contrario, suscita y provoca nuestro amor contrito y agradecido.

Las palabras de Jesús a su anfitrión iluminan perfectamente el sentido de la conversión evangélica. En el punto de partida está la fe en Jesús. «Tu fe te ha salvado», dice el Maestro a la mujer. La conversión comienza con la fe en la nueva cercanía de Dios que Jesús trae con su presencia. Esta mujer ha venido a Jesús con el peso de sus muchos pecados: pero, al ver cómo Jesús permite que se le acerque, comprende y cree inmediatamente que ha sido acogida y perdonada, que Dios se ha acercado a ella. Entonces ella queda tan conmovida que no sabe ya cómo testimoniar su amor. La conversión evangélica es este estremecimiento de todo el ser que se experimenta al dejarse tocar por la revelación del amor gratuito de Dios. Desbordante de íntima alegría, el hombre descubre que Dios le ama gratuitamente, con independencia de sus pecados y de su indignidad. Es la experiencia radicalmente conmovedora de una gracia que excede toda Ley y precede a todo mérito.

Aquí se impone hacer una importante observación: incluso quien está en regla con la Ley, quien la observa fielmente, tiene necesidad de esa conversión para acceder al Reino. La prueba la tenemos en el episodio del joven rico que se acerca a Jesús y le pregunta qué es lo que debe hacer para ganar la vida eterna. Cuando Jesús le responde: «Ya conoces la Ley...», él replica: «Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta aún?». Entonces Jesús le dice: «Sólo una cosa te falta: vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres...; luego, ven y síguelo».

me» (Mc 10,17-22). Este episodio nos pone frente a la exigencia fundamental de la conversión evangélica. El joven le dice a Jesús: «Nunca he dejado de observar los mandamientos de la Ley». Al decir esto, está poniendo verdaderamente toda su existencia a los pies del Maestro. ¡Y no es poco...! Imaginemos por un instante que viviéramos en un mundo en el que todos, como este joven, observáramos los mandamientos de la Ley y en el que, consiguientemente, se respetara la vida ajena y no hubiera asesinatos ni adulterios ni hogares deshechos ni robos ni injusticias ni opresiones...; sería algo grande y hermoso. Sin embargo, y a pesar de la simpatía que Jesús siente por aquel joven, le dice sin dudar que todavía le falta una cosa para acceder al Reino y alcanzar la vida eterna. Y entonces le invita a despojarse de sus bienes y a seguirle. Esta propuesta de Jesús reclama toda nuestra atención. Jesús no exige al joven rico que se deshaga de sus bienes, como podría exigirselo un maestro espiritual a su discípulo, con vistas a facilitarle el acceso a la libertad de espíritu y al puro conocimiento de sí mismo. La exigencia de Jesús tiene otro sentido. Lo que espera de aquel joven es, en realidad, un acto de confianza absoluta en su persona. Le pide que lo deje todo para seguirle, para unirse a él indefectiblemente. Lo cual sólo tiene sentido en la medida en que quien enuncia tal exigencia transmite a Dios absolutamente. El Evangelio dice que aquel joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes. Seguramente no había visto en Jesús más que a un maestro de sabiduría, pero no creyó en el misterio de su persona, en la nueva cercanía de Dios que se le ofrecía en Jesús. «Era rico», dicen los evangelistas. Rico, sí, pero no sólo en bienes materiales. Perfectamente en regla con la Ley, no sintió la necesidad de tender sus brazos hacia el Liberador. Sin duda, no había conocido nunca esa sensación de desamparo del alma que hace al ser humano echarse a los pies del amor misericordioso con una fe incondicional y llena de asombro.

Aunque la conversión evangélica brota de la fe en la Buena Nueva, sólo se realiza, sin embargo, cuando el hombre acepta jugar el mismo juego divino de la gratuidad mostrándose a su vez misericordioso con sus semejantes, como Dios lo ha sido con él. Descubrimos así la otra vertiente de la conversión: el hombre sólo vive verdaderamente de la gracia del Reino en la medida en que se esfuerza por reflejar en todas sus relaciones el aliento de misericordia y ternura que le viene del Padre.

Este segundo aspecto de la conversión evangélica es ilustrado por Jesús en la parábola del deudor insolvente y cruel. Pedro había preguntado al Maestro: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?» Jesús le respondió: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Y a continuación se puso a contarle la siguiente parábola:

«Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: “Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré”. Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó marchar y le perdonó la deuda. Al salir de allí aquel siervo, le dejó encontrar con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: “Paga lo que debes”. Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: “Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré”. Pero él no quiso, sino que fue y le echó a la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor, entonces, le mandó llamar y le dijo: “Siervo malvado, yo te perdono a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero como yo me compadecí de ti?” Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos

hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano» (Mt 18,23-35).

No se podría expresar con más fuerza la prioridad y la gratuidad del Don de Dios, a la vez que la exigencia que de él se desprende. Amado por Dios, perdonado y acogido graciosamente por Él, el hombre es invitado a hacer con los demás lo que Dios ha hecho con él, es decir, a acercarse a sus semejantes con la misma misericordia y la misma ternura.

## 11

## La revolución de la ternura

Evidentemente, este hombre, que con su predicación y sus milagros moviliza a las masas en todo el país, no es ningún revolucionario violento. Sin embargo, resulta inquietante y peligroso, porque está cambiándolo todo. Los pobres, los ignorantes, los pecadores, los marginados...: toda esa gente está levantando la cabeza y descubriendo en Jesús una felicidad inesperada. Su presencia constituye para ellos un extraordinario hallazgo. Se ha acabado el tiempo de la soledad, de la vergüenza y de la humillación, y al fin han sentido cómo son acogidos cómo se les devuelve una dignidad en la que ya no creían. Ahora saben que también ellos son amados por Dios. ¡Qué maravilloso es ser pobre cuando se es tan amado...! Estos hombres y mujeres sienten, como por instinto, que con este nuevo profeta acaba de ocurrirles algo decisivo e irreversible: se les ha ofrecido una cercanía divina hasta entonces inexplorada, toda perdón y toda amor. Es algo verdaderamente intenso y exaltante, como las olas en el lago en mitad de la tormenta, a la vez que es algo dulce y tierno como una caricia. Efectivamente: ha llegado el tiempo de la ternura de Dios para con la tierra. Con este amigo de Dios, el cielo ha perdido toda su arrogancia y ha descendido a la tierra. Por supuesto que la santidad de Dios queda a salvo, pero no deja de tomar al hombre de la mano y levantarlo del polvo compasivamente.

Esa ternura no tiene nada que ver ni con la afectación ni con la permisividad, sino con el ardor de las brasas: si te toca, te enardece. No es posible experimentarla sin sentirse impulsado a vivir de otro modo. Sentirla es entrar en una corriente que te arrastra hasta hacerte prójimo de los más alejados, porque lleva en sí el aliento de una revolución: la revolución de la ternura.

Un día, un doctor de la Ley le preguntó a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?». Y Jesús le respondió con esta parábola:

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verle, tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: “El que tuvo misericordia de él”. Díjole Jesús: “Ve y haz tú lo mismo”» (Lc 10,29-37).

Jesús sustituye la pregunta que se le había formulado, «¿Quién es mi prójimo...», por esta otra: «¿Quién se hizo prójimo de la víctima?». La noción de prójimo se invierte por completo. Antes de actuar, ya no tengo que preguntarme: «¿Quién es mi prójimo?» Soy yo quien debo acercarme al otro y hacerme prójimo de él. El prójimo no es ya el que me es próximo por tal o cual cualidad, por la sangre, la raza, la clase social o la religión... El prójimo es cualquier hombre al que yo me acerco movido por la compasión y la ternura. El Samaritano era un extranjero y, sin embargo, se

hizo prójimo del herido porque, lleno de compasión, se acercó a él para socorrerlo.

Este nuevo concepto de prójimo encierra todo el misterio de Dios tal como Jesús lo experimenta y lo vive en lo más profundo de sí mismo y tal como lo actualiza en el mundo: Dios, en su inmensa compasión, se ha acercado al hombre herido y se ha hecho prójimo del hombre para que éste, a su vez, se haga prójimo de sus semejantes. El Reino de Dios que Jesús proclama consiste esencialmente en esta nueva calidad de relación, atravesada por el aliento de la ternura de Dios para con la tierra.

Jesús decía a los discípulos: «Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellos se hacen llamar bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda como el que sirve...» (Lc 22, 25-26). Se alumbra aquí una nueva concepción del poder que entraña una nueva forma de vivir en común. Ha sido llamada a la existencia una nueva comunidad humana, inspirada toda ella por la nueva cercanía de Dios a los hombres, por el aliento de misericordia y ternura del Padre celestial. Una comunidad que excluye toda dominación en su seno y que será esencialmente una fraternidad: «Vosotros sois todos hermanos —dice Jesús— y uno solo es vuestro Padre celestial» (Mt 23,8b-9b). El poder ha de ser ejercido, pues, como un servicio a los hermanos. Y cada cual, con su actitud, dará testimonio a los demás de la misericordia y la ternura del Padre: se hará prójimo de los demás, sobre todo de los más débiles y de los más humildes.

En la sociedad antigua había dos categorías de seres humanos que apenas contaban para nada: las mujeres y los niños. La expresión «sin contar las mujeres y los niños», que aparece dos veces en Mateo (14,21; 15,38), refleja perfectamente la mentalidad de la época. Las mujeres y los

niños no se contabilizan, porque no cuentan para nada en la vida pública. Carecen de derechos civiles y constituyen, por decirlo así, una humanidad de segunda clase. La mujer era frecuentemente menospreciada, y siempre era dependiente. Reducida al papel de sierva o esclava del hombre, no se pertenecía realmente a sí misma; no tenía dignidad propia ni como hija ni como madre ni como esposa; estaba siempre a disposición del hombre.

Jesús, en cambio, mira a la mujer de otro modo: a la luz del Reino que viene. Por eso se muestra tan deferente y acogedor con las mujeres como con los hombres. Muy a menudo, no espera a que ellas le expresen su desgracia, porque él la adivina. Es el caso de la mujer que sufría continuas hemorragias desde hacía años y que se cura con sólo tocar por detrás la orla del manto de Jesús. Sea curándolas, sea perdonándolas, Jesús revela a las mujeres que Dios se ha acercado también a ellas, y que ellas son el objeto de su misericordia y su ternura.

¿No es éste el sentido profundo de la curación en sábado de aquella mujer encorvada que no podía enderezarse? Tampoco ella había pedido nada; pero Jesús la ve y se deja conmover por su desgracia y por su maltrecha dignidad. Llevaba dieciocho años con aquella enfermedad y estaba condenada a vivir mirando perennemente al suelo. Para la mentalidad de la época, la única explicación era que un demonio la tenía esclavizada. Pero Jesús, que viene a anunciar un mundo nuevo, no puede soportar todo eso por más tiempo, porque, además de la enfermedad física, ve también la condición de dependencia e inferioridad de la mujer. Aquella mujer encorvada es el símbolo de la mujer humillada por la dominación y el desprecio del hombre. Una vez curada y enderezada, se convierte, en cambio, en el símbolo de la mujer liberada y repuesta en su dignidad. Una dignidad que, para Jesús, es más sagrada aún que el propio sábado: «Y a ésta, que es hija de Abraham —

replica al jefe de la sinagoga, que se indigna por la curación—, ¿no estaba bien desatarla de esta cadena en día de sábado?».

Pero no es sólo a las hijas de Abraham a quienes Jesús acoge y libera. También lo hace con esa mujer pagana, de origen sirofenicio, que acude a él implorándole en favor de su hija, a la que Satanás no deja de atormentar. Aunque a primera vista Jesús parece rechazarla, alegando que no ha sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel y que no es bueno tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros, no puede contener su admiración cuando esta mujer, con absoluta humildad y confianza, le replica que también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Y Jesús la atiende inmediatamente (Mt 15,21-28; Mc 7,24-30).

Si Jesús, en contra de la práctica habitual, acepta a las mujeres en su entorno inmediato, no es simplemente por los humildes servicios domésticos que ellas pueden prestar a la comunidad apostólica (Lc 8,1-3). Su forma de mirirlas no tiene nada que ver con lo que era habitual en los hombres de su tiempo: las ve a través del Reino que viene, con una mirada liberadora, en el pleno sentido de la palabra. Lucas refiere un conocido episodio que es muy revelador a este respecto:

«Yendo de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude”. Le respondió el Señor: “Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada”» (Lc 10,38-42).

Se ha querido ver en estas palabras de Jesús una afirmación de la superioridad de la contemplación sobre la acción. Pero tales palabras tienen un alcance distinto. Toda la escena es un anuncio de la Buena Nueva, un anuncio liberador para la mujer. Marta se desvive por atender bien a su huésped; incluso se extralimita, porque Jesús no ha entrado en su casa como quien entra en un hotel o en un restaurante, únicamente para que le sirvan, sino también para aportar algo. Pero Marta, que no lo ha comprendido, no recibe a Jesús como portador de la Buena Nueva ni dedica el debido tiempo a escuchar la voz de quien viene de otra parte, como mensajero de la nueva cercanía de Dios. Lo que hace es recibirle de acuerdo con las normas habituales de hospitalidad, si bien con algo más de esmero. De este modo, obedece al ideal de la mujer tal como la sociedad lo ha definido: ama de casa, ciertamente, pero también, y por lo mismo, sierva y criada fiel del hombre. Marta pone su honra, sin duda, en el perfecto cumplimiento de ese papel. Es el prototipo de mujer encerrada en su condición de sierva.

Y se identifica de tal modo con esta condición que le parece anormal la actitud de su hermana, del mismo modo que le resulta anormal el silencio de Jesús, que no parece dispuesto a recordar a María sus deberes esenciales de mujer: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude...» ¿Se siente celosa Marta? Tal vez. Pero una cosa es cierta: para ella el lugar de la mujer está allí donde hay que servir.

Pues bien, Jesús no sólo no da curso a la petición de Marta, sino que le reprocha que su excesiva actividad le haga olvidarse de lo único necesario. No es que Jesús desprecie en modo alguno los humildes servicios domésticos; en otras circunstancias, él mismo se presentará como quien sirve a los demás a la mesa e invitará a los discípulos a seguir su ejemplo. Pero ahora, al reprochar a Marta su agi-

tado ir y venir, está invitándola a que no se deje absorber totalmente por ese papel con que la sociedad de los hombres tiende a identificar a la mujer.

Podemos ver aquí hasta qué punto Jesús mira a la mujer de un modo totalmente nuevo. De entrada, el Maestro se niega a encerrarla en su papel utilitario y doméstico, porque no considera a la mujer como un medio o un instrumento al servicio del hombre y de sus necesidades. Para él, la mujer no es una función, sino una vocación. Está llamada a existir por encima de esa condición a la que el hombre querría reducirla y que, de hecho, la convierte en su esclava. También ella está destinada a vivir a la luz del Reino, a experimentar la cercanía y la ternura de Dios, a nacer al mundo nuevo y a la libertad de los hijos de Dios. El acontecimiento que está produciéndose también le concierne directamente a ella. En suma, Jesús considera a la mujer a la luz del Reino que viene.

El reproche que dirige a Marta pretende despertarla a una nueva conciencia de sí, a esa parte de ella misma que trasciende infinitamente el papel y el lugar en los que la sociedad pretende confinarla y con los que ha acabado por confundirse. Jesús defiende a la mujer contra sí misma, apelando a lo mejor de su ser. En este caso, como siempre, viene a salvar lo que estaba perdido, a ofrecer a la mujer un espacio de libertad en el que pueda al fin existir como un ser que tiene una dignidad.

Se trata ciertamente de un camino de libertad. «María —dice Jesús— ha elegido la mejor parte». Nadie puede obligar a la mujer a existir de un modo pleno y auténtico, que es algo que requiere por parte de ella una opción, un compromiso, la afirmación de una libertad. «La mujer —escribe Simone de Beauvoir— no nace; se hace». María ha elegido existir de acuerdo con la parte más alta y más auténtica de su condición de mujer. Y este acto de libertad expresa ya todo su ser.



Camino de libertad, sí; pero también camino de gratuidad. Mientras Marta busca ser eficaz y se esfuerza por conseguirlo, María no hace aparentemente nada, sino que se limita a escuchar en silencio la Palabra; se contenta con crear un espacio en ella para el Reino que viene; acoge en su gratuidad la nueva cercanía de Dios que Jesús le revela. En suma, es totalmente receptiva y, a los ojos de Marta, totalmente pasiva. Sin embargo, es a ella a quien felicita el Maestro, porque, de las dos hermanas, es María la que se ha comprometido en la gran transformación del mundo, en el advenimiento del mundo nuevo y, por ello mismo, en el progreso de la conciencia hacia una más plena comprensión de sí, de los demás y del universo.

Y es que escuchar en silencio la voz que viene del Padre no consiste tan sólo en dejar que venga el Reino en su plenitud y experimentar la ternura de Dios, sino que es también, e indisolublemente, nacer a la mejor parte de uno mismo y comprometerse en la vía de una auténtica liberación humana. Por su misma gratuidad, la venida del Reino abre el horizonte a partir del cual el ser humano puede pensarse a sí mismo, no ya en términos de instrumento y de dependencia, sino de libertad y de dignidad. La nueva cercanía de Dios, con la infinita ternura que implica, se convierte en el fermento que hace crecer la conciencia del hombre. En esto reside la fuerza revolucionaria del mensaje de Jesús.

Es en el terreno de la relación de pareja, entre el hombre y la mujer, donde se manifiesta con más vigor esta fuerza revolucionaria de la ternura de Dios:

«Se acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, preguntaron a Jesús: “¿Está permitido al marido repudiar a la mujer?” Él les respondió: “¿Qué os prescribió Moisés?” Ellos le respondieron: “Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla”. Jesús les dijo: “Por vuestra dureza de

corazón escribió para vosotros este precepto. Pero desde el comienzo de la creación, Dios los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y los dos se harán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió, no lo separe el hombre”» (Mc 10,2-9; Mt 19,3-9).

Los hombres de la Ley han preguntado: «¿Está permitido?...» Pero Jesús no se deja encerrar en las categorías de lo permitido y lo prohibido. De entrada, se sitúa en otro plano infinitamente más allá de esta problemática. Se remonta a un vínculo más original que la Ley, a la fuente originaria: el amor creador. ¿No está él mismo inmerso en esa profunda corriente de afecto que, desde el principio, brotó del corazón de Dios y se extendió por el mundo con la creación de la pareja humana? En el principio era la ternura... Es a esta luz como Jesús ve a la pareja. El hombre y la mujer han sido creados a imagen de Dios para vivir juntos de la ternura de Dios.

Pero la dureza del corazón del hombre ha venido a estropearlo todo: «Por vuestra dureza de corazón escribió [Moisés] para vosotros este precepto». El hombre se ha salido de la corriente original, y por eso se pregunta: «¿Está permitido... o prohibido...?» Pero con Jesús todo vuelve a ser posible, porque él es la revelación de la ternura de Dios para con la tierra. Con él, el hombre y la mujer pueden recuperar los verdaderos comienzos, los del amor creador, y la pareja puede volver a ser, a imagen de Dios, la unidad de dos seres en la atmósfera de un «nosotros».

¿Fue entendida la enseñanza de Jesús en este aspecto fundamental? La observación de los discípulos es elocuente y profética: «Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse» (Mt 19,10). Efectivamente, si faltan la ternura y la misericordia, si el hombre no se deja ya arrastrar por la corriente del amor

creador, entonces el matrimonio no es más que un yugo insoportable. Y la dureza del corazón impone su ley: la ruptura.

Y entonces, dejando entrever otro modo de vivir la ternura de Dios, añade el Maestro: «Hay quienes no se casan por causa del Reino de los cielos» (Mt 19,12). Es la vía del celibato consagrado. A ejemplo de Jesús, habrá hombres y mujeres que no se casen para entregarse por entero al anuncio de la Buena Nueva. Con ello se abrirán al aliento de ternura universal que viene del Padre y serán testigos y portadores de ella ante los hombres.

En cuanto a la actitud de Jesús para con los niños, se inspira en esa misma profundidad creadora y es igualmente revolucionaria. Todos recordamos la escena evangélica:

«Le presentaban unos niños para que les impusiera las manos; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: “Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el reino de Dios como niño, no entrará en él”. Y abrazaba a los niños y los bendecía imponiendo las manos sobre ellos» (Mc 10,13-16).

Por lo general nos hemos fijado especialmente en el aspecto más conmovedor y afectivo de esta escena. Pero en la actitud de Jesús hay algo más: hay una nueva manera de considerar al niño. El gesto de los discípulos de apartar a los niños como si fueran seres importunos refleja con bastante exactitud la mentalidad de la sociedad antigua, en la que sólo contaba el adulto, mientras que el niño era algo insignificante y que no merecía el más mínimo respeto. Pero, curiosamente, Jesús no sólo pide que dejen a los niños acercarse a él, sino que les propone incluso como modelo. Hay una secreta afinidad entre el niño y el Reino de Dios. El Maestro es lo bastante lúcido para saber que el niño no es mera inocencia; pero lo que él ve y aprecia en

ellos es esa confianza innata que les hace ser abiertos y receptivos. ¡Ay de quienes, abusando de esa confianza, les desprecian y les escandalizan!, dirá Jesús en otra ocasión. ¿Puede afirmarse con más fuerza la dignidad del niño y el respeto que se le debe? También para los niños ha llegado el Reino; para ellos especialmente, porque el mismo Reino es niño.

Como se desprende de estos ejemplos, Jesús renueva nuestras relaciones humanas. El Reino de Dios, del que él es mensajero y que él mismo actualiza con su presencia, lleva en sí un principio nuevo de sociedad; sólo puede instaurarse haciendo que fluya por todo el cuerpo social el aliento de misericordia y ternura que viene del Padre. En realidad, sólo este aliento puede abrir cauce a un mundo más humano. A lo largo de la historia, ha habido naciones que han buscado la fraternidad por los caminos de una estricta justicia; pero, por no haber conocido la dimensión del perdón y la ternura, dichas naciones degeneraron en el terror. Para ser verdaderamente humana, la justicia debe dejarse penetrar y arrastrar por la misericordia y la ternura. Y la misión de los discípulos de Jesús consiste precisamente en insuflar en la multiforme red de las relaciones interpersonales y sociales, a la vez que la justicia, esa ternura y esa misericordia que constituyen el mensaje mesiánico del Evangelio.

Jesús no es un simple reformador que, en el marco del sistema religioso y político de su tiempo, se contente con corregir los abusos del mismo, sino que crea algo nuevo. Detrás de cada una de sus palabras está la fuerza silenciosa del mundo que viene. Y esta fuerza, que es la de la ternura de Dios, hace que se resquebraje el mundo viejo, del mismo modo que la savia del árbol agrieta el muro de hormigón.

Los evangelistas han consignado unas palabras de Jesús cuya fuerza liberadora no ha sido siempre debidamente calibrada por no haberlas entendido de una manera evangélica, es decir, a la luz del Reino que viene. Unos fariseos le preguntaron en cierta ocasión: «Es lícito pagar tributo al César o no? ¿Tenemos que pagar o podemos no hacerlo?» Pregunta insidiosa donde las haya, que obliga a Jesús a escoger entre la lealtad al poder, es decir, a las fuerzas de ocupación, y el favor popular. Jesús pide que le traigan una moneda de plata y dice: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?» Ellos le responden: «Del César». Entonces Jesús les dice: «Pues lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios» (Mc 12,14b-17). Solemos fijarnos especialmente en la primera parte de la respuesta de Jesús: «Lo del César devolvédsele al César», haciendo de ello el fundamento del deber de lealtad con respecto al poder político. Como si las palabras de Jesús fueran en este caso una especie de juicio salomónico que, con espíritu conciliador, tratara de establecer las normas de cohabitación de los dos poderes y las fronteras de los dos reinos. Pero nada hay más ajeno al pensamiento de Jesús.

Contrariamente a la interpretación más habitual, el meollo de la respuesta de Jesús se encuentra en la segunda parte: «Devolved a Dios lo que es de Dios». Y ésta es una palabra realmente liberadora; una palabra de Evangelio, no de moral política. La moneda que lleva acuñada la imagen del emperador pertenece al emperador; pero el hombre, que es imagen de Dios, pertenece a Dios. Dicho de otro modo: hay en el hombre una parte que no es de la competencia del César y su poder, una dimensión de trascendencia de la que ningún poder mundano puede disponer. En cuanto imagen de Dios, el hombre está directamente vinculado a Dios.

Estas palabras de Jesús sólo adquieren todo su sentido si se comprenden a la luz del Reino que viene. Significan

que el hombre, al acoger la nueva cercanía de Dios, obtiene la libertad de no dejarse acaparar ni anexionar, como si fuera una simple cosa, por ningún poder de este mundo. En lugar de poner el acento en el deber de subordinación al poder político, estas palabras pretenden, por el contrario, poner este deber en su lugar, sin por ello suprimirlo.

Detrás de cada palabra de Jesús está esa presencia inmediata de Dios, que se ofrece como una invitación a la libertad. Porque «los hijos son libres» (Mt 17,26).

## 12 El Reino y el tiempo

Al convertirse en mensajero del Reino de Dios, Jesús no soñó ni por un instante en fundar una secta o una especie de orden religiosa en Israel ni una comunidad de perfectos como la de Qumrâm, por ejemplo. Su mensaje se dirige a todos. Es a todo Israel a quien quiere convertir y congregar. Si afirma haber venido para las ovejas descarriadas, es precisamente porque espera poder reunir las a todas sin excepción. Su ambición es hacer de Israel, una vez convertido y congregado, el abanderado del nuevo pueblo de Dios.

La institución de los doce apóstoles es, a este respecto, un hecho altamente significativo. Los Doce representan simbólicamente las doce tribus de Israel, es decir, la comunidad de Israel en su conjunto. Esta institución, expresamente querida por Jesús, expresa perfectamente su intención de congregar en la gracia del Reino a la totalidad de Israel y confiar a éste el papel de liderar el nuevo pueblo.

Pero muy pronto, ante la incredulidad y la hostilidad crecientes de los responsables religiosos, Jesús tuvo que rendirse a la evidencia: el mensaje no prendía. Israel rechazaba la oferta que se le hacía. ¿Consideró Jesús, entonces, la posibilidad de un nuevo pueblo de Dios al margen de Israel, es decir, con la exclusión de los «herederos del Reino»? Su declaración en presencia del oficial romano, ante la fe de que este pagano daba muestras, daría pie para pensarlo:

«Os digo de verdad que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente a ponerse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, mientras que los hijos del Reino, serán echados a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 8,10-12).

La conclusión de la parábola de los viñadores homicidas va en el mismo sentido: «Por eso os digo: se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos». (Mt 21,43).

Pero, si hay que dar crédito a determinados exegetas, estos textos de carácter polémico serían añadidos de la comunidad primitiva, que vivía precisamente la ruptura con el mundo judío y tenía planteado el problema de la acogida de los paganos en su seno. La actitud de Jesús respecto del oficial romano habría sido interpretada en el sentido de una apertura del Reino al mundo pagano. ¿Habría que concluir de todo ello que el horizonte de universalidad fue totalmente ajeno a la visión de Jesús? Indudablemente, las cosas no son tan simples. Cuando el Maestro describe el juicio final, y ello al margen de todo contexto polémico, son todas las naciones las que son congregadas y expuestas a la luz del Evangelio; aunque parezca imposible, es a toda la humanidad a la que se ofrece la gracia del Reino (Mt 25,32). En este texto capital, la visión final que Jesús tiene del Reino desborda las fronteras de Israel y abarca el universo entero del hombre.

Sea cual sea, en último término, la perspectiva universalista de Jesús, una cosa es segura: a medida que se aleja la esperanza de una conversión inmediata de Israel en su conjunto, el Reino adquiere a sus ojos la dimensión del tiempo. Es verdad que el Reino de Dios ya ha comenzado, y Jesús no puede dudar, porque tiene la experiencia inmediata de ello en sí mismo, en esa cercanía radical de

Dios de la que él goza y que su presencia y su palabra actualizan en este mundo. Pero el Día definitivo del Reino está aún por llegar. «...mas de aquel día y hora nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mc 13,32). En lo sucesivo, el Maestro se dedica a abrir el espíritu de los discípulos a esta dimensión del Reino: el tiempo, la duración. Lo cual es tanto más necesario cuanto que la espera mesiánica por parte de muchos oyentes de Jesús se alimenta de las corrientes apocalípticas, muy extendidas por entonces en la sociedad judía, según las cuales la venida del Reino de Dios debe producirse de una manera inminente y fulgurante, a través de una conmoción verdaderamente cósmica. Jesús sustituye el apocalipsis por la lenta maduración del Reino, para lo cual enseña a sus discípulos a considerar a Dios, no ya como un mago que realiza los cambios del mundo a golpes de varita mágica y de acciones espectaculares, sino como un pacientísimo jardinero que confía en el oscuro trabajo de la semilla. Se trata de respetar el crecimiento de la vida, porque entre el tiempo de la siembra y el de la cosecha está, efectivamente, el tiempo del crecimiento, que es el tiempo de la paciencia de Dios: la moratoria de la gracia. Dicho tiempo es, por tanto, una dimensión de la gracia del Reino.

El hombre de la Buena Nueva debe entrar en este tiempo de Dios rechazando toda impaciencia y, sobre todo, no dejándose desanimar por la insignificancia de los primeros resultados:

«¿A qué compararemos el Reino de Dios o con qué parábola lo expondremos? Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra; pero, una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo pueden anidar a su sombra» (Mc 4,30-32).

Lo mismo sucede con el Reino, cuya apariencia es al principio absolutamente insignificante: un puñado de discípulos, de gente humilde y sin pretensiones. Pero, si esperamos y damos tiempo a que la pequeña semilla germine y grane, experimentará un enorme crecimiento, sin proporción alguna con sus humildes comienzos.

Por otra parte, ese crecimiento del Reino no depende del ajetreo de los discípulos, sino de la fuerza escondida que habita la Palabra:

«El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto lo admite, enseguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega» (Mc 4,26-29).

Lo importante, pues, es sembrar y saber esperar, confiando en la serena fuerza de la Palabra.

El hombre evangélico debe saber también aceptar las imperfecciones del presente e incluso la presencia abundante de la cizaña en medio del trigo:

«El Reino de Dios es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo y se fue. Cuando brotó la hierba y echó luego espiga, apareció entonces también la cizaña. Los siervos del amo fueron a decirle: “Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?” Él les contestó: “Algún enemigo ha hecho esto”. Dícenle los siervos: “¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?” Díceles: “No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero”» (Mt 13,24-30).

Ya en la parábola de la red que recoge toda clase de peces, Jesús había dicho que la diferenciación entre buenos y malos no se haría hasta el final de los tiempos (Mt 13, 47-50). En el decurso real del mundo, el bien y el mal se codean y se entremezclan. Los discípulos tienen que guardarse de soñar con el Reino como si se tratara de una sociedad perfecta que vaya a establecerse inminentemente y de manera definitiva. Conviene, pues, que se armen más bien de paciencia y de misericordia, porque es en medio de los conflictos del mundo donde crece el Reino.

A pesar de todos estos obstáculos, el Reino de Dios no sólo se desarrollará él, sino que hará que el mundo crezca con él: «[El Reino] es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo» (Lc 13,21; Mt 13,33). El crecimiento del Reino es solidario del crecimiento del mundo; no se desarrolla al margen de la historia de los hombres, sino dentro y en relación con todo cuanto los hombres hacen y buscan. Y sólo alcanza su verdadera dimensión haciendo progresar la conciencia de los hombres.

Pero ¿qué ocurre entonces, en esta perspectiva, con el Día definitivo del Reino? ¿Se ha alejado hasta el punto de perderse en lontananza? Para Jesús no hay ninguna duda: ese Día ya ha comenzado, pero se presenta escondido en lo cotidiano y se confunde con esa nueva cercanía de Dios que ilumina las profundidades del hombre. El Día luce ya en el corazón del mundo, pero lo hace como el fuego en la tierra antes de brotar incontenible por la boca del volcán. Es el futuro de la humanidad en el seno mismo de su historia.

## 13

### El hito decisivo

El primer anuncio de la Buena Nueva había tenido lugar a orillas del lago, en medio del entusiasmo popular. Las multitudes habían acudido y habían aplaudido, tanto más cuanto que la predicación del joven Maestro iba acompañada de curaciones sensacionales. De todos los labios había brotado la misma alabanza: «¡Un gran profeta ha aparecido entre nosotros: Dios ha visitado a su pueblo!» Y Jesús pudo creer por un instante que su palabra bastaría para arrastrar a todo el pueblo por el camino del Reino.

Pero el entusiasmo del comienzo duró poco. La unanimidad dio paso enseguida a la oposición y a la división en las filas de los oyentes de Jesús. Menos, ciertamente, entre la multitud de las gentes pobres y humildes que entre las clases privilegiadas y los jefes religiosos. Algunos volvían la espalda al nuevo profeta, porque era evidente que no respondía a sus expectativas: Jesús se negaba a encabezar un movimiento de resistencia frente al invasor romano, porque él no era el liberador que ellos esperaban. (Llegaría incluso a acoger a un oficial romano y a elogiar públicamente su fe). Por otra parte, las libertades que se permitía con respecto a la Ley, y en especial con respecto al Sábado, así como su actitud complaciente para con los publicanos y pecadores, le granjearon muy pronto la desconfianza, y más tarde el odio de los fariseos.

En sus cortas estancias en Jerusalén, Jesús pudo comprobar hasta qué punto los ánimos estaban soliviantados contra él. Alguna que otra vez tuvo incluso que huir y ocultarse para no ser lapidado (cf. Jn 8,59). Se le acusaba abiertamente de ser «agente de Satanás». Es cierto que las masas seguían acudiendo a su paso, pero ello no servía más que para redoblar la rabia de sus enemigos.

En esto, le llegó a Jesús la noticia del asesinato de Juan Bautista, a quien Herodes Antipas había hecho encarcelar y decapitar. Jesús amaba y admiraba a Juan, y la noticia le afectó profundamente. El Bautista no había escapado, pues, a la suerte de los profetas. Al mismo tiempo, le hicieron saber a Jesús, de buena fuente, que el propio Herodes estaba vivamente interesado en él y deseaba conocerle (Lc 9,9; 23,8). Los propios fariseos le pusieron en guardia abiertamente: «Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte». Y Jesús les respondió: «Id a decir a ese zorro: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana... Pero conviene que siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (Lc 13,31-33). De este modo, da a entender con toda claridad que está decidido a cumplir su misión hasta el final, que nadie puede atentar contra su vida mientras no haya llegado su hora y, finalmente, que es únicamente en Jerusalén donde debe jugarse la decisión última del pueblo con respecto a su mensaje.

Esta decisión de ir a Jerusalén es, sin lugar a dudas, el hito decisivo de la historia de Jesús, para el cual, como para cualquier judío, Jerusalén no es sólo la capital del país, sino «la ciudad del gran rey» (Mt 5,35), a la que estaba especialmente vinculado el destino de Israel. En adelante, es allí donde debe dar a conocer el mensaje del Reino de Dios. Y será también allí donde deberá morir. Porque Jesús no tiene ninguna duda al respecto: tampoco él podrá escapar a la muerte de los profetas. Mientras sube a Jerusalén,

sabe que está siguiendo un camino que habrá de llevarle a un encarnizado conflicto con las autoridades religiosas y políticas y que le aguarda un final violento.

Pero antes Jesús decide interrumpir su predicación a las multitudes y retirarse por un tiempo con sus discípulos al otro lado de la frontera, al sur del Líbano, en territorio pagano. No para huir de Herodes y ponerse a salvo, sino con objeto de prepararse para la nueva etapa de su ministerio, y también para, lejos de la multitud, tener ocasión de formar a sus discípulos y ayudarles a soportar los enfrentamientos que les esperan y su propia muerte.

Jesús, pues, abandona momentáneamente Galilea, no sin antes lanzar un último aviso a las ciudades ribereñas:

«¡Ay de ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que con saco y ceniza se habrían convertido. Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy. Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma que para ti» (Mt 11,21-24).

Estas invectivas muestran claramente que algo se ha roto en la relación del joven profeta con su pueblo. El mensaje no ha sido recibido, y Jesús constata su fracaso. En esta severa advertencia se deja oír el grito de un dolor infinito. Su fracaso no es sólo el de un hombre que se ha entregado en alma y cuerpo a su misión, sino también, y sobre todo, el fracaso de la infinita ternura del Padre. Y así es como Jesús lo vive.

Lejos de la multitud, y afectado todavía por su fracaso galileo, Jesús medita sobre lo que el Padre espera ahora de

él. Desde su bautismo por Juan en las aguas del Jordán, no ha dejado de proclamar por todo el país la venida del Reino de Dios. A la luz de su íntima relación con el Padre, ha repetido a todos los vientos que el Reino de Dios se había acercado, dando a entender con sus palabras y sus hechos que él mismo aportaba una presencia inmediata y totalmente gratuita de Dios, y que el Reino no era otra cosa sino esa cercanía inefable e insuperable, toda misericordia y ternura. Había multiplicado las señales en apoyo de sus palabras, a pesar de lo cual, había chocado contra un muro. Y allí, al final del camino, estaban preparando ya para él el peor de los suplicios.

En un primer momento, la perspectiva de tal muerte no dejó de inquietarle y turbarle profundamente. No fue sólo en Getsemaní donde Jesús experimentó la angustia ante la muerte. El evangelio de Juan refiere que poco antes se había visto turbado por la idea de su cercano suplicio: «Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero ¿si he llegado a esta hora para esto!...» (Jn 12,27). En este momento, Jesús ya ha comprendido y aceptado su muerte. Y, sin embargo, sigue sintiéndose agitado. No es difícil, pues, imaginar el estremecimiento que experimentaría cuando por primera vez tuvo clara conciencia de que se encaminaba directamente a una muerte cruel, infamante y maldita si se mantenía fiel a su misión.

Ese estremecimiento no le afectó únicamente en su sensibilidad, sino también, y más profundamente aún, en su comprensión del designio de Dios. ¿Cómo habría podido comprender sin más el sentido de semejante muerte? Ésta no sólo no formaba parte de un programa establecido de antemano, sino que incluso parecía totalmente contraria a lo que se le había encomendado anunciar; por eso era una especie de brutal mentís a su mensaje. Jesús, que había venido a revelar al mundo la nueva cercanía de Dios y su

inefable ternura para con su creación y que se había presentado como el testigo privilegiado de esa cercanía y de esa ternura, iba a ser condenado a sufrir el castigo de los impíos, el suplicio reservado a los que son rechazados y malditos de Dios. Y es que la muerte en cruz no era sólo un castigo bárbaro, sino que además, según la mentalidad judía, era también una maldición divina, el signo de la reprobación por parte de Dios, del alejamiento de su presencia y de la exclusión de su alianza y de su pueblo: «Es maldito el que cuelga del madero» (Dt 21,23). Y por eso es por lo que su muerte aparecería ante todo el pueblo como la negación solemne de todo cuanto había anunciado. A los ojos de todos, Jesús habría sido abandonado y excluido. ¿Cómo comprender y aceptar, entonces, semejante muerte? ¿Cómo seguir testimoniando la inefable cercanía de Dios en medio de la angustia y la oscuridad de semejante suplicio? Jesús podía perfectamente hacer suyas las palabras del Salmista: «¿Se habla en la tumba de tu amor, de tu lealtad en el lugar de perdición? ¿Se conocen en las tinieblas tus maravillas, o tu justicia en la tierra del olvido?» (Sal 88,12-13).

Conviene tomarse muy en serio la humanidad de Jesús, para quien no todo estaba claro de antemano. Dios no le había enviado a morir, sino a anunciar la Buena Nueva, el gozoso y alegre mensaje. Por tanto, tenía que dilucidar el sentido de esa muerte, que parecía insoslayable. Tenía que comprenderla para poder aceptarla.

Puede pensarse que su mirada interior asimiló muy pronto la nueva perspectiva que se le imponía, porque era evidente que aquella muerte se presentaba como consecuencia directa y parte integrante de su fidelidad a su misión, por lo que formaba parte también del designio de Dios. Pero ¿cómo y por qué? A sus ojos, seguía siendo algo oculto, misterioso e incomprensible. Por eso tuvo que aceptarla sin más, desde el principio, como un enorme mis-



terio, en un acto de fe y de obediencia. «Y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia», dice la Carta a los Hebreos (5,8).

No es imposible que la figura del Siervo perseguido y martirizado, que canta el profeta Isaías, fuera para Jesús, en aquel momento crítico de su vida, una especie de faro que le ayudara a acceder a la comprensión de su propio destino. Hombre de la Palabra, como él, el Siervo se veía reducido al silencio, maltratado, desfigurado y, finalmente, entregado a la muerte. Pues bien, es precisamente en el momento en que es colocado entre los impíos cuando, de manera misteriosa, se consuma su misión salvadora. A esta luz pudo comprender Jesús que su muerte, lejos de ser un fracaso y un mentís a su mensaje, sería, por el contrario, el punto culminante de su misión, testimoniaría la Buena Nueva mejor que cualquier palabra y revelaría y actualizaría, como jamás se habría atrevido a esperar, la cercanía absolutamente gratuita de Dios al mundo. Permitiendo ser incluido entre los malditos y los excluidos, Jesús haría presente a Dios allí donde todo grita su ausencia, llegaría a los más alejados y descendería a sus infiernos, donde aportaría la presencia inmediata e inefable y la ternura del Padre. Así, mediante su propio abandono, llevaría a Dios a los abandonados de Dios. En el corazón de la ausencia y de la noche, sería para todos, incluidos los malditos, la luz de la nueva cercanía de Dios.

Entonces comprendió Jesús que, sin esa muerte, todo el Evangelio no sería más que un juego o un maravilloso cuento de hadas. Sólo esa muerte podía aportar a la Buena Nueva la seriedad, la gravedad y la hondura del amor divino. Y sólo ella podía también agarrar a la humanidad desde abajo. Cuando Dios viene al encuentro del mundo a través de un hombre que Él mismo se ha escogido, su abrasadora cercanía acaba quemando a su mensajero; y la muerte violenta del elegido es como el relámpago anunciador de un

mundo nuevo. En adelante, Jesús anhelará su propia muerte como la hora bendita entre todas las horas; la hora para la que había venido: «He venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (Lc 12,49).

Confiándose al Padre, como el último de los pobres de Yahvé, no tiene la menor duda de que éste le levantará y le acogerá, más allá de todos los abandonos. «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no es un Dios de muertos, sino de vivos». ¡Con cuánta mayor razón el Padre, que ha puesto todo en sus manos, será para él quien le haga pasar de la muerte a la vida! Su rehabilitación manifestará que la graciosa voluntad de Dios de comunicarse a los hombres es más fuerte que todo, que nada podría detenerla y que, en consecuencia, está asentada definitivamente en el mundo.

Ahora Jesús ya sabe adónde va. Su muerte será el camino real del Reino. Lo cual no impide que, en determinados momentos, la turbación y la angustia sigan apoderándose de él: «Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustiado estoy hasta que se cumpla!» (Lc 12,50).

## 14

## El Reino y la Iglesia

Después de haber aceptado su muerte, Jesús tenía que preparar a los apóstoles y discípulos para ello y, además, formarlos en previsión de su partida. Quiere contar con ellos, en especial con los Doce, para proseguir su obra.

Por eso se aleja con ellos de la gente y se dedica a esta importante tarea. Y lo primero que hace es tranquilizarles, cosa que realmente necesitan, porque se sienten solos. «No temas, pequeño rebaño —les dirá—, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (Lc 12,32). La fe de los apóstoles y de los discípulos es ciertamente muy sincera, pero necesita ser reforzada y clarificada.

La tarea es delicada, porque los apóstoles y los discípulos comparten de hecho las ideas de su pueblo y de su tiempo en relación al Mesías y al Reino de Dios. Jesús se les ha mostrado como un enviado de Dios, y ellos, al constatar los milagros realizados por él y al oírle hablar con autoridad acerca del Reino, han quedado fascinados por el poder y la sabiduría del joven profeta, al que han seguido con la esperanza de que fuera a instaurar el Reino en la tierra. Y entonces han empezado a hacerse ilusiones: elegidos por Jesús, ya se veían a sí mismos ocupando los primeros puestos en ese Reino que imaginaban al modo de los reinos de la tierra. Los evangelios nos los muestran varias veces muy preocupados por saber cuál de ellos será

el más grande en el Reino, y la madre de Santiago y de Juan no duda en pedir abiertamente a Jesús ese privilegio para sus dos hijos.

¿Cómo hacer que esos hombres acepten y comprendan que aquel a quien ellos consideran como el Mesías y en quien ven manifestarse el poder de Dios, tiene que ser humillado, ultrajado y crucificado? ¿Cómo anunciarles todo esto sin debilitar el vigor de su fe? Jesús ya les ha dicho muchas veces que el Reino de Dios no es cuestión de privilegios y de honores, que el Evangelio no conduce al imperio, y que reinar con Dios no significa dominar a los demás, sino acercarse a ellos como el propio Dios se ha acercado a cada uno de nosotros: en la ternura y en la misericordia. Pero ahora hay que hacerles dar un paso más. ¡Y qué paso! ¡Se trata de decirles, nada menos, que la venida del Reino pasa por la más infamante de las muertes!

Imposible decírselo de sopetón, porque para ellos es absolutamente inconcebible que el Mesías de Dios, depositario del poder del Altísimo en orden al establecimiento del Reino, conozca la muerte, y menos aún la maldita e ignominiosa muerte en la cruz. Es inconcebible e inaceptable. Por eso Jesús trata, ante todo, de provocar en los Doce un impulso de fe incondicional en su persona.

Como todos los maestros de la palabra que tienen que hacer una declaración importante, Jesús comienza escogiendo el escenario. Se dirigía con los Doce y con algunos discípulos desde la región de Tiro hacia el este. Cerca ya de la frontera con Siria, ante ellos se alzaba majestuoso el monte Hermón, coronado de nieve. En aquel lugar, donde brotan las fuentes del Jordán, el panorama es de una enorme belleza, y a lo lejos puede divisarse Galilea. Allí se alza un antiguo santuario consagrado a los dioses de la naturaleza, mientras que sobre las primeras estribaciones de la montaña destaca por su blancura la ciudad recientemente

construida por Herodes Filipo en honor de Augusto: Cesarea de Filipo. Dos grandes ídolos reinan sobre aquel país pagano: la naturaleza y César, el dios de la vida y el dios de la política. Pues bien, éste es el lugar escogido por Jesús para hacer a los Doce la pregunta decisiva y provocar en ellos una confesión solemne de fe.

Mientras caminaban hacia una aldea próxima a Cesarea, Jesús les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» La pregunta puede parecer sorprendente en boca de Jesús, cuya predicación hasta entonces se había centrado por completo en el Reino de Dios. Él mismo se había puesto en un segundo plano frente a esta gran realidad cuya venida anunciaba y de la que ciertamente hablaba como de una presencia que le abrasaba por dentro, como de una nueva cercanía de Dios de la que él poseía el secreto. Pero de pronto hace que la atención se centre en su persona:

«“¿Quién dicen los hombres que soy yo?” Ellos le dijeron: “Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas”. “Y vosotros —les pregunta a quemarropa—, ¿quién decís que soy yo?”» (Mc 8,27-29).

La pregunta intimaba a los Doce a pronunciarse sobre la condición misma del mensajero de la Buena Nueva, sobre su fe en la persona de Jesús: ¿también para ellos no era más que uno de los profetas?

Tomando la palabra, Pedro le responde: «Tú eres el Cristo». Lo que significaba: «Tú no eres tan sólo uno de los profetas, sino aquel a quien los profetas anunciaron. Tú eres el Mesías». Jesús había conseguido lo que deseaba. Al reconocerle como el Mesías, Pedro acababa de testimoniarle, en nombre de los Doce, una confianza absoluta. Puede que esta fe mesiánica entrañara todavía muchas ambigüedades, pero no por ello dejaba de ser una adhesión sin reservas, una apertura incondicional.

Según Mateo, es en este momento cuando Jesús dice a Pedro:

«Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16,17-19).

Este texto, a juzgar por el carácter profundamente semítico del lenguaje, nos pone ante una antiquísima tradición. Algunos exegetas, sin embargo, se preguntan si estas palabras fueron pronunciadas por Jesús en aquel momento o si no habría que situarlas más bien después de la resurrección. Sea como sea, expresan algo esencial a su mensaje, porque conciernen al futuro de la comunidad que él ha reunido en torno a sí. Por supuesto que no hay que atribuir a Jesús una visión de la «Iglesia» en el sentido actual de la palabra; pero es innegable que se dirigió a los Doce como a un grupo diferenciado del resto de los discípulos y que, en previsión de su partida, les confió a ellos, y singularmente a Pedro, la responsabilidad de conducir al nuevo pueblo de Dios y de proseguir su obra.

Se ha hecho célebre la frase de Loisy: «Jesús anunció el Reino, y lo que llegó fue la Iglesia». En realidad, Jesús anunciaba a la vez la Iglesia y el Reino: la Iglesia para el Reino. El Reino es, sin duda alguna, la verdad última del Evangelio, del mismo modo que es la verdad última de la Iglesia, la cual, en cuanto institución, no es querida por sí misma, sino que está al servicio del Reino. Sin embargo, no por ello debemos creer que la Iglesia no sea más que una consecuencia humana y social del mensaje evangélico, y que lo único que propiamente anuncia Jesús es el Reino.

Previendo su cercano final, el Maestro pone las bases de la institución que tendrá por misión proseguir su obra. Gracias a la Iglesia, fundada sobre la fe de Pedro, el Reino de Dios seguirá siendo anunciado, y la nueva cercanía de Dios no dejará de ser revelada y comunicada a los hombres. Y esto, hasta el Día definitivo del Reino. Como tal, la Iglesia pertenece al misterio del Reino, del que constituye el primer brote en la historia del mundo. A ella le corresponde el papel de conducir al nuevo pueblo de Dios, papel que Israel se negó a desempeñar.

Después de la gira por Cesarea de Filipo, Jesús y los suyos volvieron a Galilea, donde se movían con gran sigilo, porque Jesús no quería que nadie se enterara de su presencia (Mc 9,30). Amparado en este anonimato, podía seguir instruyendo y formando a los apóstoles. Pero en esta tarea todavía quedaba por hacer lo más difícil. Apoyándose en la fe que Pedro le había testimoniado en nombre de los Doce, comenzó a enseñarles que era necesario que el Hijo del hombre sufriera mucho, que fuera rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, que fuera condenado a muerte y que resucitara a los tres días (Mc 8,31). Indignado por estas palabras y muy seguro de sí mismo, Pedro se llevó a Jesús aparte y se puso a recriminarle: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» (Mt 16,22). Para Pedro, el Mesías no podía correr semejante suerte: era algo no sólo impensable, sino propiamente sacrílego.

La réplica de Jesús fue inmediata y tajante: «¡Quítate de mi vista, Satanás... porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mc 8,33). Jamás se había dirigido Jesús a Pedro en ese tono. Sin duda, quería impresionar a Pedro y a los demás de tal modo que no lo olvidaran nunca. Pero la vehemencia de la respuesta permite ver también que Pedro, sin saberlo, había tocado una fibra del alma de Jesús sumamente sensible... y vulnerable.

«¡Tropiezo eres para mí!», habría dicho Jesús, según Mateo. ¿Acaso las palabras de Pedro tenían la virtud de reavivar en Jesús un secreto combate interior? Lo que parece innegable es que Jesús reconoció y desenmascaró en ellas la voz del Tentador, la misma que en el desierto había intentado apartarle de su misión. Y por eso las rechaza con tanta energía.

El grupo, con Jesús a la cabeza, ha reanudado su marcha silenciosa. Los Doce no han comprendido, pero no se atreven a preguntarle nada. Si el Maestro ha sido tan duro al responder a Pedro, se debe también a que no puede permitir por más tiempo que le sigan en la ambigüedad. Tienen que saber adónde les lleva y a qué se comprometen. Por eso, poco después de tan desconcertante incidente, Jesús les llama de nuevo junto a sí y les intima a que se decidan en favor o en contra de él:

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará... Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles» (Mc 8,34-35.38).

Palabras duras; pero es que no valen las componendas. Lo que Jesús pide a los apóstoles es realmente tremendo: les invita a abrazar el designio del Padre, como él mismo lo ha hecho. El discípulo debe estar dispuesto a arriesgar su vida por la causa del Evangelio. Lo que Jesús propone a los apóstoles es una inversión absoluta de su perspectiva. Pero este salto a lo desconocido sólo pueden darlo desde la confianza total en su persona y en la Buena Nueva: «Por mí y por el Evangelio».

Esta exigencia de la renuncia total y absoluta sólo puede comprenderse a la luz del gozoso mensaje. Por eso insiste Jesús en lo que tiene de único e inestimable el descubrimiento del Reino:

«El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquél. También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas y que, al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra» (Mt 13,44-46).

Sólo el descubrimiento del Reino, con la extraordinaria alegría que suscita, puede llevar al hombre al despojo supremo. La renuncia evangélica no es frustración: sólo puede nacer de una plenitud. Por eso, en esta fase decisiva, en la que se trata de llevar a los apóstoles y a los discípulos por el camino del sacrificio supremo, Jesús quiere revelarles un poco más el tesoro escondido, la perla preciosa del Reino, y hacerles entrever de algún modo el esplendor del mundo que viene, permitiéndoles ver la nueva cercanía de Dios tal como él mismo la vive en su relación íntima con el Padre.

## 15 Transfiguración

Unos días después del primer anuncio de su muerte, Jesús tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago y los llevó aparte a una montaña, donde se transfiguró en su presencia. «Mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó» (Lc 9,29). «Su rostro se puso brillante como el sol», dice Mateo (Mt 17,2). Sus vestiduras tenían también el esplendor de la luz; resplandecían como la nieve al sol. Todo su ser era pura luz.

Esta Transfiguración no debe entenderse como un simple cambio exterior, como un fenómeno maravilloso y mágico. Jesús no es ningún ilusionista que se dedique al espectáculo. Lo que los evangelistas expresan aquí, so capa de importantes símbolos como el sol y la luz, es una mirada de fe sobre el misterio de Jesús y del Evangelio.

El relato evangélico de la Transfiguración sólo nos entregará su secreto si renunciamos a saber lo que aquel día ocurrió realmente y cómo se desarrollaron los hechos. Sólo así podemos tener la esperanza de acceder al sentido profundo de lo que aquí se evoca. La Transfiguración deja entonces de ser un acontecimiento aparte en la vida de Jesús, una especie de «intermezzo» maravilloso, porque en realidad constituye una misma cosa con el anuncio del Reino; de hecho, es ese mismo anuncio, que de pronto se ilumina en su realidad más profunda a partir de lo que Jesús vive en su más estricta intimidad, en su relación con el Padre.

A lo largo de toda su enseñanza, y especialmente en las parábolas, Jesús había presentado el Reino de Dios poniendo el acento en su carácter oculto. El Reino viene, se ha acercado; pero no se manifiesta externamente de forma llamativa, no tiene nada de espectacular ni de sensacional. Está escondido, no en el misterio del más allá, sino aquí mismo. Oculto bajo el velo de lo cotidiano, se inserta en el desarrollo de la vida diaria como la levadura en la masa. Está presente en el centro mismo del mundo familiar de cada cual: el de las actividades de cada día, el de las penas y las alegrías de todos. A los fariseos que le preguntan por la venida del Reino y por los signos que permitirán reconocerlo, Jesús les responde: «El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: “Vedlo aquí o allá”, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros» (Lc 17,20-21). Por tanto, el Reino viene sin ser advertido por quienes sólo esperan señales extraordinarias y fantásticas.

Pero, aunque esté escondido en un presente absolutamente cotidiano y familiar, el Reino no es en modo alguno una realidad cotidiana y familiar. Es una cercanía enteramente nueva de Dios al mundo, una presencia maravillosa, inesperada, insuperable; una revelación de ternura que lo transfigura todo, de forma que quien la acoge puede decir con toda verdad: «¡Qué bueno es estar aquí...!» Con su venida, la existencia más ordinaria queda transfigurada en todas sus relaciones, penetrada y transportada por el aliento de misericordia y ternura que viene del Padre, a través de esa relación singular y única, toda intimidad, que Jesús mantiene con el Padre. Nada ha cambiado exteriormente. Sin embargo, todo se vive de manera diferente: a la luz del Hijo amado. De este modo, el anuncio del Evangelio es todo él transfiguración.

Pero todavía hay que dar un paso más para acceder plenamente al sentido de la Transfiguración tal como nos la presentan los evangelios. Ese poder transfigurador del

Reino actúa con su mayor fuerza precisamente allí donde está más escondido: en la experiencia del sufrimiento, de la humillación y de la muerte; en el corazón mismo del fracaso y el abandono. Los evangelios nos dicen que, en el momento de la Transfiguración, Moisés y Elías, aparecidos en gloria, conversaban con Jesús. Ahora bien, Lucas precisa que «hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén» (Lc 9,30-31). Nos encontramos en el corazón mismo del misterio. La subida de Jesús a Jerusalén, su sufrimiento y su muerte se encuentran como absorbidos en la luz de gloria que envuelve a Moisés y a Elías. Y a esa luz aparecen como el lugar privilegiado del Reino.

Al adentrarse por el camino de las tinieblas, Jesús va a llevar también allí la nueva cercanía de Dios y, junto con ella, el Reino, que allí estará más oculto que en cualquier otro lugar, pero cuyo poder transfigurador estará también presente como en ningún otro momento. Mediante su sufrimiento y su muerte, Jesús establecerá el Reino, no en un lejano país de ensueño, sino en el centro mismo de la condición humana más dura, más desfigurada, más inhumana. Llevará el hoy del Reino a todos los excluidos, proscritos y abandonados, a todos los crucificados. Y su presencia junto a ellos atestiguará que Dios les ha alcanzado en su propio abismo y que el Reino de la luz ha llegado hasta ellos.

En la historia del cristianismo occidental, el acontecimiento de la salvación ha sido pensado más a menudo en términos de liberación que de transfiguración. Sin embargo, la liberación traída por Jesús sólo se realiza verdaderamente mediante una transfiguración. Jesús deja al hombre con sus debilidades y sus sufrimientos, con su soledad y su muerte, pero transfigura todo ello asumiéndolo personalmente y haciendo de la condición humana más pobre el signo por excelencia de la nueva cercanía de Dios al mundo.

Esta visión de Jesús transfigurado, que permite ver cómo el destino del Reino se cumple en su muerte, sólo fue posible a partir de la Resurrección. Esto parece evidente. Pero el relato evangélico de la Transfiguración da a entender que la enseñanza de Jesús a sus apóstoles, en el momento en que se preparaba para morir, iba en este sentido. Así era como él mismo veía y aceptaba su «partida». Los apóstoles debían saberlo: las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de su Maestro, lejos de ser el fracaso del Evangelio y del Reino, serían, por el contrario, su realización plena.

Unos días más tarde, Jesús repitió a los suyos el anuncio de su muerte cercana. Esta vez ninguno de ellos protestó. No es que entendieran mucho más. Pero le seguían entristecidos, incluso aterrados y, a pesar de todo, confiados como niños.

## 16

## El Nombre y el Reino

A medida que se acerca el momento de su «partida», Jesús se implica cada vez en su mensaje y permite que su profundidad aflore al exterior de algún modo. ¿Cómo podría ser de otra manera, dado que es portador de la verdad del Reino, que es el objeto de toda su predicación y lo que él vive más hondamente en su relación con el Padre? No le es posible, pues, revelar a los discípulos el Reino sin iniciarlos, por poco que sea, en el secreto de su existencia.

Pero un secreto semejante no se divulga en la plaza pública, porque ninguna multitud, por entusiasta que sea, es capaz de recibirlo, y menos aún los escépticos y los incrédulos: «No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen» (Mt 7,6). Jesús reserva sus supremas confianzas exclusivamente para el reducido grupo de sus discípulos, para el pequeño y fiel rebaño.

Ahora bien, sólo puede desvelarles el secreto de su ser invitándoles a unirse a él en su relación con el Padre y a sumergirse también ellos en la corriente de la ternura divina. Y los discípulos le ofrecen la ocasión que él esperaba: un día, viendo a Jesús en oración, se le acercan y, cuando él termina de orar, uno de ellos le pide: «Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos» (Lc 11,1). Lo que en realidad querían decir era: «Enseñanos una fór-

mula de oración, una fórmula original, característica del grupo de tus fieles y que pueda servir de distintivo y signo de pertenencia para todos cuantos quieran seguirte». De hecho, en el tiempo de Jesús, cada grupo religioso tenía su propia fórmula de oración. Era una manera de descubrir su juego, de expresar su identidad y de asegurar la cohesión del grupo. Así ocurría con los fariseos, los esenios y los discípulos de Juan Bautista. Por eso, también los discípulos de Jesús quieren tener su fórmula de oración.

Pero para el mensajero de la Buena Nueva, que viene de estar inmerso en la maravillosa cercanía del Padre, orar no es exactamente lo mismo que recitar una fórmula. Ya antes les había dado a entender Jesús lo que era para él la oración: «Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará... No charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados...» (Mt 6,6-7).

Pero Jesús no se sustrae a la petición de los discípulos, sino que les enseñará, efectivamente, una fórmula. Pero a través de ésta les entregará también el secreto de su ser: les enseñará a llamar a Dios «Padre» como sólo él sabe hacerlo: como el Hijo. Les dará este poder, este privilegio, y de ese modo les asociará a su vida profunda, les hará partícipes de su gozo.

Entonces Jesús les dijo:

«Cuando oréis, decid:

Padre, santificado sea tu Nombre,

venga tu Reino,

danos cada día nuestro pan cotidiano,

y perdónanos nuestros pecados

porque también nosotros perdonamos

a todo el que nos debe.

y no nos dejes caer en tentación» (Lc 11,2-4).

Lucas y Mateo nos han transmitido, cada uno a su manera, la oración del Señor. La versión de Lucas, que acabamos de citar, es la más sobria y parece ser también la más cercana a la versión original. Una simple palabra sirve de introducción: «Padre». Seguramente, la palabra primitiva era el término arameo *Abbá*, que, efectivamente, es el término que, según Marcos, empleó Jesús para dirigirse a Dios en Getsemaní. Lo cual nos hace pensar que ésta era su manera habitual de invocar a Dios.

Cuando más tarde, convertido a la fe en Jesús, Pablo quiera caracterizar la oración cristiana, escribirá en su carta a los Gálatas: «...Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡*Abbá!*, ¡Padre!» (Gal 4,6). Si Pablo, que escribe en griego, cita la palabra aramea *Abbá*, lo hace, sin duda, por fidelidad a la tradición primitiva, y también porque considera que la traducción griega *patèr* no refleja del todo al matiz particular del término empleado por Jesús (cf. Rom 8,15).

La palabra aramea *Abbá* era un diminutivo que utilizaban los niños para llamar a su papá. Era, pues, una expresión infantil muy familiar y ajena a todo temor reverencial; era un apelativo de confianza y lleno de ternura. Cuando los apóstoles escucharon por primera vez a Jesús emplear esta palabra para invocar al Señor del cielo y de la tierra, debieron de quedar muy sorprendidos. Sería inútil buscar en las oraciones del judaísmo palestino precristiano un solo ejemplo de una invocación parecida. El término *Abbá*, aplicado a Dios, no aparece por ninguna parte. Y con razón: ¿qué judío se habría atrevido a llamar con este término infantil a Aquel cuyo Nombre era tres veces santo y cuya Gloria hacía temblar a los mismísimos Serafines? Ciertamente se llamaba a Dios «nuestro Padre» (*Abinou*, en hebreo; *Abunan*, en arameo) o, más raramente, «mi Padre» (*Abi*); pero nadie se habría permitido emplear un diminutivo tan familiar e infantil como *Abbá*.



Nos hallamos, pues, ante un lenguaje insólito, propio de Jesús, y que expresa una singular experiencia de intimidad con Dios. La palabra *Abbá*, en labios de Jesús, traduce una emoción nueva, asociada a su relación única con el Padre y que es expresión de su ser filial. En esta palabra queda todo dicho. El grito del niño pequeño rasga el velo del Nombre divino y le hace aparecer en la plenitud de su misterio, porque la verdad sale de la boca de los niños.

Este término, tomado del lenguaje infantil, es la luz que ilumina y expresa la verdad del Nombre. Al mismo tiempo, expresa la verdad del Reino, porque decir el Nombre significa abrirse al Reino que viene. «Si no cambiáis y os hacéis como los niños —dice Jesús—, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mt 18,3). Sólo los niños pequeños pueden decir *Abbá*; sólo ellos se atreven a pronunciar el Nombre. Y atreverse a pronunciarlo significa acceder a la dimensión interior del Reino, conocer la cercanía inaudita de Dios de la que goza el Hijo, el pequeño del Padre. Al decir a los discípulos: «Cuando oréis, decid: ¡*Abbá!*!», Jesús les está dando la contraseña que les permita acceder al Reino en el que el niño es rey. Aprender a llamar a Dios «¡*Abbá!*!», como lo hace el Hijo, será siempre lo esencial de la conversión evangélica. «¡*Abbá!*! es el grito del nuevo nacimiento. Se accede al Reino pronunciando el Nombre que sólo los pequeños saben y se atreven a pronunciar.

El Nombre y el Reino son las dos grandes realidades que dominan la oración de Jesús: «Santificado sea tu Nombre, venga tu Reino». Esta doble intención pertenecía a la liturgia judía. La santificación del Nombre y la venida del Reino eran el objeto de la oración con la que concluía el oficio sinagoga, el *Qaddish*: «¡Que sea glorificado y santificado su Nombre excelso en el mundo que él ha creado conforme a su voluntad! ¡Que Él instaure su Reino durante vuestra vida, en vuestros días y mientras viva la entera casa de Israel, que suceda pronto y en un tiempo

próximo...!» Jesús recoge en su oración estas dos grandes peticiones, y no puede dejar de impresionar el contraste existente entre la evocación de esas dos realidades sobrehumanas, el Nombre y el Reino, y la familiar invocación inicial «¡*Abbá!*!». Jesús se atrevió a realizar esa asociación, inesperada y propiamente inaudita, entre la exclamación del niño y la trascendencia del Nombre y del Reino. Y al hacerlo, proyectó sobre esta trascendencia una claridad hasta entonces desconocida. La conciencia filial es como un claro en el bosque donde, a plena luz, se realizan la santificación del Nombre y la venida del Reino, gracias a la nueva cercanía de Dios que Jesús trae al mundo y que se expresa por entero en la invocación «¡*Abbá!*!».

No es, pues, tan sólo una fórmula de pertenencia a un grupo lo que Jesús entrega a sus discípulos. Al concederles el poder de decir «¡*Abbá!*!», está invitándoles a unirse a él en su experiencia filial, a entrar en la intimidad del Padre.

Mateo, por su parte, comienza la oración del Señor no ya con la simple invocación «Padre», sino con una fórmula más amplia y solemne: «Padre nuestro que estás en los cielos...» ¿Acaso temía que la excesiva familiaridad del lenguaje infantil ofendiera a sus lectores de origen judío y oscureciera la grandeza soberana de Dios? ¿O tal vez quería subrayar a su modo la inefable novedad de que el Dios que reina en los cielos es exactamente el mismo al que podemos, con toda confianza, llamar «Padre»?

Esta fórmula inicial de Mateo tiene la ventaja de que confiere a la conciencia filial una dimensión comunitaria. Al llamar a Dios «Padre nuestro», los discípulos de Jesús expresan, a la vez que su relación filial con Dios, su consiguiente relación fraternal entre ellos. No se puede decir «Padre nuestro» si no es en la atmósfera de un «nosotros» fraternal, con un corazón reconciliado y decidido a vivir fraternalmente con los demás hombres. Decir «Padre nues-

tro» significa embarcarse en un «devenir» fraterno en el que la nueva relación de Dios con el hombre aparezca como la fuente de una nueva comunidad humana. ¿Acaso no es a esta luz como adquiere su sentido la segunda parte de la oración de Jesús? Todo va unido, efectivamente. Es imposible acceder a la intimidad del Padre sin formar con los hermanos la nueva comunidad de los hijos de Dios. Y ésta no puede construirse sino bajo el signo del pan compartido, del perdón recíproco y de la liberación del mal. Un pan, un perdón y una liberación que Jesús nos hace pedir como un bien comunitario.

Pasado algún tiempo, los discípulos iban a ofrecer a Jesús la ocasión de desvelarles de un modo aún más profundo su vida íntima y su propia oración. El Maestro les había enviado por delante a las aldeas por las que él tenía que pasar. Y cuando regresan, no caben en sí de gozo por el éxito alcanzado: «¡Señor —le dicen no sin jactancia—, hasta los demonios se nos someten en tu nombre!» (Lc 10,17). Era una alegría un tanto ingenua que contrastaba con el duro fracaso de la predicación de su Maestro en las aldeas ribereñas del lago. (Lc 10,13-15; Mt 11,20-24). Tras escucharles, Jesús les dice: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda potencia enemiga, y nada os podrá hacer daño; pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos» (Lc 10,18-20). Al decir esto, Jesús quería sin duda centrar la atención de los discípulos en lo verdaderamente esencial. Más que el éxito espectacular de sus exorcismos, era su elección divina, la gracia misma del Reino, en suma, la nueva cercanía de Dios, lo que debía constituir la fuente de su alegría.

Pues bien, en ese mismo instante, bajo la acción del Espíritu Santo, una profunda alegría invade el alma de Jesús, y de sus labios brota este himno de alabanza:

«Yo ten bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños.  
Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito...»

Y volviéndose a sus discípulos, añadió:

«Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Lc 10,21-22).

Nunca como en este momento había dejado Jesús traslucir de manera tan clara y nítida su íntima alegría y el misterio de donde ésta brotaba. Aquí se expresa todo su ser, no sólo en lo que se ha llamado la «Palabra de revelación», sino sobre todo en la misma alabanza, que es dirigida al «Padre, Señor del cielo y de la tierra». En el corazón mismo de su intimidad con el Padre, Jesús aparece totalmente invadido por la grandeza y la soberanía del Dios creador. Pertenece a la raza de los *pobres de Yahvé*, es decir, forma parte de esos humildes que saben adorar. Haríamos mal en oponer el Dios y Padre de Jesús al Señor Todopoderoso de la Biblia. Es sobre este trasfondo de grandeza bíblica como la conciencia filial se expande y adquiere todo su sentido. Al asociar la omnipotencia del Creador al grito del niño, de algún modo Jesús sitúa su conciencia filial en el corazón mismo de la obra creadora. ¿No es esta conciencia el sentido último de todo el universo, la que el «Señor del cielo y de la tierra» tenía en mente cuando creaba los mundos? ¿No es en función de ella —la comunicación gratuita de Dios al hombre— por lo que han sido queridos el cielo y la tierra? De hecho, esta conciencia filial es el colofón de toda la creación. Jesús está allí donde el mundo alcanza su plenitud. Su alabanza es la alabanza del universo, y su alegría responde al formidable latido que está en el origen de todas las cosas.

Sin embargo, el objeto particular de la alabanza de Jesús no es la grandeza y la soberanía del Dios creador, sino la preferencia que el Padre siente por los más pequeños. Otros cantaron en Israel la majestad divina. No es ésa, sin embargo, la gracia propia de Jesús, que alaba al Padre por haber «revelado estas cosas a los pequeños». Éste es propiamente el objeto de su alabanza. Pero ¿cuáles son «estas cosas»? ¿Quiénes son estos «pequeños»?

«Estas cosas» son los secretos del Reino. El Reino de Dios viene de una manera escondida, desconcertante. «El Señor del cielo y de la tierra» se acerca a los hombres a través del humilde artesano de Nazaret. Una cercanía inefable en una humanidad absolutamente ordinaria. Ahí está el secreto del Reino: un secreto totalmente desconcertante —y absolutamente inadvertido, a decir verdad— para los doctos y los poderosos. En Jesús, en contra de toda expectativa y a pesar de la insignificancia de las apariencias, Dios se ha acercado a su pueblo como nunca lo había hecho. Esto es lo que se les escapa a los sabios y a los prudentes, tan seguros de sí mismos y de su ciencia.

Pues bien, esto es precisamente lo que a Dios ha complacido revelar a los «pequeños». Estos últimos son los humildes, los pobres, por contraposición a los orgullosos, a los infatuados de sí mismos y de su saber. Sin embargo, no se excluye, según Lucas, que la preferencia divina que hace que se estremezca de gozo el corazón de Jesús sea aún más radical en su gratuidad. Los «pequeños», los *nepioi*, no recibirían la revelación divina en razón de su disposición moral o religiosa, sino que serían elegidos, simplemente, porque son ignorantes y porque tal elección hace que brille en todo su esplendor la absoluta gratuidad del don Dios.

Entre esta preferencia totalmente gratuita que se concede a los «pequeños» y la misión de Jesús existe un estrecho

y esencial vínculo. ¿No es él el «pequeño» por excelencia, el primero a quien se ha revelado el Padre en plenitud? Jesús es plenamente consciente de ello, lo cual le hace experimentar una inmensa alegría. Desprovisto de ciencia, ignorado por los sabios, rechazado por los doctos, es a él, sin embargo, a quien el Padre ha elegido. Por eso, al alabar a éste por haber «revelado estas cosas a los pequeños», también le da las gracias por haberle colmado a él con su revelación: «Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito».

Después, volviéndose a los discípulos, Jesús les dice: «Todo me ha sido entregado por mi Padre...» Así comienza la «Palabra de revelación». Por lo que aparece en los evangelios sinópticos, Jesús nunca se expresó tan abiertamente sobre sus relaciones con el Padre. Ahora, sin embargo, reconoce explícitamente que se encuentra cara a cara con el Padre, en una relación de transparencia. El Padre se le ha comunicado por entero: «Todo me ha sido entregado por mi Padre». «Todo», es decir, ese gran designio de amor que él tiene la misión de anunciar, pero también todo lo que él es, su mismo ser filial. De suerte que Jesús se sabe conocido por el Padre con un conocimiento que no pertenece más que al Padre, del mismo modo que él, a su vez, conoce al Padre con un conocimiento inmediato que no pertenece más que al Hijo: «Nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Según el exegeta Jeremías, las palabras de Jesús, tal como aquí son referidas, explicitarían una pequeña parábola primitiva en la que el Maestro habría evocado el conocimiento que un padre puede tener de su hijo y el que un hijo recibe de su padre. De este modo, Jesús habría dado a entender, con su peculiar utilización de las imágenes, que él conocía al Padre y podía revelarlo, porque éste «se lo había entregado todo». Por el momento, los discípulos no comprendieron el alcance de la parábola. Sólo lo compren-

derían a la luz de la Resurrección, tal como se afirma de manera explícita en los evangelios.

No faltan ejemplos en la Biblia de hombres que se acercaron a Dios y fueron admitidos a su intimidad. De Moisés, el propio Yahvé dice: «Boca a boca hablo con él» (Nm 12,8). Pero, a pesar de esta excepcional cercanía, el hombre seguía estando *frente a Dios*. Dios seguía siendo el Otro e incluso el Totalmente-Otro. El grito de aquellos hombres no lograba desvelar el Nombre, que seguía ocultando su misterio. Con Jesús es distinto, porque él no sólo es el íntimo de Dios, sino que sólo existe verdaderamente gracias a esa comunicación total que el Padre le hace de sí mismo. Y esa comunicación constituye su ser más profundo, hasta el punto de que él no se conoce ni se entiende a sí mismo si no es en relación con el Padre, en el interior mismo del misterio de Dios y como formando parte de él. La cercanía de Dios de la que él disfruta no tiene equivalente.

Pero Jesús tiene conciencia de que le han sido confiados la misión y el poder de revelar y hacer partícipes a los demás de esa cercanía única e insuperable. Entonces, lleno de alegría, se vuelve hacia los discípulos y les dice: «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron» (Lc 10,23-24). ¿Qué es lo que veían y oían los discípulos? Nada sensacional, por supuesto. Simplemente, veían y oían a un hombre falto de poder, de riqueza y de saber, pero que les hablaba de Dios como de su Padre, y lo hacía con tal sensación de presencia que todo su ser dejaba traslucir un amor y una ternura infinitos.

Este amor y esta ternura se reflejan en la invitación que, según Mateo, Jesús habría dirigido en aquel momento a los discípulos: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y

agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera» (Mt 11,28-30). Esta invitación responde plenamente al estilo de los sabios de Israel. Por otra parte, repite casi literalmente la lección del sabio Ben Sirá cuando invita al lector a entrar en la escuela de la sabiduría (cf. Sir 51,23.26-27). Y es precisamente en la sabiduría en lo que Jesús quiere también iniciar a los suyos. Una sabiduría cuyo secreto él conoce y que consiste en un sabroso conocimiento del Padre, no en un simple saber teórico, porque proporciona al hombre la liberación de todo cuanto le oprime: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré...» En el conocimiento del Padre se encuentra el secreto de la liberación del hombre, el cual nace a la verdadera libertad cuando accede a esa conciencia filial. En el Nombre del Padre está inscrito el nombre del hombre.

## 17

## El Día del Hijo del hombre

Jesús enseña ahora en Jerusalén. Todos los días acude al Templo y no duda en enfrentarse a sus adversarios respondiendo a sus preguntas, rechazando sus ataques y desenmascarando su hipocresía. Sin miedo ni arrogancia de ningún tipo, intenta además llevarles a la conversión. Pero su intento adquiere día a día un carácter cada vez más dramático: sabe que tiene los días contados y que las altas instancias ya han decidido su muerte.

Un día, propone la parábola siguiente:

«Era un propietario que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos labradores y se marchó lejos. Cuando llegó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. Pero los labradores agarraron a los siervos, y a uno le golpearon, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; pero los trataron de la misma manera. Finalmente les envió a su hijo, diciéndose: "Respetarán a mi hijo". Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: "Éste es el heredero. Vamos, matémosle y nos quedaremos con su herencia". Le agarraron, le echaron fuera de la viña y le mataron» (Mt 21,33-39).

Esta parábola permite constatar dolorosamente que, al igual que todos los enviados de Dios, también Jesús topa con la incomprensión y el rechazo. Pero él sabe perfectamente lo que le espera, y su condición de «Hijo» no

le va a ahorrar el mal trago. Al contrario, concitará mayores odios.

Jesús no deja de enseñar a sus discípulos mientras polemiza con los fariseos y los sumos sacerdotes, a los que habla especialmente del Día definitivo del Reino, que será también el Día de su regreso. Porque habrá de volver, pero esta vez como juez. Y Jesús insiste en la necesidad de velar y estar preparados. El discípulo debe ser un vigilante, un centinela, y no puede dejarse sorprender por el retorno del Maestro.

¿Cuándo será ese Día definitivo del Reino? ¿Será pronto? ¿Será tarde?... De ese Día y Hora, «nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mc 13,32). Lo importante no es conocer los tiempos y momentos que el Padre ha determinado, sino velar y estar preparados. ¡Dichosos los siervos a los que ese Día encuentre en actitud de servicio y con sus lámparas encendidas! ¡Dichosas las vírgenes prudentes que, aun en medio de la noche, estén preparadas para recibir al esposo y hacerle un cortejo de luz! «...Velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo regresará el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!» (Mc 13,35-37).

Y la mejor manera de prepararse para ese Día definitivo es hacer que fructifique la gracia del Reino. ¡Ay del siervo que sofoque esta gracia y no haga de ella el principio de una vida nueva! En cambio, dichoso aquel que la manifieste durante toda su vida y se convierta él mismo en testigo de la ternura de Dios en medio de los hombres.

Hay en esta enseñanza, tal como la refiere Mateo, una especie de «crescendo» que culmina en la evocación profética del Juicio final. Todo el mensaje de Jesús se encuen-

tra de alguna manera resumido y maravillosamente orquestado en esta página evangélica, en la que se adivina ya una luz de eternidad:

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los a unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque, tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme. Entonces los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?” Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”...» (Mt 25,31-40).

Esta evocación profética del Juicio impresiona sobre todo por su carácter solemne y universal: el Hijo del hombre regresa en gloria, escoltado por los ángeles, se sienta en su trono real, y ante él se congregan todas las naciones. Es él quien divide a la humanidad en dos partes. Y es él, finalmente, quien, en nombre del Padre, dispone del Reino de una manera absoluta: «Venid, benditos de mi Padre —dice a los elegidos—, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo». Este acto final, que tiene un alcance cósmico y en el que el universo adquiere su plena realización, desvela el sentido de la creación.

Es sobre este grandioso telón de fondo donde aparece el aspecto insólito del Juicio, el cual, efectivamente, pone de relieve la humanidad oscura y doliente del Hijo del hombre: una humanidad que se identifica con la de los hombres más desvalidos y necesitados. «Tuve hambre, y me disteis de comer...» De ahí el asombro de los elegidos: «¿Cuándo fue eso...?» En la respuesta del Juez supremo se percibe el verdadero meollo de toda esta página evangélica: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis». El verdadero juez, el que separa a unos hombres de otros y traza la frontera definitiva entre los elegidos y los réprobos, es el amor. Y un amor muy concreto: el amor que acude en ayuda de los hombres en su desgracia o en su necesidad. Es en este amor, y no en ningún otro, donde se juega el destino último del hombre. Resulta imposible ser objeto de la gracia del Reino sin abrirse a ese aliento de misericordia y ternura que ha movido a Dios a acercarse a nosotros y que debe llenarnos a nosotros de misericordia y ternura para con nuestros hermanos. Cerrarse a este aliento significa cerrarse también a la nueva cercanía de Dios.

Estamos ante una de las páginas más fuertes y revolucionarias del Evangelio. Lo que Jesús había dicho con anterioridad únicamente a los discípulos, lo extiende aquí a todos los hombres. Y esto vale incluso para quienes lo desconocen y jamás llegarán a conocerlo: el destino último del hombre, por lo que hace al Reino, se verifica en la relación con los demás hombres. «El hombre es sacramento de Dios para el hombre» (Ph. Roqueplo).

Jesús se presenta aquí como el heredero de los Profetas de Israel, de cuya enseñanza es continuador. Tanto para aquél como para éstos, la verdad religiosa del hombre, su relación con el Dios de la Alianza, pasa por la relación ética con el prójimo. Únicamente en la atención benevolente, misericordiosa y compasiva a su semejante, encuen-

tra el hombre a Dios. El Dios de la Alianza se revela en toda su santidad en el extranjero, el pobre y el oprimido. Al acoger al otro en su infortunio, el hombre se deja acoger a su vez por el Totalmente-Otro. Jesús hace suya esta enseñanza de los profetas, pero dándole una profundidad nueva.

Efectivamente, no se contenta con extender al máximo número posible de seres humanos la solicitud por el otro y por su infortunio, sino que se designa a sí mismo como el auténtico beneficiario de dicha solicitud sin límites. Se identifica con el más menesteroso de los menesterosos y afirma estar presente en el hambriento, en el extranjero, en el enfermo, en el preso..., hasta el punto de que lo que se haga con uno de éstos se hace con él mismo. Jesús nos entrega aquí la verdad última de su mensaje: una verdad que trasciende el significado moral que a veces se atribuye a este texto. Al identificarse con el más pequeño en su infortunio, el Maestro no se contenta con evocar «una especie de parecido externo y puntual entre él y el menesteroso, con el fin de suscitar la generosidad moral para con los más necesitados». Su intención va mucho más allá.

Conviene señalar, ante todo, que la identificación de Jesús con los más pequeños forma parte de una tradición antiquísima; de hecho, es un rasgo específico de su predicación, como lo muestra Marcos (9,37). El texto de Mateo, por otra parte, contiene «unos rasgos tan primitivos que es difícil atribuirlos a alguien distinto del propio Maestro» (T.W. Manson). Hay que ver, por tanto, en la identificación de Jesús con toda humanidad sufriente una revelación fundamental que ha de ser comprendida a la luz de su mensaje esencial. Jesús anuncia la venida del Reino de Dios, y lo hace a partir de lo que él experimenta en lo más profundo de sí mismo. Ahora bien, en él se ha acercado Dios al hombre de una manera tan radical que ha asumido nuestra propia humanidad. No una humanidad abstracta e intemporal,

sino la humanidad en su condición concreta, histórica. En Jesús, Dios ha asumido nuestra condición de debilidad, de sufrimiento y de muerte, ha hecho suyo el infortunio del hombre, de todo hombre, y ha convertido dicho infortunio en el camino de su acercamiento, en el lugar de su revelación, hasta el punto de que, cuando acogemos al menesteroso, en realidad es él quien nos acoge a nosotros. Nosotros creemos practicar la misericordia; pero es su misericordia la que nos precede, es su ternura la que viene a nosotros.

Francisco de Asís escribía en su Testamento: «...Me resultaba amargo ver a los leprosos, pero el Señor me condujo entre ellos, y yo les mostré mi misericordia. Y al volver de entre ellos, lo que me había parecido amargo se había transformado para mí en dulzura del alma y del cuerpo...» Besar a un leproso es siempre comulgar en la ternura del Padre. En Jesús se ha creado un vínculo indisoluble entre esta ternura y la desgracia del hombre, de suerte que aquélla viene a nosotros a través de ésta, y es imposible comulgar con la una sin comulgar con la otra. Quien cierra su corazón a la aflicción de su prójimo se excluye a sí mismo de la ternura del Padre, es decir, del Reino. Quien, por el contrario, abre su corazón a la miseria de su hermano hace que fluya en él a raudales la corriente de ternura que procede del Padre a través de la humanidad de Jesús.

Así pues, el juicio que proclama el Hijo del hombre no deriva de una decisión exterior al hombre, sino que únicamente refleja en qué se ha convertido el ser humano al acoger o rechazar la nueva cercanía de Dios que se nos ofrece, en Jesús, bajo los rasgos del hombre herido y maltratado.

## 18

## Última subida a Jerusalén

El clima en torno a Jesús se enrarecía de día en día. Los responsables religiosos de la nación le hacían vigilar, con la esperanza de encontrar en sus palabras o en sus obras nuevos motivos de acusación. Aguardaban la ocasión favorable para arrestarlo sin que se amotinaran las masas que acudían gustosas a escucharle. Sabiéndose espiado y acosado, Jesús quiso sustraerse a tan opresiva vigilancia, por lo que decidió alejarse de Jerusalén durante un tiempo. No quería caer en una emboscada. Él mismo se entregaría voluntariamente, pero sólo cuando llegara su hora.

Por eso interrumpió su estancia en la ciudad santa: «[Los judíos] querían prenderle, pero él se les escapó de las manos marchándose de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado antes bautizando» (Jn 10,39-40). ¿Qué lugar más favorable se le podía ofrecer en aquellos momentos que la otra orilla del Jordán, donde había escuchado la voz del Padre y había recibido su misión? Fue en aquel bendito lugar donde todo había comenzado. Jesús regresaba, pues, al lugar que tantos ecos del Padre despertaba en él y que, ante la proximidad de su muerte, le atraía irresistiblemente.

Se dirigió después a los confines del desierto de Judá, a una ciudad llamada Efraín, donde permaneció con sus discípulos, absteniéndose de moverse con demasiada libertad (cf. Jn 11,54). Es cierto que aún estaba a tiempo de escuchar el bullo, volver a su casa, renunciar a toda actividad y

dejar transcurrir el tiempo apaciblemente: todavía era joven y tenía toda la vida por delante. Pero ya había tomado una decisión y, a pesar de la angustia que en algunos momentos atenazaba su alma, estaba firmemente decidido a afrontar la muerte y a cumplir su misión hasta el final.

Por eso, al acercarse la Pascua, tomó valientemente el camino de Jerusalén, acompañado de sus discípulos. La primavera estaba en todo su esplendor: las amapolas teñían de rojo las suaves colinas, los almendros en flor difundían su penetrante aroma, Los trinos de las aves llenaban el aire, y en los caseríos y las aldeas, los niños, despreocupados de todo, se divertían jugando. La gente se preparaba alegremente para celebrar la Pascua en recuerdo de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Todo invitaba a vivir y a ser feliz. En cabeza del pequeño grupo, Jesús caminaba orando y meditando: dentro de unos días, sería arrestado, condenado, colgado de un madero, espantosamente torturado y expuesto, en la más absoluta desnudez, a las burlas de todos. Iba a morir como un impío, abandonado de Dios. Ése era el destino que le estaba reservado en aquella luminosa primavera. Y todo por haber querido dar a conocer al mundo la ternura del Padre.

Sin embargo, todo había comenzado con el alegre anuncio del Reino a orillas del lago. Una experiencia maravillosa. Dios se había acercado a los hombres como nunca lo había hecho, y Jesús, depositario de la revelación directa de esta cercanía divina, había querido compartirla con su pueblo como una inmensa dicha y una gran promesa de libertad. Todos estaban invitados al banquete mesiánico, del que nadie quedaba excluido. El Reino se ofrecía gratuitamente incluso a los más alejados y a los más indignos. Tal había sido la Buena Nueva en su frescor original. Y en apoyo de su palabra, Jesús había multiplicado los gestos de bondad y de perdón. El pueblo le había escuchado y seguido con entusiasmo, y la multitud se agolpaba a su paso,



como si de una verdadera fiesta se tratara, para oírle y aclamarlo. Por momentos, Jesús pudo haber creído que el reino de Dios se establecería así, por el mero hecho de su predicación.

Pero la exaltación de los comienzos se había venido abajo muy pronto. Jesús se negaba a ser el mesías nacional que algunos esperaban. Por otra parte, se tomaba demasiadas libertades con las observancias legales. Y, lo que era más grave aún, no podía anunciar la ternura del Padre sin implicarse a sí mismo, sin apelar a la fe en su persona y en el misterio que le habitaba. Se había presentado como aquel a quien el Padre se lo había confiado todo y que disponía del Reino con absoluta autoridad. Todo ello le había granjeado la hostilidad y el rechazo radical por parte de las autoridades religiosas, que le habían acusado de blasfemo. Se había convertido en el impostor, en el agente de Satanás: ¿acaso no se ponía en el lugar de Dios? Y como seguía seduciendo a las masas con sus milagros, era preciso hacerle callar a toda costa; había que eliminarlo; había que infligirle la muerte de los impíos, de los malditos. Y al verle de ese modo abandonado por Dios, su engaño sería manifiesto y reconocido por todos.

Jesús caminaba hacia Jerusalén confiando su causa al Padre. Nadie ha interpretado mejor que el evangelista Juan el diálogo íntimo de Jesús con su Padre mientras se acercaba la hora fatal:

«Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré: Padre, líbrame de esta hora? ¡Pero sí he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre». Vino entonces una voz desde el cielo: «Le he glorificado, y de nuevo le glorificaré» (Jn 12,27-28).

Incluso en su abandono, Jesús se confiaría al Padre y seguiría dando testimonio de la nueva cercanía de Dios. De este modo, su muerte sería el signo supremo para el mundo de la verdad indestructible e irreversible del amor del

Padre, la cual manifestaría que nada, ni siquiera la muerte, puede separar al hombre de ese amor infinito. Sería la afirmación clamorosa de la ternura del Padre en el corazón mismo del horror. Y la hora de las tinieblas se transformaría en la de la glorificación del Nombre.

El pequeño grupo se acercaba a su meta. Después de una breve estancia en Betania, reemprende la marcha, y enseguida llega al alto desde donde se domina toda la ciudad santa. De pronto, tras un recodo del camino, aparece Jerusalén, resplandeciente a la luz del día, produciendo en Jesús un escalofrío: Jerusalén, «la ciudad del gran Rey» (Mt 5,35), con su templo, sus palacios, sus casas y sus murallas, se extiende a sus pies. En aquel instante, toda la historia del pueblo de la Promesa pasa fugazmente ante sus ojos. Jesús no puede contener la emoción y se echa a llorar. Pero no es su propia suerte la que le arranca las lágrimas, sino la de aquella ciudad que, en la persona de sus dirigentes, se cierra al don de Dios y se entrega, ella sola, a la destrucción: «¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz...! Pero ahora está oculto a tus ojos... No has conocido el tiempo de tu visita» (Lc 19,42.44b).

Ahora el grupo desciende hacia la ciudad y, al llegar a Betfagé, Jesús pide que le traigan un asno para cabalgarlo. Los discípulos no lo entendieron entonces; sólo más tarde recordarán lo que había anunciado el profeta Zacarías: «¡Exulta sin medida, hija de Sión; lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno...» (Zac 9,9). A las puertas de la ciudad reina una gran animación. La inminente fiesta de la Pascua ha atraído a mucha gente a Jerusalén. Entre esa multitud, hay simpatizantes e incluso adeptos de Jesús; hay también hombres y mujeres que simplemente han oído hablar de él y de sus milagros y que desean verle, como esos griegos de los que habla el cuarto evangelio. Por eso, cuando se difunde la noticia de su lle-

gada, son muchos los que salen espontáneamente a su encuentro en un ambiente de fiesta. Cortan palmas y ramos de olivo y los agitan, a la vez que lanzan gritos de gozo. Quieren acoger al joven profeta en medio de la alegría popular. Y en el momento en que aparece Jesús montado sobre el asno y escoltado por sus discípulos, la multitud de simpatizantes se pone a gritar: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!...» (Mt 21,9). «¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!» (Mc 11,10).

En medio de estas aclamaciones mesiánicas, el improvisado cortejo entra en la ciudad. No es una marcha triunfal ni una exhibición de fuerza, sino más bien el humilde cortejo de la paz y de las Bienaventuranzas, que avanza en medio de un clima de fiesta pascual. Para Jesús, esta entrada resume todo su mensaje: ¿no es él aquel por quien viene el Reino y que hace realidad la cercanía de Dios en medio de su pueblo? ¿No es él quien trae al mundo la revelación de la ternura del Padre? A medida que avanza el cortejo, la ciudad se sobresalta a su paso: «¿Quién es?», se preguntan muchos; y otros responden: «Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea» (Mt 21,10-11). Los fariseos, por su parte, comentan entre sí: «¿Veis? No adelantáis nada; todo el mundo se ha ido tras él» (Jn 12,19). Finalmente, Jesús se dirige al Templo, y más tarde, al atardecer, vuelve a Betania con sus discípulos para pasar allí la noche.

## 19

### La semana más larga

Comenzaba la última semana. Una semana que Jesús no iba a terminar y que, sin embargo, sería para él la más larga de su vida. Una semana que él iba a inaugurar y a cerrar con dos grandes acciones proféticas que manifestarían el sentido que pretendía dar a su muerte. Dos acciones de muy diferente cariz: la una, pública y muy sonada; la otra, íntima, llena de sentido y de emoción.

La primera de ellas fue un verdadero golpe de efecto. Todos los días subía Jesús al Templo. Pero una mañana, al pasar por el atrio de los gentiles, uno de los patios contiguos a aquel santo lugar, se encontró en pleno mercado de animales, donde se vendían y compraban palomas, corderos y cabras para los sacrificios de la Pascua. Había mucho movimiento, porque cada familia quería tener un cordero para celebrar la cena pascual. Por otra parte, como la afluencia de peregrinos extranjeros era enorme, debido a la proximidad de la fiesta, había muchos cambistas que se entregaban frenéticamente a su actividad, reclamando la atención de la clientela. Se gritaba por todas partes, como sucede hoy en la Bolsa cuando prende la fiebre alrededor de los corros. Jesús llegó en el momento en que las transacciones estaban en su punto álgido. La algarabía era inmensa, y él no pudo soportarlo. Entonces, lleno de santa indignación, se puso a volcar las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, a la vez que a echar de aquel lugar a vendedores y compradores, dicién-

do: «¿No está escrito: “Mi Casa será llamada Casa de oración para todas las gentes”? ¡Pero vosotros la habéis convertido en cueva de bandidos!» (Mc 11,15-17; Mt 21,12-13).

Sin embargo, aquel mercado era legal y, aunque se excediera un tanto de los límites prescritos, cumplía una función necesaria en la religión judía, que ordenaba que cada familia de al menos diez miembros cenase el cordero inmolido para celebrar la Pascua. Sin embargo, ante aquel espectáculo cualquier verdadero profeta habría reaccionado como lo hizo Jesús. Es propio de los profetas poner en aprietos a los gestores de la religión oficial. En este sentido, el gesto de Jesús de oponerse al abuso del negocio de los cambistas y mercaderes tiene un doble sentido profético. Recuerda, ante todo, que lo que Dios espera de su pueblo no es la grasa y la sangre de los animales, sino el culto de un corazón puro y abierto a la justicia y la misericordia; que el verdadero sacrificio que agrada a Dios es que el hombre atienda al pobre, al extranjero y al oprimido.

Pero el gesto de Jesús tiene además otro sentido y de mucho mayor alcance. A escasos días de su muerte, es una manera de proclamar públicamente que todos los sacrificios del Templo quedan abolidos, porque ya no tienen razón de ser; que no eran más que símbolos y que deben desaparecer ante la realidad. El verdadero culto encuentra su pleno cumplimiento en el sacrificio que él mismo ofrece al Padre aceptando morir para testimoniar hasta el final la nueva cercanía de Dios a su pueblo.

Cuando los judíos, atónitos e indignados por su gesto, le preguntan: «¿Qué señal nos muestras para obrar así?», Jesús les responde: «Destruid este Santuario, y en tres días lo levantaré». Juan (2,19) es el único evangelista que refiere estas palabras en su relato de la expulsión de los mercaderes. Pero las mismas palabras aparecen también, en

Marcos y en Mateo, en el proceso contra Jesús ante el Sanedrín: «Nosotros le oímos decir: “Yo derribaré este Santuario hecho por hombres, y en tres días levantaré otro no hecho por hombres» (Mc 14,58). Esta base de acusación se convertirá en motivo de burla cuando Jesús esté crucificado: «Los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo: “¡Eh, tú, que destruyes el Santuario y lo levantas en tres días, ¡sálvate a ti mismo bajando de la cruz!”» (Mc 15,29-30).

Jesús no había dicho: «Yo destruiré el Templo...», sino «Destruid este Templo, y en tres días lo levantaré». Con ello anunciaba su muerte y revelaba su sentido. El Templo, que representaba para los judíos la morada de Dios en medio de su pueblo, era el signo tangible de su presencia y de su alianza; de ahí el importante papel que desempeñaba en el judaísmo antiguo. Las palabras de Jesús no iban dirigidas, pues, contra el Templo; lo que significaban era que todo cuanto el Templo representaba de sagrado para la conciencia religiosa de Israel iba a hacerse auténtica realidad con su muerte y su resurrección. En lo sucesivo, la verdadera morada de Dios en medio de su pueblo sería su cuerpo crucificado y resucitado. Jesús se designaba a sí mismo como el Templo nuevo, como el lugar de la nueva cercanía de Dios.

Los días siguientes los pasó Jesús enseñando en el Templo, y todas las tardes regresaba con sus discípulos a Betania, a casa de su amigo Lázaro. Durante sus idas y venidas, no dejaba de pensar en los apóstoles que le seguían y a los que iba a dejar solos y en el más absoluto desconcierto. Pero les tenía reservada una sorpresa, una invención de su corazón: pensaba realizar en su favor una acción profética muy distinta de la que había protagonizado en el Templo. Quería que dicha acción fuera a la vez íntima y luminosa, llena de ternura y de sentido, y pensaba llevarla a cabo durante la última cena que iba a celebrar con ellos.

Al expulsar a los mercaderes del Templo, la ternura se había transformado en violencia; ahora, la violencia se trocaría en ternura. De algún modo, pensaba representar su propia muerte, dándole todo su sentido: el de una vida que se entrega libre y totalmente por amor. Sería una acción desprovista de todo carácter apocalíptico y que tendría el sabor de las cosas sencillas y de los gestos ordinarios de la vida, como las parábolas. Consistiría, sencillamente, en la entrega del pan y del vino, con lo que Jesús expresaría la comunicación de Dios a los hombres a través de la entrega de su propia vida. De este modo, dicha acción, que prefiguraría su muerte, sería como el compendio de toda su vida y de su mensaje.

Los cuatro evangelios nos relatan lo sucedido aquella última noche. Pero lo hacen siguiendo tradiciones diferentes. Según una de ellas, de la que Juan es el principal testigo, la última cena fue una cena de despedida, durante la cual el Maestro, en un discurso preñado de gravedad y de afecto, dio a los discípulos sus últimas recomendaciones, citándoles en la casa del Padre y entregándoles su testamento espiritual con un gesto simbólico: el lavatorio de los pies. Para la otra tradición, de la que se hacen eco los sinópticos, lo esencial de aquella noche y de aquella última cena es una acción cultual: la institución eucarística.

Ambas tradiciones se refieren a un mismo acontecimiento: el don que Jesús hace a los suyos de su propia vida. Pero, mientras que la primera tradición subraya el compromiso existencial, la segunda se fija más en el aspecto sacramental. La primera habla de la realidad del don, del amor que llega hasta el sacrificio de la propia vida; la segunda refiere el rito encargado de significar esa realidad. La primera, al proponer como ejemplo el compromiso de Jesús, encamina a los discípulos, a través de la exigencia del servicio y del sacrificio, hacia la gran cita en la casa del Padre, hacia la comunión plena y definitiva; es decir, está

toda ella orientada hacia el Reino celestial. La segunda, por el contrario, al evocar el rito instituido por Jesús antes de morir, muestra al Señor presente ya en la comunidad actual con la eficacia de su sacrificio.

Aunque los evangelios sinópticos se centran en la segunda tradición, Lucas, sin embargo, asocia en su relato elementos tomados de las dos fuentes, presentando a la vez el aspecto existencial y el aspecto cultual de aquella noche memorable. A la luz de su relato, podemos intentar evocar lo que fue la última cena de Jesús con sus apóstoles, sin pretender una reconstrucción histórica imposible, porque el relato de Lucas es tan estilizado como los de Marcos y Mateo.

Al atardecer, Jesús se reunió, pues, con los suyos en la sala que los apóstoles habían preparado. Aunque no se puede afirmar con certeza que la cena se celebrara según el rito pascual judío, sí está fuera de toda duda, en cambio, que se desarrolló en un clima pascual y festivo. Jesús había invitado a los apóstoles a un banquete, porque quería celebrar solemnemente la última noche que iba a pasar con ellos. Dicho banquete sería, por tanto, su Pascua, que en lo sucesivo ocuparía para los suyos el lugar de la Pascua del Éxodo.

Entre los discípulos resulta palpable la preocupación, porque todos tienen la sensación de que el momento es decisivo. Pero he aquí que Jesús se pone a hablar e inaugura la comunidad de mesa con estas palabras: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios». Esta declaración marca el tono de la reunión. Con unas pocas palabras, Jesús hace partícipes a los suyos de los profundos sentimientos que le embargan en ese momento. No son sentimientos de tristeza ni de abatimiento, sino de gozosa esperanza. Desea ardientemente comer esta Pascua, que será

para él la última antes de que se cumpla plenamente en el Reino. Todo su pensamiento en este instante está orientado hacia ese cumplimiento. Y es en esta perspectiva escatológica de luz y de gozo en la que Jesús desea celebrar esta última velada y esta última cena.

A los discípulos que le ofrecen la copa (era costumbre, al comienzo de un banquete, presentar la copa al que presidía la mesa), les dice Jesús: «Tomad esto y repartiadlo entre vosotros; porque os digo que a partir de este momento no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios» (Lc 22,17-18); «...hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (Mt 26,29). «Con vosotros...»: los grandes hechos que Jesús entrevé en esta velada y que saluda y celebra de antemano de manera profética tienen una dimensión comunitaria; no le conciernen sólo a él, sino que interesan también a todos cuantos le siguen: «Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22,28-30).

En esta velada, todo el pensamiento de Jesús, todo su espíritu, está evidentemente polarizado y como iluminado por esta perspectiva final y gloriosa. El Reino de Dios —entendido y querido, a la luz de su relación íntima y única con el Padre, como una cercanía inefable e insuperable de Dios gratuitamente ofrecida a los hombres— ha sido la gran pasión de su vida. Nunca ha dejado de anunciarlo, pero, aparentemente, no ha tenido ningún éxito. Y ahora, en esta hora, frente a la muerte, cuando todo parece confabularse para aniquilarle a él y su mensaje, Jesús celebra con sus discípulos, en la acción de gracias, el triunfo pleno del Reino, que él ve definitivamente realizado, y por eso alza su copa brindando por ello.

Así es como Jesús se despidió de los apóstoles, dándoles a entender claramente su partida, pero expresándoles al mismo tiempo su plena confianza en Dios, su certeza de que, más allá de la muerte, habrá de participar un día con los suyos en el banquete celestial. De este modo, proclama su victoria sobre la muerte, el glorioso desenlace de su pasión. Jesús se marcha, sí; pero únicamente para hacer plena realidad el Reino que se le había encomendado anunciar e inaugurar.

Después de estas palabras, llenas de radiantes esperanzas, la cena se desarrolla en un clima de fiesta, conforme al protocolo judío para la ocasión, tal como se sigue celebrando hoy mayoritariamente en las familias israelitas. El señor de la casa pronuncia la bendición sobre el pan, que él mismo parte y distribuye entre los comensales. Pero Jesús, al realizar este gesto, dice a sus discípulos: «Éste es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros» (Lc 22,19). Con estas palabras totalmente inesperadas, confiere un sentido nuevo al gesto tradicional de la fracción del pan, haciendo de dicha fracción y del subsiguiente reparto el acto sacramental que prefigura su violenta muerte y revela el sentido de la misma. Es como si dijera a los discípulos: «No me contento con padecer esta muerte, sino que la acepto y la asumo hasta el fondo: el pan que os doy simboliza el don que hago de mi propia vida para que se realice plenamente el Reino, la comunicación de Dios a los hombres». Y al final de la cena, mientras ofrece la copa a los discípulos, les dice: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros» (Lc 22,20). Palabras grandiosas que evocan toda la historia del pueblo de la Alianza y manifiestan el cumplimiento de ésta; pero palabras también confidenciales que expresan el compromiso de toda una vida, a la vez que la confianza en el resultado final. Evidentemente, Jesús no va a morir en vano; su muerte va a realizar en plenitud la Alianza, la

comunión plena y definitiva de Dios con todos los hombres. Jesús está íntimamente convencido de ello y así se lo hace ver a sus apóstoles, y la copa que les ofrece es el signo profético al respecto. Lo que Jesús ofrece y celebra en este instante es ya el fruto salvífico universal de su muerte.

Este signo, efectivamente, no sólo anuncia, sino que además anticipa y hace ya presente y plenamente actual la gran cita final, la comunión maravillosa y definitiva. El banquete celestial ha comenzado, y el futuro viene, aquí y ahora, al encuentro del presente, convirtiéndolo en el hoy del Reino.

Jesús desea dejar a la comunidad de los discípulos este signo profético como un memorial que perpetúe en medio de ella todo lo que se ha vivido aquella noche. «Haced esto en memoria mía», dice a sus discípulos. Y al reproducir su gesto, la comunidad evocará su muerte y hará presente en su seno el don de Jesús, con su fruto de salvación y de inmortalidad; de este modo, la comunidad podrá comulgar ya en el acto definitivo, en la plenitud del Reino.

Pero al decir estas palabras —«Haced esto en memoria mía»—, Jesús no pide a los suyos únicamente que reproduzcan un rito, sino que les invita a seguir sus pasos, a comulgar verdaderamente en su entrega, haciéndose también ellos servidores unos de otros y dando la vida por sus hermanos.

De hecho, en el transcurso de la cena se había producido una discusión entre los discípulos acerca de quién de ellos parecía ser el mayor. Jesús, que les había escuchado, tomó la palabra y les dijo: «Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellas se hacen llamar “bienhechores”; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda como el que sirve. Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el

que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22,24-27). Estas palabras que Lucas pone en boca del Maestro en esta noche subrayan el aspecto existencial de la Pascua de Jesús: el signo de la venida del Reino y de la nueva cercanía de Dios no lo constituye únicamente un rito, sino unas nuevas relaciones entre los hombres: unas relaciones no ya de dominación, sino de servicio mutuo, en las que se revela la ternura del Padre. En Jesús, Dios se ha acercado a los hombres no como señor y dominador, sino como servidor y hermano de ellos.

Ahora, todo ha quedado dicho; se han hecho las despedidas; y después de cantar los salmos, como de costumbre, la pequeña comunidad sale y se dirige al huerto de los Olivos. Se está haciendo de noche, y mientras se adentran en la creciente oscuridad, Jesús dice a Simón: «“¿Simón, Simón!, mira que Satanás ha solicitado poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”. Él dijo: “Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte”. Pero Jesús le dice: “Te digo, Pedro: no cantará hoy el gallo antes que hayas negado tres veces que me conoces”» (Lc 22,31-34).

## 20

### El grito de abandono

«Era de noche», observa lacónicamente Juan (13,30b). Pero la noche no estaba únicamente fuera, sino que había invadido también el alma de Jesús. La perspectiva de la consumación del Reino, que había iluminado su espíritu durante la cena, se había desvanecido, dejándole solo, en medio de las tinieblas, frente al horror.

Llegados al huerto de los Olivos, Jesús dijo a sus discípulos: «Sentaos aquí, mientras yo hago oración...» Luego se llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y al poco empezó a sentir pavor y angustia. «Mi alma está triste hasta la muerte —les dijo—; quedaos aquí y velad» Y se hundió en la soledad de la noche para orar; y postrado en tierra, decía: «¡Abbá, Padre! Todo es posible para ti. Aparta de mí este cáliz...» En esta invocación, «¡Abbá!», se reflejaba todo su ser, toda su profundidad. El término arameo empleado aquí por Marcos (14,36a) era sin duda el mismo que solía emplear Jesús cuando se dirigía a Dios. Tomado del lenguaje de los niños, constituía una llamada de confianza y de ternura con la que Jesús expresaba su íntima y singular relación con el Padre. Pero en esta hora de tinieblas, ya no es en sus labios más que un grito de desamparo. Jesús suplica al Padre que le libre de la muerte, que no le abandone, porque sabe que lo que le aguarda es el abismo del horror. Su sensibilidad se exagera, y el miedo le hace pedir auxilio, pero su súplica se pierde en el silencio de la noche. Más allá, el grupo de los discípulos duerme...

Desde su bautismo por Juan, Jesús no había dejado de anunciar al pueblo la nueva cercanía de Dios. Y lo había hecho a partir de su experiencia íntima: a la luz de su relación con el Padre. Se había presentado a sí mismo como el que había sido enviado por el Padre para acercar a éste a los hombres, sobre todo a los más alejados. Y ahora se encuentra él mismo invadido por la sensación de la lejanía y la ausencia de Dios, como abandonado y arrojado a las tinieblas por Dios. ¿Dónde estaba el Padre? ¿Dónde aquella cercanía inefable? ¿Acaso no había sido más que un maravilloso sueño, inexorablemente desmentido por la dura y fría realidad? La ausencia del Padre es la agonía del Hijo; una agonía que mostraba hasta qué punto se sentía Hijo Jesús: no podía vivir sin el Padre, como no puede el pez vivir fuera del agua. De pronto empezó a sudar sangre. Y es que no habría sentido mayor tortura si le hubieran arrancado el alma.

Es la hora del silencio de Dios; la hora en que Dios deja al hombre ser hombre y decidir por sí mismo con toda libertad. Dios no le dicta lo que debe hacer, porque le toca al hombre asumir su propio destino y darle un sentido. Pero es también la hora en la que el hombre debe dejar a Dios ser Dios, en la adoración de su misterio. Jesús ha pedido al Padre que emplee todo su poder para salvarle de la espantosa muerte en la cruz y de la maldición inherente a semejante suplicio. De hecho, es la primera y la única vez que, en su calidad de Hijo, pide algo al Padre para sí. Sin embargo, no tarda en recobrar el autodomínio: «Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú». ¿Cuánto tiempo necesitó Jesús para rehacerse y recuperar su aliento filial? Su oración concluye con la entrega total de sí a la voluntad del Padre. Sólo encuentra fuerzas para aceptar la muerte considerándola como la voluntad del Padre, como un misterioso designio del Padre que él no tiene más remedio que cumplir. «El final de la oración vale más que el

comienzo», dice la Sabiduría; sin duda, porque al final de la oración el corazón del hombre ya no es el mismo, sino que ha cambiado, se ha aliviado, ha puesto en Dios su preocupación y su angustia. Ha recuperado la paz en una confianza absoluta. Lleno de esta confianza, Jesús se levanta y se dispone a entregarse a sus enemigos.

Los guardias de los sumos sacerdotes han venido a detenerlo de noche, en el huerto, lejos de la multitud. Después de un breve interrogatorio nocturno en casa de Anás, Jesús comparece ante el Sanedrín, reunido al amanecer. Todo el proceso es una parodia, porque la muerte de Jesús ya está decidida. Hay que salvar las apariencias legales y hacer creer al Procurador romano que, «según la Ley, Jesús debe morir». A lo largo de aquella noche, no se le ahorra al acusado ningún tipo de ultraje. Cuando el poder quiere acabar con un hombre, comienza pisoteándolo y machacándolo para arrebatarse toda apariencia de dignidad humana, tanto a los ojos de la sociedad como a sus propios ojos. Tiene que aparecer como un ser vil e indigno de compasión. Es lo que siempre han hecho los lacayos del poder.

Después de la condena a muerte por el Sanedrín, todo debía desarrollarse con rapidez: había que acabar con el asunto antes del sábado, que era «un día muy solemne» (Jn 19,31). Sólo quedaba por franquear un último obstáculo: obtener el aval del Procurador romano, que era el único que podía hacer ejecutar la sentencia de muerte. A primera hora del día, Jesús fue llevado, pues, ante el tribunal de Pilato, el cual, al ver al acusado, se sintió lleno de dudas. Dado que no le consideraba culpable de ningún acto que mereciera la muerte, trató incluso de soltarlo, después de haberle hecho flagelar. Pero acabó cediendo a la presión de los judíos y, para congraciarse con ellos, se lo entregó para que lo crucificaran.

A partir de este momento, la maquinaria de los verdugos se puso en marcha. Cargado con la cruz, Jesús fue conducido al lugar del suplicio, llamado Gólgota, donde le desnudaron y le clavaron en la cruz. Junto a él crucificaron a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda: suplicio especialmente bárbaro, en el que el condenado, clavado de pies y manos, muere lentamente de asfixia, colgado de la cruz. No hay más que una palabra para calificar este género de muerte: horror.

Después de tres horas de tortura, Jesús lanzó un fuerte grito: «Eloí, Eloí, ¿lamá sabaktaní?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Según Marcos, éstas fueron las únicas palabras de Jesús en la cruz. Poco después de haberlas pronunciado, volvió a lanzar un fuerte grito y expiró. Este versículo del salmo 22, que Marcos pone en labios del Crucificado, plantea una serie de interrogantes: ¿pronunció Jesús realmente estas palabras?; ¿cómo puede un hombre que muere por asfixia articular palabra alguna? Por otra parte, Lucas y Juan, que omiten estas palabras, refieren otras. ¿Hay que sumarlas a las de Marcos?...

Conviene hacer aquí una importante observación: los relatos evangélicos de la pasión y muerte de Jesús no son informes policiales ni artículos de prensa que relaten los hechos en sus más mínimos detalles. Son algo distinto de una mera información; son una presentación de la muerte de Jesús tendente a ofrecer una comprensión de fe de la misma. Y esto puede decirse ya de las más antiguas tradiciones que están en el origen de nuestros evangelios. Desde el principio, la muerte de Jesús ha sido referida con objeto de iluminarla desde el punto de vista de la fe. Esto era algo casi obligado, porque dicha muerte era una verdadera piedra de escándalo. No se trataba, pues, de describir exacta y materialmente todo lo que ocurrió aquel día, con el fin de satisfacer la curiosidad o incluso la piedad, sino de hacer



ver y comprender la muerte de Jesús como un acontecimiento que entraba en el plan de Dios y se insertaba en la historia de la salvación. Y la mejor manera de hacerlo consistía en presentar dicha muerte a la luz del Antiguo Testamento, recurriendo especialmente al lenguaje de los Salmos. Es innegable, por tanto, que la elaboración de estos relatos estuvo presidida por una intención teológica. Debemos, pues, entender las palabras de Jesús en la cruz, no como meras informaciones sobre sus últimos instantes, sino como una auténtica interpretación teológica del misterio de Cristo agonizante.

El relato de Marcos nos transmite, oculto bajo el velo del Salmo 22, la narración más antigua, sin lugar a dudas, de la muerte de Jesús. Es posible y hasta probable que, a nivel redaccional, Marcos haya considerado el grito de abandono como una palabra realmente pronunciada por el propio Jesús. Pero la importancia del grito de Jesús para la fe cristiana trasciende el problema de su historicidad. Lo importante, en efecto, no es el grito en sí, sino lo que dice y significa con respecto a la situación real, demasiado real, de abandono en que muere Jesús. Ahora bien, lo que tal grito dice y significa es, ante todo, que el suplicio de la cruz es un escándalo para la conciencia judía. Un escándalo, no sólo en razón del carácter particularmente cruel e infamante de esta muerte, sino también, y sobre todo, en razón de su significación religiosa. La muerte en cruz era considerada como una maldición: «Maldito el que está colgado de un madero» (Dt 21,23; Gal 3,13; Hch 5,30; 10,39). Morir colgado de un madero significaba ser rechazado por Dios, excluido de la Alianza, expuesto a los ojos de todos como objeto de la maldición divina. El grito de abandono clama este escándalo ante la situación de abandono religioso en que muere Jesús: «¿Por qué me has abandonado?» Sí: ¿por qué debo morir como un maldito?

Pero al escoger el versículo del salmo 22 para expresar este escándalo, el grito, y con él la tradición cristiana más antigua, hace ver que el abandono entraba en los planes de Dios, que formaba parte de la prueba del Justo, que incluso era el elemento esencial de dicha prueba y que, por consiguiente, lejos de contradecir la condición mesiánica de Jesús, la establecía y la ponía de manifiesto. De este modo, utilizando las Escrituras, y especialmente el lenguaje de los salmos de lamentación, la fe cristiana más antigua superaba el escándalo de la cruz, a la vez que daba la interpretación más auténtica del acontecimiento.

¿Cuál es, pues, esa verdad profunda que subyace al grito de abandono? Esa verdad sólo puede percibirse vinculando la última palabra de Jesús con todo lo que los evangelios nos refieren acerca de él. El ajusticiado que grita en la cruz su abandono por Dios es el hombre que durante toda su vida, e incluso en la angustiada hora del huerto de los Olivos, no ha dejado de llamar a Dios «¡Abbá!» (Padre) con la confianza y la familiaridad de un niño; el hombre que se sabía en una relación única de intimidad con Dios. Por eso, el Dios al que dirige su grito no es sólo el Dios de los justos perseguidos de la antigua Alianza; es el Padre, «su» Padre, con quien ha vivido en una comunión inmediata y radical y de quien ha recibido la misión de revelar a los hombres su graciosa y misericordiosa cercanía.

Es decir, que la experiencia de abandono que se expresa aquí con el lenguaje del salmo 22, aunque se refiere a la del justo perseguido de la Biblia, tiene otra hondura: está preñada de todo el contenido propio del mensaje de Jesús. El hombre que en la cruz grita su abandono es el mismo que tuvo la más intensa experiencia de la cercanía de Dios: una experiencia única e insuperable.

Es en relación con esta experiencia como el grito de abandono deja traslucir su mensaje. Un mensaje que es también un cumplimiento. Jesús muere abandonado en el sentido en que lo entendía la conciencia judía, es decir, apartado del pueblo de la Alianza, excomulgado, maldito de Dios..., en nombre de la Ley; muere como un impío, como un sin-Dios, arrojado a las tinieblas exteriores. Por eso se integra en el hombre universal, en su indigencia y en su alejamiento de Dios; se identifica con la humanidad perdida, condenada por la Ley. En el momento en que muere, está en el lado de los excluidos, de los abandonados de Dios, de los sin-Dios, a pesar de ser el portador y mensajero de la nueva cercanía de Dios. Muere, como dice la carta a los Hebreos, «fuera de la puerta», «fuera del campamento» (Heb 13,12-13). Era preciso que Jesús conociera y aceptara esta situación de rechazo y maldición, que se viera sumergido en ella, para que su mensaje apareciera a plena luz y encontrara su cumplimiento. La nueva cercanía de Dios a los hombres no se realiza, efectivamente, por la Ley, sino fuera de ella y con independencia de ella, en beneficio de todos cuantos se hallan bajo la maldición de la Ley. Esto es lo que proclama el grito de abandono lanzado por el Hijo. Con su abandono, Jesús entrega a Dios a todos los abandonados de Dios, inaugurando así una alianza nueva y universal que no se funda ya en la Ley, sino en la gracia. «Cristo nos rescató de la maldición de la Ley haciéndose el mismo maldición por nosotros... En él, la bendición de Abraham llega a los paganos...» (Gal 3,13-14).

Ciertamente, Jesús no buscó de manera deliberada la condición de excluido; pero la fidelidad a su misión le condujo a ella. Y cuando se le impuso, la aceptó con todas las consecuencias, por amor a Dios y por amor a los hombres, por fidelidad al Padre y por solidaridad con los seres humanos. Y al hacerlo, cumplió su misión y acabó de transmitir

su mensaje. Y es que, en el momento en que Jesús se deja contar entre los impíos y cae bajo la maldición de la Ley, entonces es cuando se encuentra más cercano a la humanidad perdida y, al mismo tiempo, más abierto a Dios. En el corazón mismo de su abandono, Jesús está a la vez más unido a Dios y más unido a los hombres, reuniendo así a Dios y al hombre, dando a Dios al hombre, y al hombre a Dios. «Es precisamente en la solidaridad con el mundo de los pecadores, vivida en el abandono de la cruz, como se suprime la distancia respecto de Dios, porque en ese instante Jesús es, más que nunca, apertura total a Dios»<sup>1</sup>. Nunca estuvo Jesús tan cerca de Dios ni tan abierto a su acción como en el momento en que, por amor, acepta llegar hasta el fondo de la situación del hombre sin Dios. «La comunión con Dios no se restableció, pues, en virtud de un juicio divino que castigara a Jesús en lugar de castigar a los pecadores, sino porque el Hijo encarnado llegó hasta el fondo de la miseria humana, y a partir de entonces —desde el instante en que entra como hombre en el seno de la Trinidad— se encuentra junto a todos los que están lejos de Dios»<sup>2</sup>.

La Buena Nueva culmina, pues, en la cruz. Al aceptar morir entre los malditos y los sin-Dios, Jesús manifiesta que la nueva relación de Dios con los hombres se realiza allí donde todo grita su ausencia, y ello en la más absoluta gratuidad. Jesús se convierte así en el mesías de todos. «En adelante, todo hombre podrá reconocer, cualquiera que sea su situación de alejamiento de Dios, el rostro del Cristo abandonado», en el que se le ofrece la nueva e inefable cercanía de Dios. ¿No es éste el sentido profundo de las pala-

1. G. ROSSÉ, *Jésus abandonné*, Paris 1983, p. 132.

bras que, según Lucas, dirige el Crucificado a uno de sus compañeros de suplicio: «Yo te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso?»

El grito de abandono es de una profundidad tan insondable que jamás dejará de interpelarnos, y su sentido estará siempre por descubrir. Por eso, después de todas las explicaciones que puedan darse en el plano exegético y teológico, al final lo que conviene es callar y dejar que resuene en el silencio interior el gran interrogante que cae de la cruz con todo su peso de oscuridad y misterio: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Hay que dejar que resuene ese grito, ese «¿por qué?», en su noche humana, en su silencio. Y sentirlo únicamente como un enorme desgarró. Sólo entonces podremos entrever la profundidad con que el Hijo del hombre ha asumido la condición humana: llegando hasta el fondo de la noche de nuestras dudas y nuestras preguntas, hasta el fondo del silencio de Dios. Ese grito sin respuesta le hizo ser verdaderamente uno de nosotros. En ese instante, también él vivió la relación con Dios como una especie de ausencia, y puede afirmarse que entonces se puso por entero de nuestro lado, se unió definitivamente a todos cuantos se debaten en las tinieblas y descendió a nuestros infiernos. A partir de entonces, ya no es posible decir que no llegó lo bastante abajo como para encontrarse con nosotros, porque no hay humillación, sufrimiento ni abandono que él no haya conocido y del que no haya hecho, con su presencia, lugar privilegiado de la cercanía de Dios. Evidentemente, era necesario que el Hijo amado muriera en la noche del más profundo abandono para que su resurrección fuera realmente la resurrección de todos. Jamás estuvo tan cerca del hombre, ni estuvo tampoco nunca más cerca de Dios. Jamás acercó tanto a Dios al hombre...

Ya todo se ha consumado. Después del «gran grito», el silencio volvió a reinar sobre el Gólgota. Pero «ese silencio al que Dios se retiró» se convirtió en el lenguaje de lo inaudito.

Más tarde llegó José de Arimatea con el sudario, bajó el cuerpo de la cruz, con la ayuda de Juan, y lo depositó no lejos de allí, en un sepulcro excavado en la roca, mientras caía la tarde y empezaban a encenderse por toda la ciudad las primeras luces del sábado.

## 21 Secreta resurrección

«Secreta resurrección»: me gusta esta alianza de palabras que encontré en Pascal. La resurrección de Jesús es secreta, porque se realiza sin testigos, durante la noche; secreta como los grandes comienzos, como los manantiales, como la misma acción creadora. No es el fulgor del mediodía, sino el despuntar de la aurora, la luz virginal del alba.

La resurrección es secreta, además, porque no se impone desde fuera, como un acontecimiento que todo el mundo puede ver y constatar. Es un chorro de vida que fluye por dentro. Aunque la televisión hubiera estado allí, no habría podido filmar nada.

«Secreta resurrección», porque es un misterio religioso que sólo entrega su secreto al revelar el de la cruz. La resurrección de Jesús no es un simple retorno a la vida, como pudo serlo la de Lázaro. El Señor no vuelve a la vida anterior a su pasión, como si no hubiera sucedido nada, como si no hubiera muerto. El Resucitado no se deja encuadrar en el marco ya conocido del pasado.

La resurrección no es la negación de la cruz ni una revancha de ésta, sino que, por el contrario, proclama a gritos que Dios estaba con el Crucificado incluso en su abandono; que la cruz, lejos de ser un fracaso, es el triunfo de un Amor más fuerte que la muerte. Por eso el Resucitado no tiene otra cosa que mostrar que sus llagas. Y las muestra como la manifestación de la gloria de Dios. Sin la cruz,

sin las llagas, podríamos hablar de la gloria de Dios, pero no sabríamos lo que significa esta palabra. Porque la gloria de Dios es el esplendor de su «Agape», y la resurrección de Jesús es la manifestación de esa gloria, pues nos hace ver en el Crucificado la gran teofanía de la historia, la altura y la profundidad del Amor divino.

Hay una manera de concebir la resurrección de Cristo que vacía ésta de su sentido. Recuerdo haber leído en un artículo la siguiente reflexión: «Ya es hora de que vivamos su resurrección, no tanto su crucifixión. En su gran mayoría, los cristianos y los creyentes en Dios ya no desean la sombra de una cruz que les abrumba, sino que quieren creer en un Dios vivo». No estoy seguro de que la persona que escribió estas líneas hubiera comprendido debidamente ni el misterio de la cruz ni el de la resurrección, porque muerte y resurrección son las dos caras de un mismo y único misterio. Privilegiar la cruz sobre la resurrección ha sido un error frecuente en el pasado. Pero no deberíamos caer hoy en el error contrario. No se puede comprender la resurrección de Cristo al margen de la cruz, porque en el corazón mismo de aquélla emerge necesariamente el sentido de ésta como algo esencial a la experiencia pascual y como lo único capaz de transformar el escándalo en misterio de vida y de amor. Creer en la resurrección es descubrir la cruz gloriosa.

Ni la tumba vacía ni las apariciones del Resucitado habrían bastado para liberar a los discípulos de su miedo y su desesperanza y hacer nacer en ellos la fe en la resurrección de Jesús, como se deduce perfectamente de sus primeras reacciones: cuando, en la mañana de Pascua, las mujeres descubren el sepulcro abierto y vacío, se limitan a decir: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto» (Jn 20,2). «Se lo han llevado...»: es la reacción natural. Ni por un instante se les ocurre la posibilidad de una resurrección. Y cuando, finalmente, en el

huerto, María Magdalena reconoce a Jesús, todavía no le acoge realmente como resucitado; de hecho, su primera reacción es tratar de retenerlo y devolverlo a su marco habitual, conocido, seguro. Como si, después de una horrible pesadilla, de pronto volviera a encontrar, sin más, al Cristo de ayer, al que ella había conocido y amado. Y el mismo tipo de reacción se percibe en los discípulos de Emaús, que reconocen y dan fe de los hechos —la tumba vacía y las apariciones—, pero no creen todavía. Y es que la resurrección del Señor no es un hecho que se imponga únicamente desde fuera. Y si los discípulos acabaron creyendo, si vieron y reconocieron al Resucitado, fue porque Jesús les abrió la inteligencia y les permitió superar el escándalo de la cruz haciendo emerger ante sus ojos el sentido de ésta.

El relato de Lucas que narra la aparición del Resucitado a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) tiene un valor ejemplar para la comprensión de la experiencia pascual, porque nos la hace ver en su estado naciente, a partir de la noche de la desilusión y de la duda, y por lo mismo nos descubre lo que fue la resurrección para los primeros creyentes.

Dos discípulos regresaban a su casa, en la aldea de Emaús, después de las fiestas de la Pascua. Mientras caminaban, conversaban sobre los acontecimientos que acababan de producirse en Jerusalén, intercambiando abiertamente su tristeza y su desencanto. Para ellos, todo había terminado. Habían puesto su esperanza en Jesús de Nazaret, pero las hermosas perspectivas del Reino habían terminado en el más doloroso de los fracasos. Ahora daban la espalda a Jerusalén, donde su Maestro acababa de ser crucificado como un malhechor y un maldito. Para ellos, como para los demás discípulos, había sonado la hora de la dispersión. Volvían a su soledad y a su noche, arrastrando los pies y sumidos en la amargura y la vergüenza.

Mientras discutían, un desconocido les dio alcance y, uniéndose a ellos, les preguntó: «¿Qué conversación es esa que os traéis por el camino?» Sorprendidos y con cara de pocos amigos, se detuvieron en seco, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?» «¿Qué cosas?», preguntó el desconocido. Y ellos repusieron:

«Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron».

Esta conversación, que va a desembocar en el reconocimiento del Resucitado, nos permite acceder a la dinámica de la experiencia pascual y vivir sus diversos momentos, desde su tímido nacimiento hasta su plena eclosión.

Los discípulos comienzan recordando su encuentro prepascual con Jesús y la esperanza que despertó en ellos. Y en realidad no puede haber experiencia pascual sin el recuerdo de ese primer encuentro. Ahora bien, éste conlleva dos aspectos: uno de luz, y otro de sombra. Lo primero fue el encuentro exaltante con un «profeta poderoso en obras y palabras delante Dios y de todo el pueblo»; un encuentro que hizo que los discípulos quedaran irresistiblemente conquistados y fascinados por el poder de vida que emanaba de Jesús cuando curaba a los enfermos y enseñaba a las multitudes. Aquello había sido para ellos el

punto de partida de una inmensa esperanza: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel...» A sus ojos, Jesús era el profeta liberador por excelencia, hasta el punto de que les recordaba al más grande de todos los profetas, Moisés, el primero de quien se había dicho que era poderoso en obras y en palabras (cf. Dt 34,10-12). Y, lógicamente, esperaban que Jesús de Nazaret habría de llevar a buen término la liberación comenzada por Moisés.

Ahora bien, esta esperanza —y entramos ahora en el segundo aspecto del encuentro prepascual— chocó con el absurdo de la muerte de Jesús; y el choque hizo que se quebrara en pedazos. Los dos discípulos se hallaban todavía bajo la impresión de aquella muerte en cruz que las autoridades religiosas y políticas habían infligido a su Maestro. Una muerte que para una mentalidad judía sólo podía experimentarse como una maldición divina. Verdaderamente, no comprendían nada; se encontraban en la más absoluta oscuridad. El profeta «poderoso en obras» no había sido capaz de escapar a semejante muerte. Era como si Dios le hubiera realmente abandonado, desautorizado y maldecido.

Con todo, los discípulos reconocen que unas mujeres de su grupo habían vuelto al sepulcro a primera hora de la mañana y lo habían encontrado vacío, y que algunos de sus compañeros habían tenido la ocasión de constatar lo mismo. Pero ello no había bastado para convencerles, porque —dicen— «a él no le vieron». Así pues, cuando el desconocido se les une en el camino y quiere saber de qué están hablando, los discípulos siguen aún anclados en la experiencia prepascual: la de un profeta ciertamente poderoso, pero cuyo poder había acabado mostrándose como debilidad e impotencia ante la muerte. Las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de Jesús constituyen para los discípulos el «punto ciego» en el que todo se hunde en la noche. Los discípulos caminan sumidos en esa noche del

absurdo, y nada, ni siquiera el hecho del sepulcro vacío, puede iluminarlos. Los hechos no tienen sentido; y sin sentido no son nada.

«Algo en sus ojos —dice Lucas— les impedía reconocerlo» (Lc 24,16). La experiencia pascual sólo comienza a despuntar con la emergencia del sentido de la pasión y de la muerte de Jesús. Mientras este sentido se mantenga velado, el Resucitado seguirá siendo un desconocido para los discípulos, que no podrán reconocerlo. Sólo el desvelamiento del sentido de su muerte puede hacer brotar la luz de la Pascua. El Resucitado sólo se deja reconocer bajo la luz que da sentido a sus sufrimientos y que permite ver en éstos el cumplimiento de la Buena Nueva.

Es, pues, a partir de ese «punto ciego» como el desconocido va a empezar a levantar el velo, desplegando ante sus ojos, mientras camina junto a ellos, el panorama de la Escritura, «los amplios planos bíblicos», como dice Orígenes: «...y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas», les muestra cómo era necesario «que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria». Moisés, Elías y todos los demás han trazado el camino; un camino de éxodo que todos han tenido que recorrer a través del desierto: un camino de pruebas y sufrimientos que también Cristo tenía que recorrer para acceder a la Tierra Prometida: al Reino.

De la ignominiosa e infamante muerte que ha tenido que padecer Jesús no debe concluirse, por tanto, que él no sea el Liberador, sino todo lo contrario: ha sido recorriendo ese camino como Jesús ha abierto el Reino para todos y ha entrado él mismo en su gloria. Y es que ese camino de exclusión y maldición le ha hecho cercano a toda humanidad. Proscrito de Israel, excluido de la Alianza y asimilado a los impíos, se ha convertido realmente en el Mesías de todos, llevando a todos la Buena Nueva de la cercanía gra-

tuita de Dios. Más allá de los límites del pueblo elegido, en adelante es Jesús el que abre el Reino a toda la humanidad, y en eso reside precisamente su gloria.

Así, poco a poco, avanzando por el camino, a través de las Escrituras, el desconocido revela a los discípulos el sentido de su muerte. Pero no basta con una mera comprensión intelectual para captarlo, sino que se requiere una experiencia vital, una experiencia que se apodere de todo el ser tocándole en el «corazón». «¿No estaba en ascuas nuestro corazón —dirán más tarde los discípulos— cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» La revelación del sentido no se produce sin esta nueva y profunda emoción que brota al contacto con una presencia que se da a conocer desde dentro como una plenitud de vida propiamente creadora.

Hemos llegado, efectivamente, al aspecto creador de la experiencia pascual. Los discípulos habían topado con el sinsentido de la muerte de su maestro, y este sinsentido les llevaba por el camino de la dispersión: huían de Jerusalén, donde había naufragado su esperanza, y huían también de los demás discípulos. Pero he aquí que, a partir de esta situación de dispersión y soledad, les fue dado experimentar, al contacto con el desconocido que les iluminó acerca del sentido de la muerte de Jesús, una fuerza vital que habrá de llevarles a reunirse de nuevo en Jerusalén y a crear entre ellos una comunidad nueva.

Esta experiencia creadora comienza con la invitación que los dos discípulos hacen al desconocido, cuyas palabras les han impresionado profundamente. Al llegar a la aldea de Emaús, insisten, efectivamente, en que pase la noche con ellos: «Quédate con nosotros, que está atardeciendo, y el día ya va de caída», le dicen. Y el desconocido entra en la casa para quedarse con ellos. A partir de este momento, los discípulos ya no están solos: han pasado de

la soledad de individuos dispersos a la comunidad con el Resucitado. Aunque no haya más que dos, la experiencia pascual es siempre comunitaria; mejor dicho, la experiencia pascual crea la comunidad. El reconocimiento del Resucitado y el nacimiento de la comunidad nueva van a la par.

Este reconocimiento y este nacimiento culminan, en el relato de Lucas, cuando, sentado a la mesa con los dos discípulos, Jesús toma el pan, lo parte y lo distribuye. «Entonces se les abrieron los ojos...» Basta un gesto humano tan sencillo como partir el pan para que la luz pascual se encienda de pronto en el corazón de los discípulos. ¿Tenía Jesús una forma propia y peculiar de partir el pan? En cualquier caso, y aunque les evocara al Jesús prepascual, ahora el gesto adquiere su luz de otra estrato más profundo. Realizado sobre el fondo de sufrimientos y muerte con que los discípulos han topado sin comprender nada, ese gesto familiar, después de todas las explicaciones que el desconocido les ha dado en el camino, hace brillar con toda su intensidad el sentido de la muerte de su Maestro. En el hecho de partir y compartir el pan, es la muerte de Jesús la que se les revela en toda la plenitud de su significado: no ya como fracaso ni como impotencia, sino como la ratificación de una vida que se entrega libremente y que, al entregarse, crea una comunidad nueva. El pan partido y compartido se les muestra como el signo de esa nueva comunidad de vida que nace en torno al Resucitado. En este momento, los discípulos experimentan y reconocen ese poder resucitador que irradia de Jesús. En este preciso instante, el desconocido se hace invisible a sus ojos, para identificarse en adelante con el Espíritu vivificador de la nueva comunidad, que es como ahora está en medio de ellos.

En seguida, como empujados y llevados por ese Espíritu, los discípulos, se apresuran a regresar a Jerusalén,

donde encuentran reunidos a los once apóstoles y a sus compañeros, que les dicen: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Y ellos cuentan lo que les ha sucedido en el camino y cómo le han reconocido al partir el pan (Lc 24,33-35). Esto es, al menos, lo que refiere Lucas. Marcos, sin embargo, es más circunspecto: según él, «ellos volvieron a comunicárselo a los demás; pero tampoco creyeron a éstos» (Mc 16,13). Y es que verdaderamente la fe en la resurrección supone siempre una experiencia. Los dos discípulos de Emaús se convirtieron en testigos de la resurrección porque se les concedió vivir la experiencia pascual. Al descubrirles el sentido de su muerte, el Señor les hizo pasar de una situación de dispersión y soledad a una comunidad nueva: a la luz del sentido de su muerte, pudieron experimentar el poder del Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos.

En el corazón de la experiencia pascual está la revelación del sentido de la muerte de Jesús, como creo que acabo de mostrar en lo que concierne a los discípulos de Emaús. Pero lo mismo puede decirse de los demás discípulos, si nos atenemos a lo que nos refiere Juan, según el cual la misma noche de la Pascua, aunque algunos de ellos ya han visto el sepulcro abierto y vacío, están reunidos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Están muertos de miedo. Pero Jesús se presenta en medio de ellos y comienza deseándoles la paz. Luego, sin decir nada, les muestra sus manos y su costado. Es el gesto revelador. Jesús resucitado se presenta no sólo como un ser vivo, sino también como el Crucificado. Y esto adquiere un relieve aún más conmovedor en la segunda aparición, cuando Jesús le dice a Tomás: «Acerca tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20,27). ¿Por qué esta insistencia de Jesús en mostrar sus llagas como prueba de su resurrección? Sin duda, quiere responder con ello al deseo

de Tomás, que había exigido, para creer, una prueba tangible, material. Pero aún hay más: Jesús sólo puede hacerse reconocer como resucitado abriendo el espíritu de los discípulos al sentido de su muerte; y como prueba de su identidad no dispone de nada mejor que las señales de su pasión. La resurrección no es una forma de hacer olvidar la horrible pesadilla, sino que es, por el contrario, la manifestación esplendente de un amor que ha llegado hasta las últimas consecuencias. La resurrección proclama que con ese amor, siempre vivo e indestructible, es la nueva cercanía de Dios la que se ofrece al mundo de manera definitiva. Juan lo resumirá un día diciendo: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16a).



## *Epílogo*

### El silencio del alba

Vivimos hoy en un mundo profundamente marcado por la increencia. Cada día es mayor el número de hombres y mujeres que viven prácticamente sin Dios. Es verdad que siempre ha existido un ateísmo intelectual y filosófico que era cuestión de minorías; pero la increencia masiva en la que ahora nos hallamos inmersos tiene otro significado: no se confunde necesariamente con la indiferencia o el rechazo, sino que expresa más bien la dolorosa constatación del silencio y la ausencia de Dios. El hombre actual no duda de la existencia de Dios en sí misma; de lo que duda es de que sea obra de Dios el mundo en el que vive: un mundo duro, violento, injusto e inhumano; un mundo en el que es más fácil creer en el demonio que en Dios; un mundo en el que todo —las guerras y los campos de concentración, pero también la experiencia cotidiana del hambre, de la injusticia, de la enfermedad y de la muerte— grita la ausencia de Dios. Antaño, la gente piadosa situaba el infierno en el más allá; hoy, el hombre moderno lo experimenta en este mundo.

En la raíz de la increencia moderna está la experiencia del silencio de Dios. Ya evoqué al comenzar este libro mi experiencia personal de ese silencio en los campos de exterminio. Pues bien, no conozco una forma mejor de traducirla que citando unas líneas del novelista alemán E.

Wiechert, que también conoció la noche de los campos de concentración: «El hombre, impotente, estaba solo. Había pasado el tiempo de la infancia, en el que tendía su mano para asir otra mano, la de su madre, la de la ley o la de Dios. Es verdad que podía seguir tendiendo la mano, pero ahora lo hacía en el vacío. Todas las víctimas de aquellos años habían tendido su mano hasta el último instante, en el que habían gritado o rezado bajo la horca, bajo la hacha o bajo la tortura; pero nadie había asido su mano tendida, que hasta el momento mismo de la muerte siguió tendida, abierta, acartonada, sola»<sup>1</sup>.

En su documentadísima obra sobre el campo de concentración de Dachau, P. Berben escribe: «Las condiciones en que se efectuaba el traslado de detenidos a Dachau eran muy penosas, incluso en los períodos llamados “normales”; pero cuando comenzaron las evacuaciones de los campos situados en las zonas amenazadas por las operaciones victoriosas de los Aliados, superaron en horror a todo lo que se había visto hasta entonces. (...) Entre los convoyes de evacuación llegados a Dachau durante las últimas semanas, citaré, a modo de ejemplo, el procedente de Buchenwald. Un grupo de unos 5.000 hombres había sido trasladado a la estación de Weimar, donde fueron embarcados en vagones de mercancías completamente cerrados, en cada uno de los cuales se amontonaban entre setenta y más de cien personas. El viaje se realizó en condiciones atroces. Sedientos y casi sin comer, maltratados por las S.S., el 28 de abril de 1945, tras una larga odisea de 20 días, llegaron a Dachau los que lograron sobrevivir: ¡unos 1.200!»<sup>2</sup>. Yo puedo ratificarlo, porque viví personalmente

- 
1. E. WIECHERT, *Missa sine nomine*, Paris 1953, pp. 70-71.
  2. P. BERBEN, *Dachau 1933-1945*, Comité International de Dachau, pp. 101-102.

aquella odisea, que constituyó un verdadero infierno; pero me resultaría imposible describir lo que fueron aquellos veinte días que pasamos amontonados unos encima de otros, prácticamente sin poder movernos, medio muertos de hambre, delirantes, machacados a golpes, sucios de sangre y de excrementos, muriendo unos tras otros... Sí, un verdadero infierno. ¿Dónde estaba Dios entonces?

Esta experiencia de los campos de exterminio es, indudablemente, una experiencia extrema que, sin embargo, nos remite a la experiencia cotidiana: la de las grandes concentraciones urbanas carentes de alma, de esperanza y de Dios, donde el hombre sufre y muere, día a día, solo y abandonado, aunque sea en nuestros supermodernos hospitales y rodeado de todo el aparato técnico.

La experiencia de la ausencia de Dios, que antaño estaba reservada a unos cuantos místicos y santos, hoy se hecho común. ¿Qué significa entonces el mensaje evangélico de un Dios-Amor en relación a esta experiencia? ¿Qué luz, qué esperanza aporta la Buena Nueva en medio de la noche de la muerte, en la que Dios calla?

Esta pregunta me ha llevado a releer los evangelios, y he sacado la conclusión de que el mensaje de Jesús se dirige ante todo a los hombres que viven tal situación de abandono y lejanía, con tal, eso sí, de que dicho mensaje sea presentado en lo que tiene de propiamente nuevo: no sólo como una Ley más perfecta, sino, sobre todo, como la revelación última de Dios en el corazón mismo de todo cuanto grita su ausencia.

El Reino de Dios que Jesús anuncia no se identifica en modo alguno con una Ley, por muy elevada y santa que sea. Es verdad que el Maestro propone una nueva comprensión de la Ley de Moisés, que en el mundo judío del siglo I estaba sobrecargada de múltiples y complicadas

prescripciones que no sólo la hacían impracticable, sino que además falseaban su sentido y enmascaraban su profunda finalidad. Jesús sustituye ese legalismo externo y puntilloso por una comprensión interior y liberadora de la Ley, basada en la confianza y en el amor, para lo cual pone en primerísimo plano el gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Pero esta interpretación de la Ley no es exclusiva de Jesús, sino que eran muchos los rabinos de su tiempo que pensaban como él. Efectivamente, en aquella época —desde el año 150 a.C. hasta el 50 d.C.— el judaísmo conoció una serie de corrientes reformadoras que, disconformes con una práctica excesivamente legalista y meramente externa de la Ley, aspiraban a alcanzar una perfección interior mediante la vuelta a lo esencial, es decir, a la justicia y al amor. La regla de la comunidad de *Qumrán* ilustra perfectamente en algunos puntos esta búsqueda espiritual en el seno del judaísmo. Pues bien, para Jesús, que proporcionó una extensión popular inigualable a este movimiento, esa reforma de la Ley, por importante que fuera en su enseñanza, no constituye lo esencial de su mensaje. Una vez que se ha hablado de ella, todavía no se ha logrado expresar la verdad profunda y revolucionaria de la Buena Nueva.

Antes que una exigencia, el Reino de Dios que Jesús anuncia es un don, una gracia. Tanto con sus palabras como con sus obras, Jesús proclama una nueva cercanía de Dios a los hombres; y lo hace a la luz de su experiencia íntima: a partir de su singular relación con el Padre. Es ahí, en esa intimidad filial, donde Jesús vive en plenitud la venida del Reino. En Jesús, Dios se ha acercado a la humanidad de una manera absoluta; Dios se le ha comunicado de modo tan radical que puede llamarle con toda verdad «Abbá», «Padre», lo cual constituye una experiencia realmente nueva y decisiva en el corazón mismo del monoteísmo. El Dios único no es un ser solitario, sino que hay en Él

una comunicación esencial, eterna, que, de una manera absolutamente gratuita, se desborda en el tiempo, sobre la humanidad, en la persona del Hijo. En lo más profundo de su relación con el Padre, Jesús vive plenamente esta comunicación, en la que percibe el futuro del hombre: ¿no es su ser filial el anuncio profético de lo que la humanidad entera está llamada a ser por gracia?

Jesús es el mensajero de esa nueva cercanía de Dios. Una cercanía que, inexistente hasta entonces, se otorga ahora por el hecho mismo de su presencia. Una cercanía inesperada que no se apoya en la Ley, sino que se ofrece a todos bajo el signo de una absoluta gratuidad. Se trata de una comunicación de Dios totalmente gratuita y misericordiosa. Contra todo lo que podría esperarse, efectivamente, ese acercamiento divino no tiene por objeto, de entrada, al hombre virtuoso y religioso, al fiel observante de la Ley, sino al hombre alejado de Dios, al hombre perdido, sin piedad, sin Ley y sin esperanza. Y esto lo proclama Jesús inequívocamente: «No he venido para los justos, sino para los pecadores». No son palabras de circunstancias, como dichas de pasada, sino que expresan el sentido profundo y esencial de su mensaje y su misión. Por otra parte, no se contenta con decirlas, sino que las vive: va en busca de los publicanos, de los pecadores y de todos cuantos son considerados excluidos de la Alianza. Toda su vida traduce el movimiento de acercamiento de Dios a un mundo perdido y que vive bajo el signo de la ausencia de ese Dios.

Ésta es la gran novedad que hace saltar en pedazos la idea misma de Dios en que se asentaba el judaísmo antiguo. Jesús se presenta como el portador de una nueva cercanía de Dios que él hace llegar, en toda su gratuidad, precisamente allí donde menos se esperaba, alcanzando al hombre en su alejamiento de Dios, en su experiencia de la ausencia de Dios.

Y todo este proceso culmina en su muerte. Rechazado por su pueblo, excluido él mismo de la Alianza, contado entre los impíos, Jesús acepta, por fidelidad a su misión, morir la muerte de los malditos. De este modo, se incorpora a la humanidad perdida, a la humanidad sin esperanza y sin Dios, se sumerge en la indigencia universal y experimenta la ausencia de Dios y el infinito desamparo del hombre. En la cruz, Jesús experimenta su relación íntima con el Padre como una especie de ausencia, como si desembocara en el vacío. Y allí, en el más profundo de nuestros abismos, en el más completo abandono, aporta al hombre el absoluto de Dios, haciéndolo presente en el corazón mismo del silencio. Colocado entre los réprobos, les revela esa indecible cercanía: «Hoy estarás conmigo en el paraíso...», dice a su compañero de tortura. Para poder decirle esto, previamente era preciso que hubiera llegado con él a lo más hondo de la angustia y la aflicción humanas. Así, mediante su propio abandono, Jesús comunica a Dios a los abandonados de Dios. Es lo que destaca el apóstol Pablo en su carta a los Efesios: «Estabais lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo» (Ef 2,12-13).

La muerte de Cristo en la cruz tiene un sentido inagotable. Lejos de ser ajena a la dura realidad de un mundo sin Dios, la Buena Nueva de la cercanía del Reino, anunciada por Jesús, se presenta, por el contrario, como inseparable de la experiencia más torturadora que un ser humano pueda tener del silencio de Dios. El Evangelio significa algo tan descomunal y asombroso como que el hombre que tuvo la intuición más inmediata y profunda de la cercanía de Dios, y que con mayor claridad la anunció al mundo, es también el que conoció la más desoladora experiencia de la ausen-

cia y el abandono de Dios. Y fue precisamente gracias a esta experiencia como pudo revelar al mundo una insuperable e indestructible cercanía divina. Consciente y convencido del amor de Dios a los hombres, y para dar testimonio de esta verdad, Jesús no dudó en adentrarse por el sombrío camino del desamparo, haciendo brillar así el esplendor del «Agape» en la noche de la ausencia. Y al hacerlo, el silencio de Dios se convirtió en el lugar privilegiado de su revelación.

Para comprender debidamente el sentido de esta muerte hay que tener en cuenta que no era algo fatal e inevitable. Jesús no es el típico héroe de la antigüedad conducido por el destino, sino un hombre libre. Podía, por tanto, haberse echado atrás ante el horror de la muerte y haber evitado tan fatal desenlace. Pero tomó su opción con absoluta libertad. Él, cuya vida se había alimentado de la inefable cercanía de Dios, aceptó sumergirse en nuestros infiernos humanos para llegar hasta el final en su misión. A pesar de ser el Hijo único, aceptó el despojo que le asimilaba a los excluidos y a los abandonados, y de este modo trascendió los límites de su pueblo y de su cultura y se abrió a la condición universal del hombre, asumiéndola en su radical indigencia. Y por eso mismo se elevó hasta un designio de redención universal. Si se puede hablar de universalidad a propósito de Jesús, es precisamente en razón de dicha opción, en la que se revela a la vez en toda su profundidad la nueva cercanía de Dios, de la que él era mensajero y portador: ofrecida a todos con absoluta gratuidad, alcanza al hombre hasta en sus infiernos, verificándose las palabras del salmo: «Aunque diga: “Que al menos me cubra la tiniebla y que la luz sea noche en torno a mí”, la misma tiniebla no es tenebrosa para ti, y la noche es luminosa como el día» (Sal 139,11).

La originalidad del mensaje evangélico radica en ese testimonio, que hace de la condición humana más negra y más abandonada el lugar privilegiado del encuentro de Dios y el hombre. No es sólo la naturaleza humana intemporal y abstracta lo que Jesús asume y abre a Dios; es la condición humana en su indigencia existencial, en su experiencia de la lejanía y la ausencia de Dios. «¡Dichosos vosotros, los pobres, porque vuestro es el Reino de los Cielos!» Los pobres son todos los seres humanos que, de una manera u otra, experimentan la «muerte» de Dios en su existencia. Es toda esa masa de hombres y mujeres de los que Jesús decía que andaban errantes como ovejas sin pastor.

Pues bien, a esos hombres y a esas mujeres les revela y les aporta Jesús una cercanía de Dios totalmente inesperada, no como una realidad ajena a su vida, sino como una fuerza de resurrección. ¿Cómo? Uniéndose a ellos en el camino de su desamparo.

Jesús llevó tan lejos su búsqueda del hombre perdido que él mismo se perdió, en su empeño por testimoniar el amor de Dios a los más alejados, y se sumió en el silencio de Dios. Pero gracias a su presencia y a su grito en el abismo de las tinieblas, el silencio adquirió una densidad infinita, convirtiéndose en el lenguaje de lo inaudito.

Hay en la Revelación de Dios al mundo un aspecto realmente desconcertante, incluso trágico, que no tiene que ver únicamente con el rechazo que el hombre es capaz de oponer a Dios, sino también con la profundidad de la comunicación divina. Ninguna palabra humana es capaz de expresar esa profundidad: nuestras palabras, nuestros conceptos y nuestros razonamientos no guardan proporción con tanta desmesura. Llega un momento en que la Palabra se hace una sola cosa con el silencio. Un silencio que no es un vacío, sino un desbordamiento de presencia.

El esplendor del «Agape» divino no brilla en ningún otro lugar del modo en que lo hace en la noche de la cruz, en el momento en que el silencio de Dios se hace más espeso. Este silencio no es sólo la cumbre de la Revelación, sino también el lugar donde toda la Revelación se hace oír.

Hay que saber escuchar ese silencio en el que germina y crece, como el alba al término de la noche, la pregunta, la única pregunta verdadera: «Entonces, ¿quién y cómo es Dios para amarnos de ese modo?».